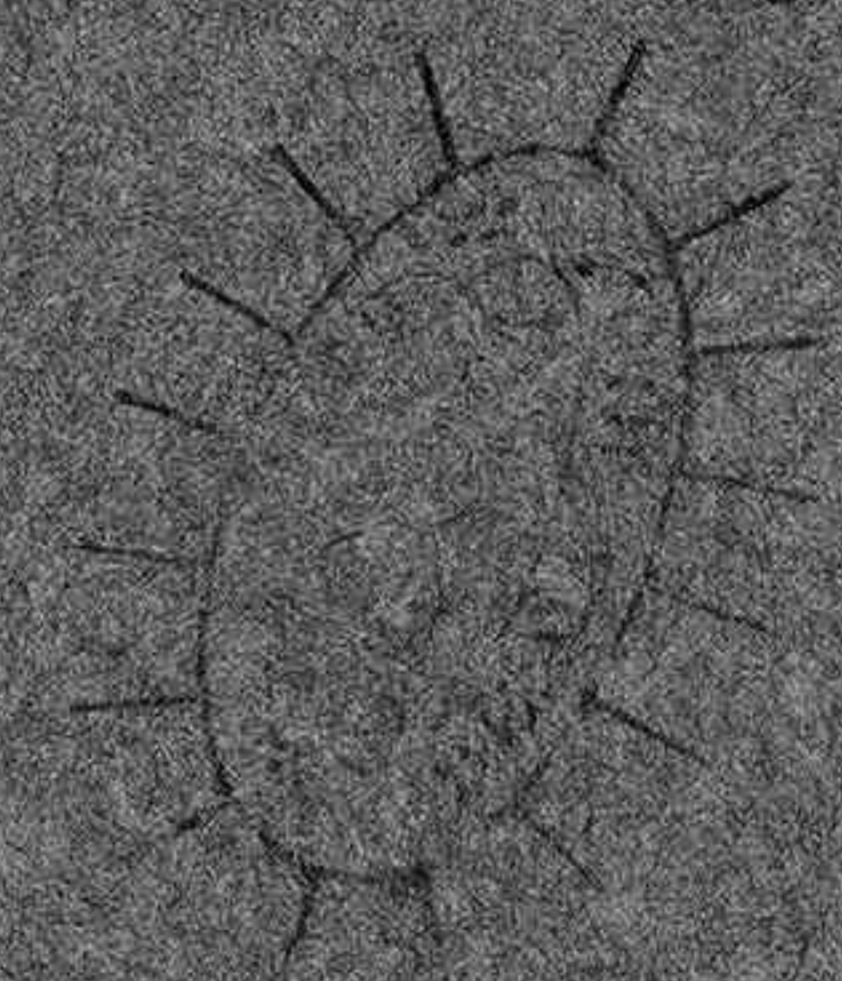


ALMANAQUE
DE LA BIBLIUS
TRACCIÓNES
PAÑOLA Y
AMERICANA



AÑO LII

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18.** — Tres meses, **10.**

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21.** — Tres meses, **11.**

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26.** — Tres meses, **14.**

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos.

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO LI

MADRID 22 DE OCTUBRE DE 1907.

NÚM. XXXIX.

Precios de suscripción á LA ILUSTRACIÓN			
Madrid.....	Un año.....	35 ptas.	Extranjero....
	Seis meses...	18 »	
	Tres meses...	10 »	
Provincias....	Un año.....	40 »	América, Asia y Oceanía....
	Seis meses...	21 »	
	Tres meses...	11 »	

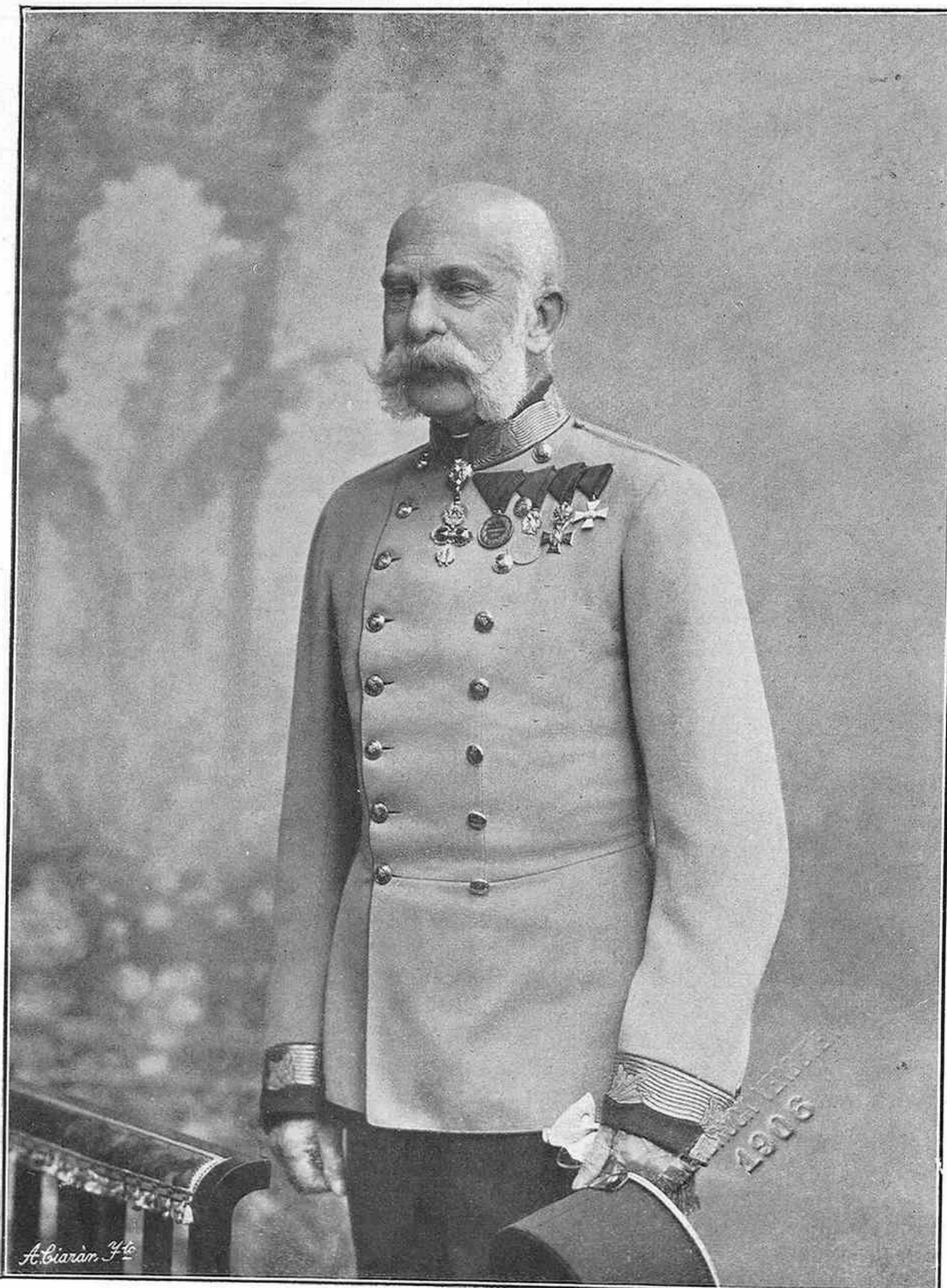
En PORTUGAL, como en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

MADRID: calle de Preciados, 46.
PARIS: 4, rue de la Michodière.

REDACCIÓN Y TALLERES:

20, Paseo de San Vicente, 20.

Precios de suscripción á LA MODA ELEGANTE				
	1.ª EDICIÓN	2.ª EDICIÓN	3.ª EDICIÓN	4.ª EDICIÓN
Madrid.....	Un año.....	Ptas. 36	Ptas. 24	Ptas. 18
	Seis meses.	» 18	» 12	» 9
	Tres meses.	» 9	» 6	» 4,50
Provincias..	Un año.....	» 40	» 21	» 1,50
	Seis meses.	» 21	» 12	» 9
	Tres meses.	» 11	» 8	» 5



S. M. I. Y R. FRANCISCO JOSÉ I,
EMPERADOR DE AUSTRIA, REY DE BOHEMIA Y REY APOSTÓLICO DE HUNGRÍA.
(SU ÚLTIMO RETRATO.)

Fot.º de Piotzner.

ALMAÑAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

1908

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1908

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Alcázar (D. M.), Ángel Guerra, Bergen,
Blaas, Blasco-Beimonte (D. M. R.), Boppat (D. A. R.), Cánovas y Vallejo (D. José),
Cavestany (D. Juan Antonio), Ciarán (D. Alfonso), Coullaut Valera (D. Lorenzo),
Cuenca (D. Carlos Luis de), Díaz Huertas (D. Ángel), Estrada (D. Eduardo), Fernández Bremón (D. José),
Fernández Shaw (D. Carlos), Garrido (D. Antonio), Gil (D. Constantino), Jiménez (D. L.),
Larrubiera (D. Alejandro), Llorente (D. Teodoro), Martín, Mezler, Mota (D. F.),
Nogales (D. José), Ortiz de Pinedo (D. J.), Pedrero (D. Mariano), Pérez y González (D. Felipe),
Pérez de Guzmán (D. Juan), Ruiz López (D. Rafael), Sandoval (D. Manuel),
Santa María (D. Marceliano), Sellés (D. Eugenio), Septenach (D. N.), Sorolla (D. Joaquín),
Sourel, Vera (D. Vicente), Weczerzik, Zirges.

~~~~~  
Año XXXV  
~~~~~



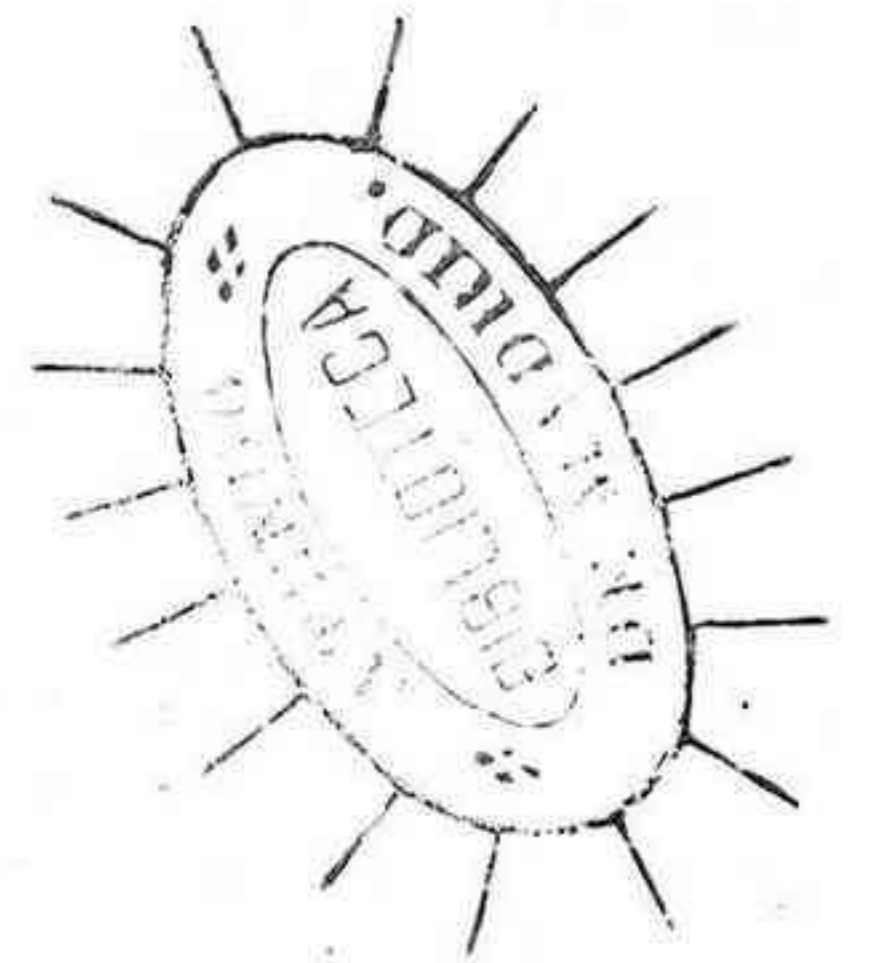
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20.

—
1907



LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
130 St. George Street
Toronto, Ontario
M5S 1A5
808

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

ÍNDICE GENERAL

TEXTO

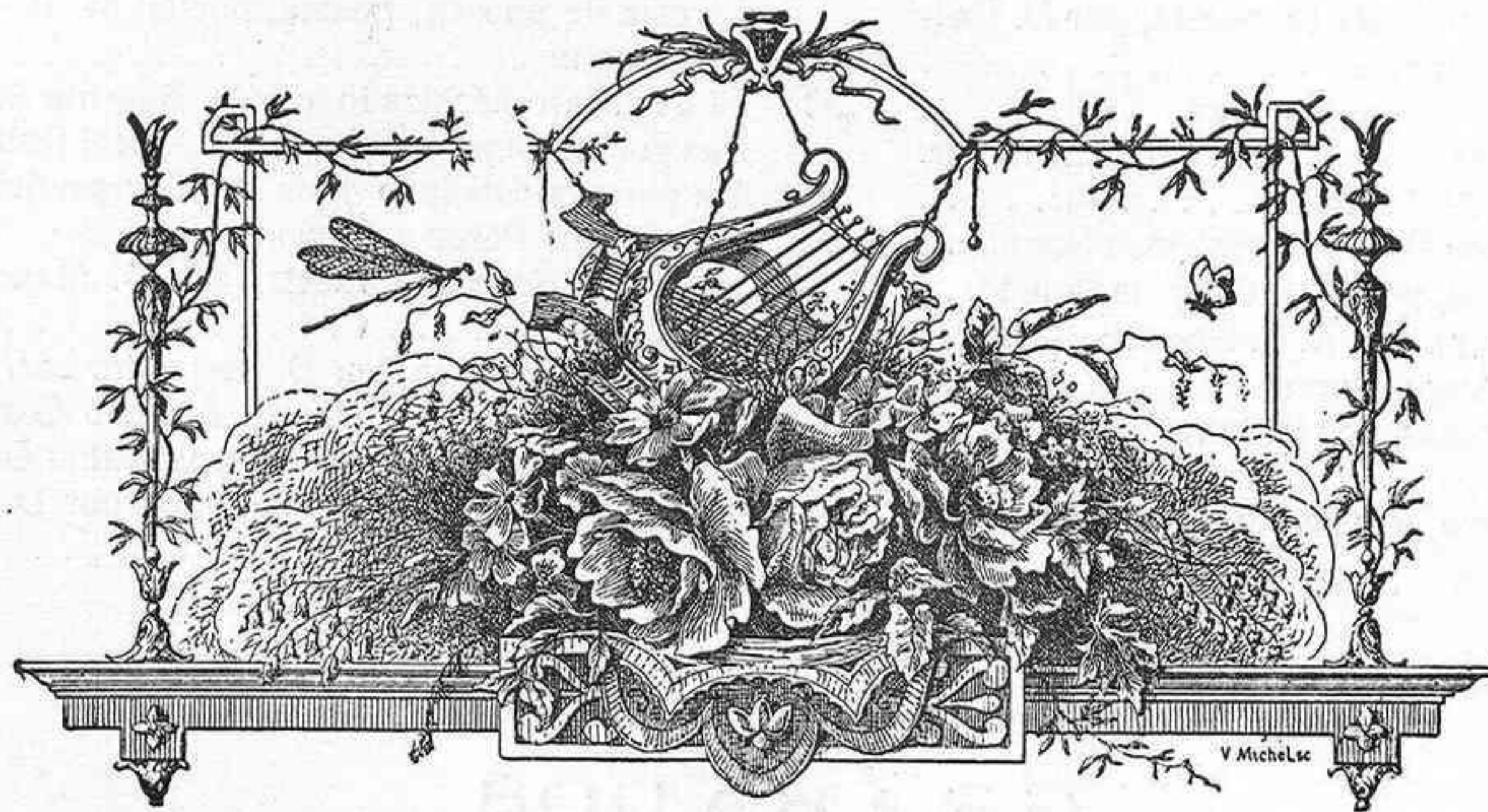
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	9	El Príncipe rubio, por D. Francisco Acebal.	69
Anuncios astronómicos, por D. M. V.	9	Redención, poesía, por D. Teodoro Llorente.	73
Santoral.	11 á 22	La lucecita del cuento, por D. José Cánovas y Vallejo.	74
Recompensas, por D. Carlos Luis de Cuenca.	25	La caja de música, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte.	78
Canto á un sabroso recuerdo, poesía, por D. Carlos Fernández Shaw.	30	El hechicero hechizado, por D. Eugenio Sellés.	83
Los Círculos, por D. José Nogales.	33	Las golondrinas, poesía, por D. Rafael Ruiz López.	86
Orígenes del blasón y de ciertos emblemas reales, por D. Narciso Sentenach.	37	Un perro ajusticiado y un regidor perricida, por D. Felipe Pérez y González.	87
Los dos cerdos, por D. José Fernández Bremón.	43	<i>Áurea mediócritas</i> , poesía, por D. Manuel Sandoval.	89
Las violetas, poesía, por D. J. Ortiz de Pinedo.	48	La opinión pública, por D. Alejandro Larrubiera.	90
Batallas teatrales, por D. A. R. Bonnat.	51	La Duquesa de Alba, por D. Antonio Garrido.	93
Tierra seca, por Ángel Guerra.	54	Á mi musa, poesía, por D. Constantino Gil.	97
Las primeras heroínas, por D. Juan Pérez de Guzmán.	60	Historia de un mensaje telepático, por D. Vicente Vera.	99
El poema del hierro, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany.	64		

GRABADOS

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del santoral.	11 á 22	Preludio, cuadro de Pischon.	32
El primer premio, cuadro de Alfredo Weczerzik.	23	Ilustraciones del artículo «Los Círculos», por Manuel Alcázar.	33, 34 y 35
Buen principio de año, cuadro de W. Zirges.	24	Confidencias, cuadro de Menzler.	36
El sueño de un ángel, cuadro de Mlle. Sourel.	27	Ilustraciones de «Los orígenes del blasón de España».	37 á 41
La cadena nueva, cuadro de Menzler.	28	Cabeza de estudio, por Gentz.	42
La merienda, cuadro de Bergen.	29		
La gula, cuadro de Mme. Muraton.	31		

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones de «Los dos cerdos», por Ángel Díaz Huertas.	43, 44, 45 y 46	Confidencia, cuadro de H. Etcheberry.	71
¿Cuál de las tres?, cuadro de Blaas.	47	Piedad, cuadro de Engelhardt.	72
Ilustración de «Las violetas», por Pedrero.	48	¡Que vienen los soldados!, cuadro de Lobrichon.	77
¡Calentitas!, cuadro de Chocarne Moreau.	49	Ilustraciones de «La caja de música», por Lorenzo Coullaut Valera.	78, 79 y 81
Espejismo, cuadro de Wodzinski.	50	Jugada dudosa, cuadro de Martín.	82
Puesta de sol, cuadro de Joaquín Sorolla.	52	Ilustraciones de «El hechicero hechizado», por F. Mota.	83, 84 y 85
De visitas, cuadro de Engel.	53	Ilustraciones de «Las golondrinas», por Pedrero.	86
Ilustraciones de «Tierra seca», por Manuel Alcázar.	54, 55 y 57	Ilustraciones de «La opinión pública», por Marcelliano Santa María.	91
Descanso, por W.	58	Ilustraciones de «La Duquesa de Alba».	93, 94 y 95
Los síndicos, cuadro de Rembrandt.	59	Ilustración de «Á mi musa», por Manuel Alcázar.	97
En el jardín, cuadro de Koch.	63	Gratas memorias, cuadro de Blaas.	98
Ilustraciones de «El poema del hierro», por Manuel Alcázar.	64, 65 y 66	VIÑETAS VARIAS.	25, 62, 76 y 102
Juventud, cuadro de Artigues.	67	LÁMINAS EN COLOR.—En la Alhambra.—¡Mónín!, por Eduardo Estrada.	
Día de campo, cuadro de L. Jiménez.	67		
Margarita, cuadro de Kiesel.	68		



PRELIMINARES

AÑO RELIGIOSO

CÓMPUTO ECLESIASTICO

Aureo número.	9	Indicción romana.	6
Epacta.	XXVII	Letra dominical.	e d
Ciclo solar.	13	Letra del Martirologio romano.	H

FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús.	19 de Enero.
La Sacra Familia.	26 de Enero.
Septuagésima.	16 de Febrero.
Sexagésima.	23 de Febrero.
Quincuagésima.	1.º de Marzo.
Miércoles de Ceniza.	4 de Marzo.
Pascua de Resurrección.	19 de Abril.
Patrocinio de San José.	10 de Mayo.
Letanías.	25, 26 y 27 de Mayo.
Ascensión del Señor.	28 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	7 de Junio.
La Santísima Trinidad.	14 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	18 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	28 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	8 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	29.
Adviento.	29 de Novbre.

TÉMPORAS

I.—El 11, 13 y 14 de Marzo.	III.—El 16, 18 y 19 Septiembre.
II.—El 10, 12 y 13 de Junio.	IV.—El 16, 18 y 19 de Dicbre.

DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (15, 16, 17 y 18 de Abril).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 27 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 3 de Marzo y el 28 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 16 de Febrero; 8, 21, 22 y 29 de Marzo; 10, 11 y 22 de Abril, y 11 y 13 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1908.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0h 14m 45s, 13 al O. de Greenwich.
 LATITUD... 40° 24' 29" 7 N.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

21 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
20 de Febrero, <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 Abril, <i>Tauro</i> .	23 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 0 horas 27 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 21 de Junio á las 20 horas 19 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 10 horas 59 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 5 horas 34 minutos.

ECLIPSES DE SOL

ENERO 3-4. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra el día 3 á 19 h. 8 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 167° 6' al E. de Greenwich y latitud 7° 7' N.

El eclipse central principia en la Tierra el día 3 á 20 h. 4 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 154° 35' al E. de Greenwich y latitud 10° 45' N.

El eclipse central á mediodía sucede el día 3 á 21 h. 45 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 145° 14' al O. de Greenwich y latitud 11° 50' S.

El eclipse central termina en la Tierra el día 3 á 23 h. 27 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 72° 21' al O. de Greenwich y latitud 9° 54' N.

El eclipse termina en la Tierra el día 4 á 0 h. 23 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 97° 16' al O. de Greenwich y latitud 6° 15' N.

Este eclipsé será visible en parte de las dos Américas, en una pequeña parte de la Australia y en el Océano Pacifico.

PRELIMINARES

UNIO 28. *Eclipse anular de Sol*, visible como parcial en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 13 h. 29 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 112° 29' al O. de Greenwich y latitud 2° 2' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 14 h. 35 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 130° 1' al O. de Greenwich y latitud 4° 42' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 16 h. 31 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 66° 55' al O. de Greenwich y la titud 31° 28' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 18 h. 25 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 1° 5' al O. de Greenwich y latitud 10° 4' N.

El eclipse termina en la Tierra á 19 h. 30 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 18° 38' al O. de Greenwich y latitud 7° 24' N.

Las circunstancias de este eclipse para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse, á las 17 h. 3 m. 34 s. 5..	}	Tiempo medio civil de Greenwich.
Medio del eclipse, á las 17 h. 54 m. 8 s. 2.		
Fin del eclipse, á las 18 h. 40 m. 57 s. 7.		

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,298: tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresión de la Luna en el disco solar, se verificará en

un punto que dista 3° del vértice inferior del Sol hacia la izquierda (visión directa).

DICIEMBRE 7. La Luna, en este día, entra en el cono de penumbra de la Tierra, sin llegar á entrar en el de sombra, y, por lo tanto, sólo se observará en el astro alguna pérdida en su claridad, que tendrá lugar entre las 20 y 24 horas.

DICIEMBRE 23. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 9 h. 7 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 52° 28' al O. de Greenwich y latitud 12° 38' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 10 h. 11 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 73° 32' al O. de Greenwich y latitud 22° 51' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 11 h. 49 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 2° 28' al E. de Greenwich y latitud 53° 45' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 13 h. 18 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 86° 2' al E. de Greenwich y latitud 32° 1' S.

El eclipse termina en la Tierra á 14 h. 22 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 64° 16' al E. de Greenwich y latitud 21° 58' S.

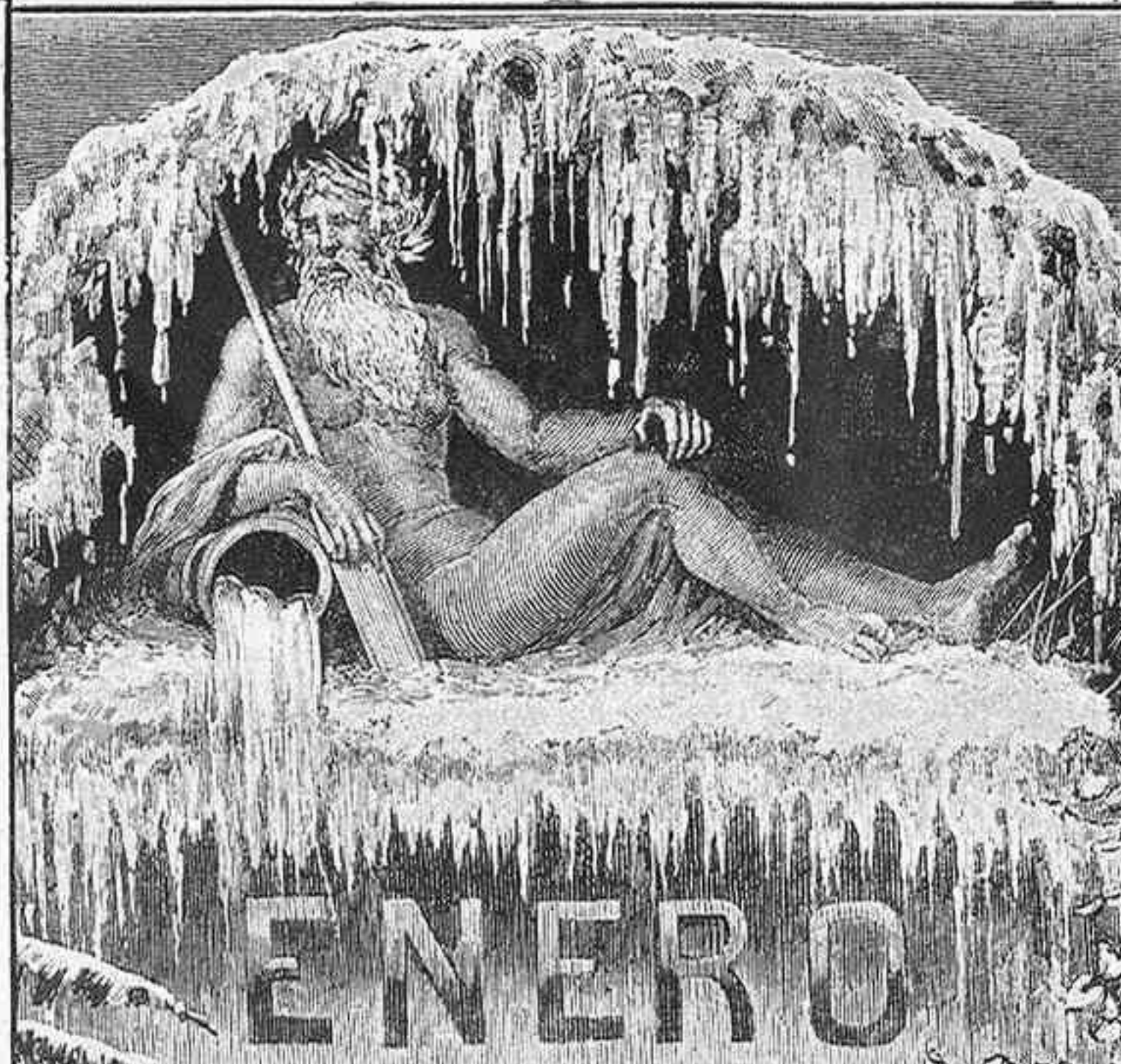
Este eclipse será visible en gran parte de la América Meridional, en una pequeña parte del Sur de África y del Mediterráneo y en el Mar Polar Antártico.

Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1908 (Bisiesto).

<p>ENERO... { Día 3.—21h 43m, en <i>Capricornio</i>.—<i>Nueva</i>. 10.—13h 53m, en <i>Aries</i>.—<i>Creciente</i>. 18.—13h 37m, en <i>Cáncer</i>.—<i>Llena</i>. 26.—15h 1m, en <i>Escorpio</i>.—<i>Menguante</i>.</p> <p>FEBRERO... { Día 2.— 8h 37m, en <i>Acuario</i>.—<i>Nueva</i>. 9.— 4h 28m, en <i>Tauro</i>.—<i>Creciente</i>. 17.— 9h 5m, en <i>Leo</i>.—<i>Llena</i>. 25.— 3h 24m, en <i>Sagitario</i>.—<i>Menguante</i>.</p> <p>MARZO... { Día 2.—18h 57m, en <i>Piscis</i>.—<i>Nueva</i>. 9.—21h 42m, en <i>Géminis</i>.—<i>Creciente</i>. 18.— 2h 28m, en <i>Virgo</i>.—<i>Llena</i>. 25.—12h 32m, en <i>Capricornio</i>.—<i>Menguante</i>.</p> <p>ABRIL... { Día 1.— 5h 2m, en <i>Aries</i>.—<i>Nueva</i>. 8.—16h 32m, en <i>Cáncer</i>.—<i>Creciente</i>. 16.—16h 55m, en <i>Libra</i>.—<i>Llena</i>. 23.—19h 7m, en <i>Acuario</i>.—<i>Menguante</i>. 30.—15h 33m, en <i>Tauro</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>MAYO... { Día 8.—11h 23m, en <i>Leo</i>.—<i>Creciente</i>. 16.— 4h 32m, en <i>Escorpio</i>.—<i>Llena</i>. 23.— 0h 17m, en <i>Piscis</i>.—<i>Menguante</i>. 30.— 3h 15m, en <i>Géminis</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>JUNIO... { Día 7.— 4h 56m, en <i>Virgo</i>.—<i>Creciente</i>. 14.—13h 55m, en <i>Sagitario</i>.—<i>Llena</i>. 21.— 5h 26m, en <i>Piscis</i>.—<i>Menguante</i>. 28.—16h 32m, en <i>Cáncer</i>.—<i>Nueva</i>.</p>	<p>JULIO... { Día 6.—20h 25m, en <i>Libra</i>.—<i>Creciente</i>. 13.—21h 48m, en <i>Capricornio</i>.—<i>Llena</i>. 20.—12h 2m, en <i>Aries</i>.—<i>Menguante</i>. 28.— 7h 17m, en <i>Leo</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>AGOSTO... { Día 5.— 9h 40m, en <i>Escorpio</i>.—<i>Creciente</i>. 12.— 4h 59m, en <i>Acuario</i>.—<i>Llena</i>. 18.—21h 25m, en <i>Tauro</i>.—<i>Menguante</i>. 26.—22h 59m, en <i>Virgo</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>SEPTIEMBRE... { Día 3.—20h 51m, en <i>Sagitario</i>.—<i>Creciente</i>. 10.—12h 23m, en <i>Piscis</i>.—<i>Llena</i>. 17.—10h 33m, en <i>Géminis</i>.—<i>Menguante</i>. 25.—14h 59m, en <i>Libra</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>OCTUBRE... { Día 3.— 6h 14m, en <i>Capricornio</i>.—<i>Creciente</i>. 9.—21h 3m, en <i>Aries</i>.—<i>Llena</i>. 17.— 3h 36m, en <i>Cáncer</i>.—<i>Menguante</i>. 25.— 6h 47m, en <i>Escorpio</i>.—<i>Nueva</i>.</p> <p>NOVIEMBRE... { Día 1.—14h 16m, en <i>Acuario</i>.—<i>Creciente</i>. 8.— 7h 58m, en <i>Tauro</i>.—<i>Llena</i>. 15.—23h 41m, en <i>Leo</i>.—<i>Menguante</i>. 23.—21h 53m, en <i>Sagitario</i>.—<i>Nueva</i>. 30.—21h 44m, en <i>Piscis</i>.—<i>Creciente</i>.</p> <p>DICIEMBRE... { Día 7.—21h 44m, en <i>Géminis</i>.—<i>Llena</i>. 15.—21h 13m, en <i>Virgo</i>.—<i>Menguante</i>. 23.—11h 50m, en <i>Sagitario</i>.—<i>Nueva</i>. 30.— 5h 40m, en <i>Aries</i>.—<i>Creciente</i>.</p>
--	---

NOTA. Todos los anuncios se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.

- 1 Miérc. *Fiesta*. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, san Fulgencio Ruspense, san Basilio y san Justino.
- 2 Juev. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Isidoro, ob. y mr., y san Macario.
- 3 Vier. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, pat. de París.
- 4 Sáb. San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mrs.
- 5 Dom. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Lun. *Fiesta*. LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Mart. San Julián y san Raimundo de Peñafort. - *Abrense las velaciones*.
- 8 Miérc. San Luciano, presb., y compañeros mrs., y san Severino, abad.
- 9 Juev. San Julián, mr., y su esposa santa Basiliisa, virgen.
- 10 Vier. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Sáb. San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.
- 12 Dom. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo, y san Alfredo, abad.
- 13 Lun. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Mart. San Hilario, ob. y doc., y san Félix de Nola, presb. y mr.
- 15 Miérc. San Pabio, primer ermitaño, y san Mauro, abad.



- 16 Juev. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Vier. San Antonio, abad, y san Mariano, diácono.
- 18 Sáb. La Cátedra de San Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; san Canuto, rey, san Mario, santa Marta, y san Audifaz.
- 20 Lun. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Mart. San Fructuoso, obispo, y santa Inés, virgen, mrs.
- 22 Miérc. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Juev. *Fiesta*. SAN ILDEFONSO, arz. de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., patrona de Teruel.
- 24 Vier. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Sáb. La Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Dom. La Sacra Familia; san Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda.
- 27 Lun. San Juan Crisóstomo, ob. y doc., y san Julián y compañeros mrs.
- 28 Mart. San Julián, ob. y pat. de Cuenca; san Valero, y san Tirso, mr.
- 29 Miérc. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Ntra. Señora.
- 30 Juev. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.
- 31 Vier. San Pedro Nolasco, fundador, y santa Marcela viuda.





- 1 Sáb. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs.
- 2 Dom. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo *La Candelaria*); san Cornelio, centurión romano.
- 3 Lun. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Mart. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, confesor.
- 5 Miérc. Santa Agueda, virgen y mr; san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
- 6 Juev. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Vier. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Sáb. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Dom. Santa Apolonia, virgen y mártir, y san Sabino, obispo.

- 10 Lun. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Mart. San Saturnino, presbítero, y compañeros mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Miérc. Santa Eulalia de Barcelona, y la primera Traslación de San Eugenio.
- 13 Juev. San Benigno, y santa Catalina de Ricci, virg.

- 14 Vier. San Valentín, presb., y el beato Juan Bautista de la Concepción.
- 15 Sáb. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Dom. *de Septuagésima*. San Julián y 5.000 compañeros mártires.—*Anima*.
- 17 Lun. San Julián de Capadocia, y santa Constanza, mrs.
- 18 Mart. San Eladio, arzobispo de Toledo, y san Simeón.

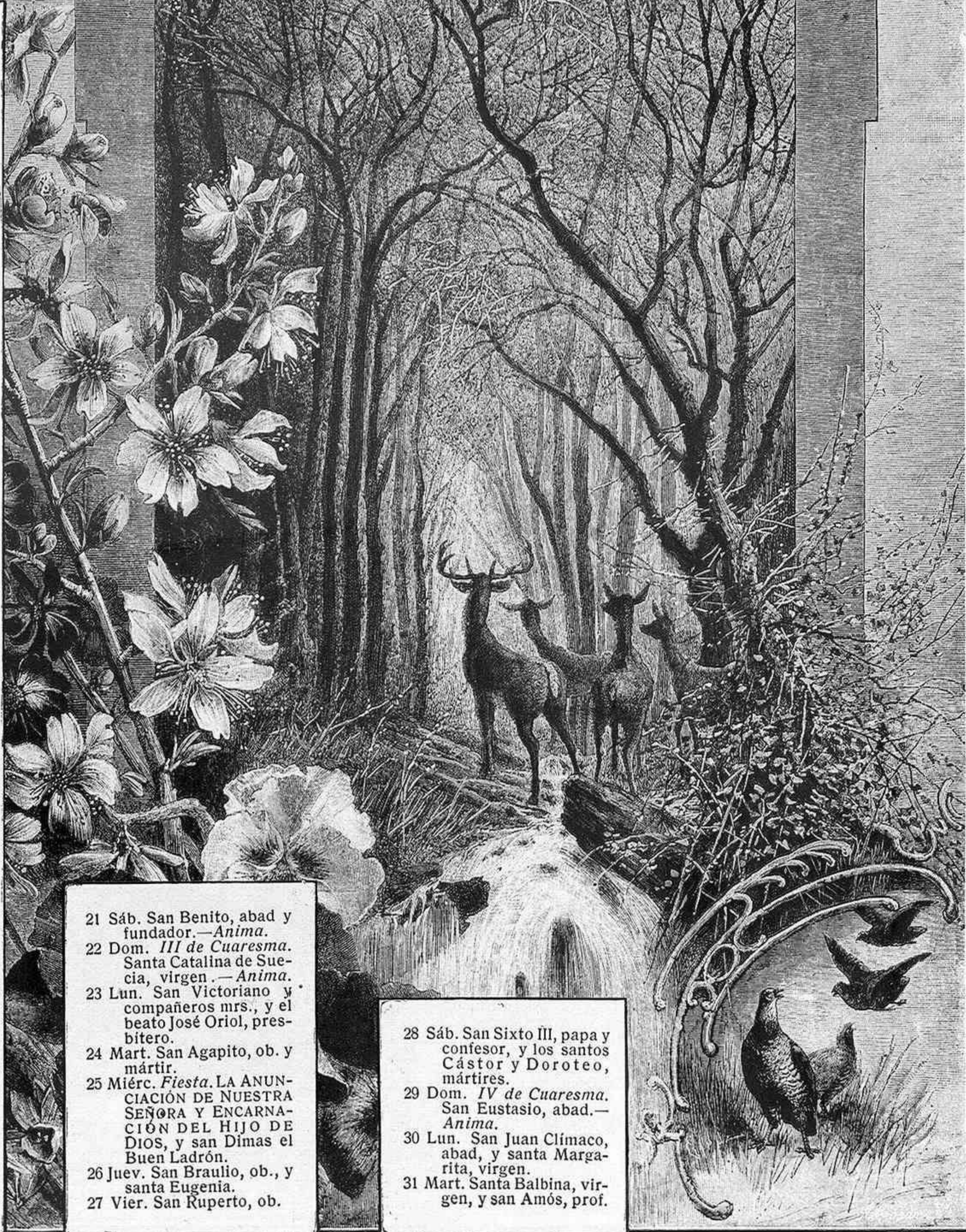
- 19 Miérc. San Gabino, presb. y mártir, y san Alvaro de Córdoba.
- 20 Juev. San León y san Eleuterio.
- 21 Vier. San Félix y san Maximiano, obispos, y san Severino, ob. y mr.
- 22 Sáb. La Catedral de San Pedro en Antioquía, y san Pascasio.
- 23 Dom. *de Sexagésima*. San Pedro Damiano, ob., card. y doctor, santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona.
- 24 Lun. Santa Primitiva, san Modesto, y san Edilberto.
- 25 Mart. Stos. Matías, apóstol, Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Miérc. Stos. Fortunato y Félix, mrs., y san Alejandro.
- 27 Juev. San Baldomero, conf.
- 28 Vier. San Román, abad.
- 29 Sáb. Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mrs.



- 1 Dom. *de Quincuagésima*. El Santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, ob.
- 2 Lun. San Lucio, san Pablo y san Heraclio, obispos y mrs.
- 3 Mart. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires; san Ticiano, obispo y cfr.; y san Marcio, mr. — *Cierranse las velaciones*.
- 4 Miérc. *de Ceniza*. San Casimiro y san Lucio. — *Principia el ayuno de Cuaresma*.
- 5 Juev. San Eusebio y compañeros mrs.
- 6 Vier. Santos Víctor y Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.
- 7 Sáb. Santo Tomás de Aquino, conf., y santas Perpetua y Felicitas, mártires.
- 8 Dom. *I de Cuaresma*. San Juan de Dios, fundador, San Julián, arzobispo de Toledo; San Veremundo.
- 9 Lun. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.
- 10 Mart. Santos Melitón y 40 compañeros mártires, en Sebaste. — *Anima*.
- 11 Miérc. San Eulogio, presbítero, y San Vicente, abad, mrs. — *Témpora*. — *Ayuno*.
- 12 Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor, y san Bernardo, obispo y conf.
- 13 Vier. San Leandro, arzobispo de Sevilla; san Rodrigo, y san Salomón. — *Témpora*. — *Ayuno*.
- 14 Sáb. Santa Matilde, reina, y santa Florentina. — *Témpora*. — *Ayuno*. — *Ordenes*.
- 15 Dom. *II de Cuaresma*. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, y san Sisebuto, abad.
- 16 Lun. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Mart. San Patricio, obispo y confesor.
- 18 Miérc. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.
- 19 Juev. *Fiesta*. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.
- 20 Vier. San Niceto, obispo, y santa Eufemia.

- 21 Sáb. San Benito, abad y fundador. — *Anima*.
- 22 Dom. *III de Cuaresma*. Santa Catalina de Suecia, virgen. — *Anima*.
- 23 Lun. San Victoriano y compañeros mrs., y el beato José Oriol, presbítero.
- 24 Mart. San Agapito, ob. y mártir.
- 25 Miérc. *Fiesta*. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
- 26 Juev. San Braulio, ob., y santa Eugenia.
- 27 Vier. San Ruperto, ob.

- 28 Sáb. San Sixto III, papa y confesor, y los santos Cástor y Doroteo, mártires.
- 29 Dom. *IV de Cuaresma*. San Eustasio, abad. — *Anima*.
- 30 Lun. San Juan Clímaco, abad, y santa Margarita, virgen.
- 31 Mart. Santa Balbina, virgen, y san Amós, prof.





1 Miérc. San Venancio, obispo y mártir.
 2 Juev. San Francisco de Paula, fundados de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.
 3 Vier. Santos Pancracio, Ulpiano, Benito de Palermo y santa Burgundófora.
 4 Sáb. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.—*Ordenes.*
 5 Dom. *de Pasión.* San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.
 6 Lun. San Celestino, papa y mr.
 7 Mart. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
 8 Miérc. San Dionisio, ob., y el beato de San Agustín.
 9 Juev. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen.
 10 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y santos Daniel y Ezequiel, profs.—*Anima.*
 11 Sáb. San León Magno, papa y doctor.—*Anima.*
 12 Dom. *de Ramos.* San Víctor, mr., y San Zenón, ob.
 13 Lun. *Santo.* San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
 14 Mart. *Santo.* Santos Tiburcio, Valeriano, Máximo y Pedro González Telmo.
 15 Miérc. *San'o.* Santas Basilisa y Anastasia, mrs. (*Abstinencia de Carne.*)
 16 Juev. *Santo.* Santa Engracia, virgen, y santo Toribio.— (*Abstinencia de carne.*)
 17 Vier. *Santo.* San Aniceto; la beata María Ana de Jesús, y Elías, Pablo é Isidoro, mrs. de Córdoba.— (*Abstinencia de carne.*)
 18 Sáb. *Santo.* San Eleuterio, obispo.— (*Abstinencia de carne.*) *Ordenes.*
 19 Dom. PASCUA DE RESURRECCION. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.

20 Lun. Santa Inés de Monte Pulciano, virgen.
 21 Mart. San Anselmo, ob. y doc.
 22 Miérc. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.—*Anima.*
 23 Juev. San Jorge y san Félix, y Ntra. Sra. de las Batallas.
 24 Vier. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.
 25 Sáb. San Marcos, evangelista.—*Letanias mayores.*
 26 Dom. *de Cuasimodo ó In albis.* Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.
 27 Lun. San Anastasio, san Toribio de Mogrovejo y san Pedro Armengol.—*Abrense las velaciones.*
 28 Mart. San Prudencio, san Vidal y san Pablo de la Cruz.

29 Miérc. San Pedro de Verona, mártir, y san Roberto.
 30 Juev. Santa Catalina de Sena; los Stos. mrs. de Córdoba, Amador, Pedro y Luis.

H. Giran. JR

MAYO

- 1 Vier. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
- 2 Sáb. San Anastasio, obispo y doctor. — *Fiesta Nacional.*
- 3 Dom. La Invención de la Santa Cruz, y san Alejandro, papa.
- 4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 Mart. San Pío V, papa, y la Conversión de san Agustín.
- 6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
- 7 Juev. San Estanislao, ob. y mártir.
- 8 Vier. La Aparición del arcángel san Miguel.
- 9 Sáb. San Gregorio Nacianzeno, obispo y doctor.

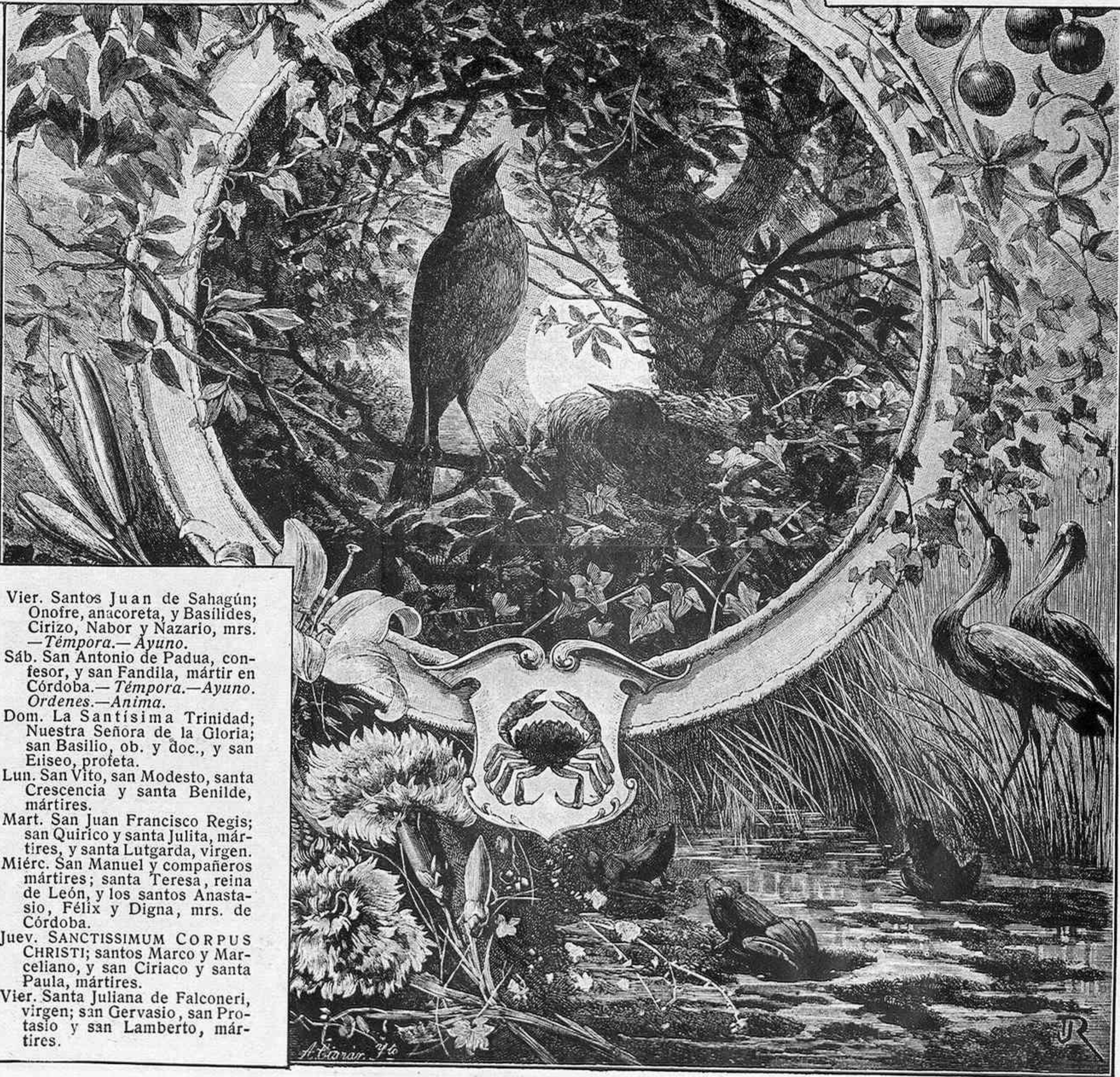
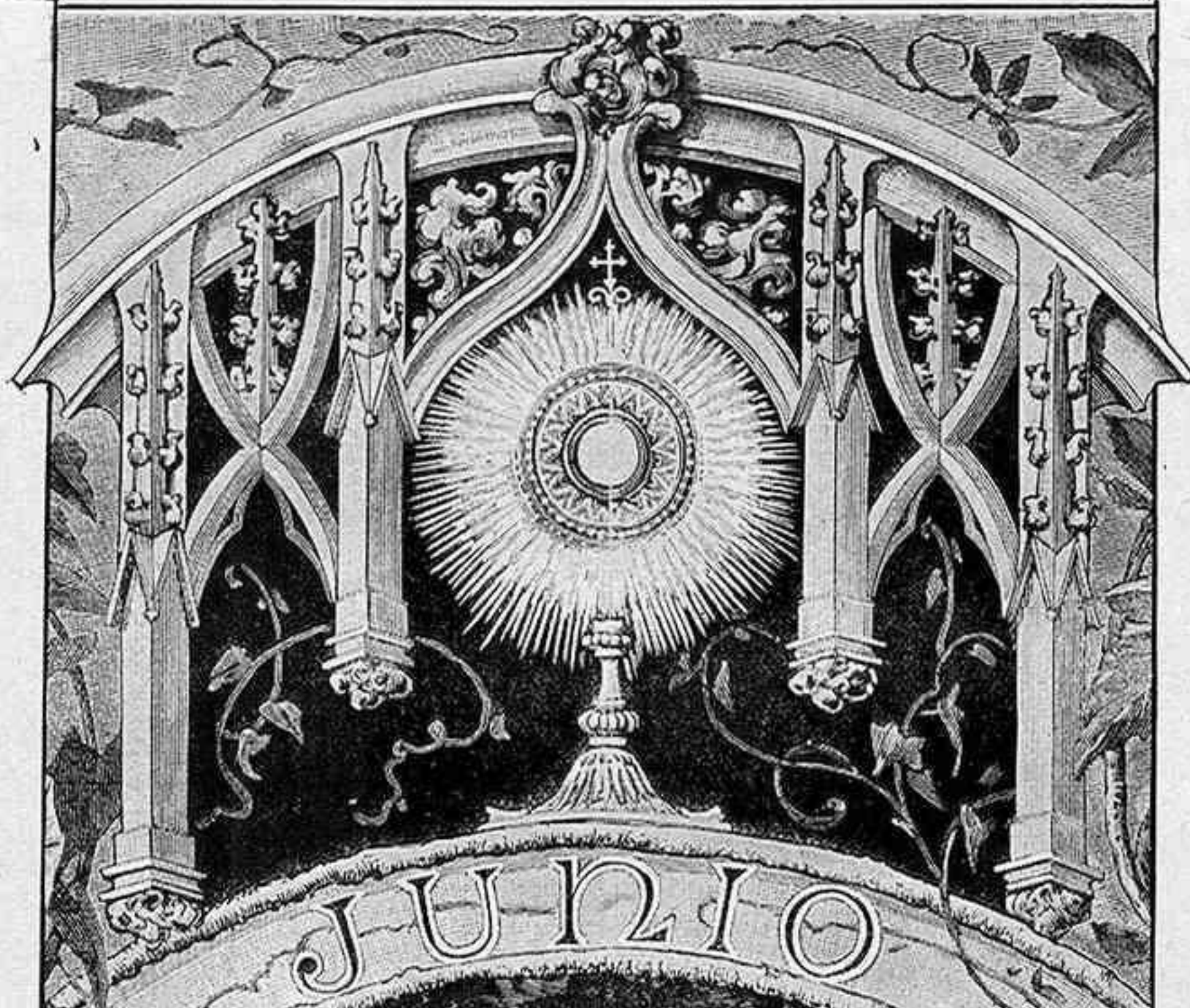
- 10 Dom. El Patrocinio de san José; Nuestra Señora de los Desamparados, y san Antonino, arzob. de Florencia.
- 11 Lun. Santos Mamerto, ob., y Anastasio, mártir.
- 12 Mart. Santo Domingo de la Calzada, confesor.
- 13 Miérc. San Pedro Regalado, confesor.
- 14 Juev. San Bonifacio y san Victor, mrs.
- 15 Vier. *Fiesta.* SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, obispo.
- 16 Sáb. San Juan Nepomuceno, prot.
- 17 Dom. San Pascual Bailón, confesor.
- 18 Lun. Santos Venancio, mr., y Félix de Cantalicio, confesor.

- 19 Mart. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs.
- 20 Miérc. San Bernardino de Sena, confesor, y san Baudilio y san Alejandro, mártires.
- 21 Juev. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.
- 22 Vier. Santa Rita de Casia, viuda; santas Quiteria y Julia, vgs. y mrs.
- 23 Sáb. La Aparición de Santiago, apóstol.
- 24 Dom. San Robustiano, mr., y la Traslación de Santo Domingo de Guzmán.

- 25 Lun. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis. — *Letanias.*
- 26 Mart. San Felipe Neri, conf., y san Eleuterio, papa. — *Letanias.*
- 27 Miérc. San Juan, papa y mr. — *Letanias.*
- 28 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; san Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.
- 29 Vier. San Maximino y san Restituto.
- 30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mr.
- 31 Dom. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; Stos. Germán, Paulino, Justo y Sicio, mrs., y santa Petronila.

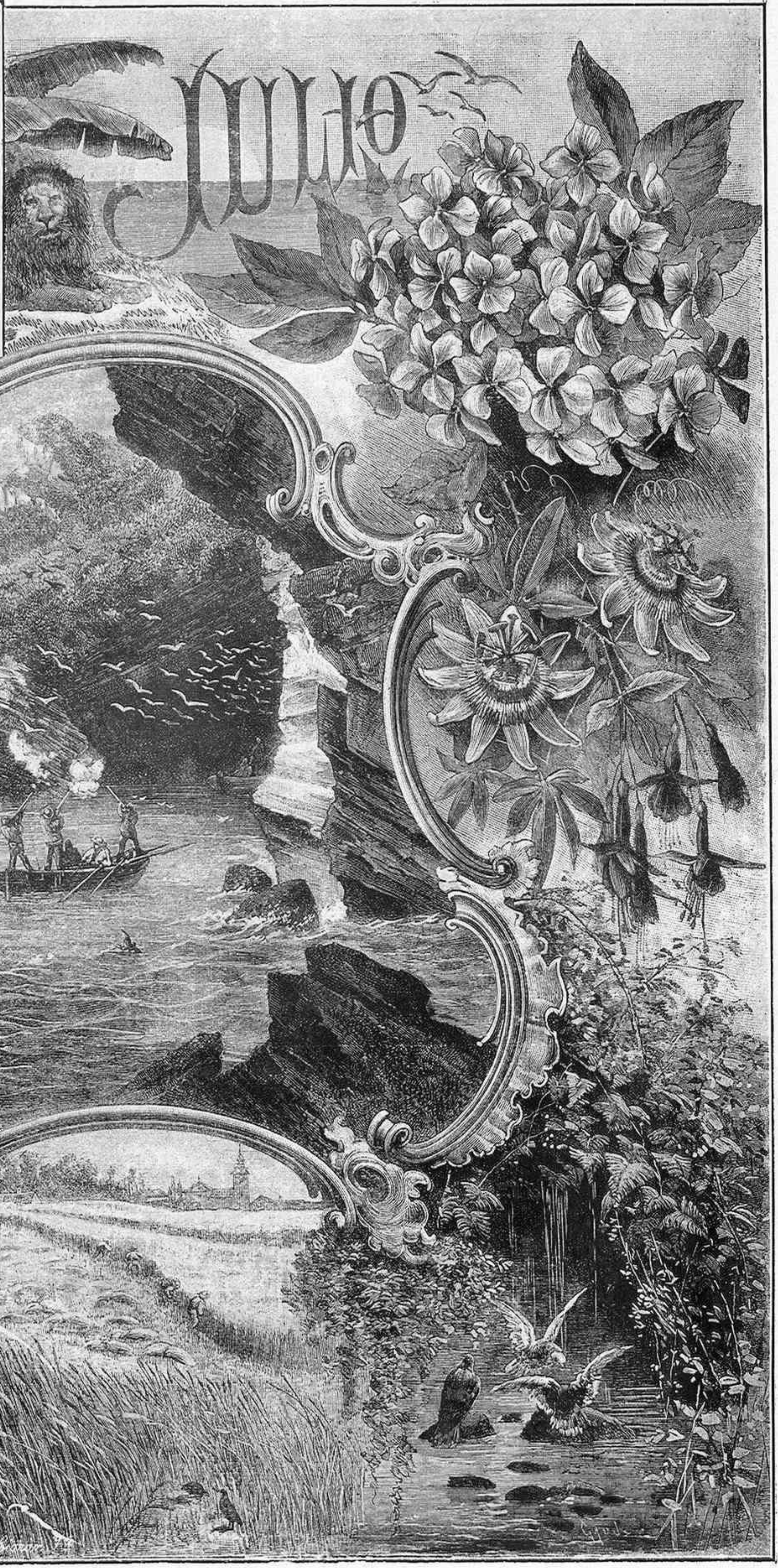
- 1 Lun. San Segundo, ob. y mr.; san Inigo, abad; los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.
- 2 Mart. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Miérc. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, cfr.
- 4 Juev. San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Vier. San Bonifacio, obispo y mártir.
- 6 Sáb. San Norberto, arzobispo, fundador de la Orden premonstratense. — *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 7 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS. San Pedro y compañeros mártires, monjes de Córdoba.
- 8 Lun. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Mart. Santos Primo y Feliciano, hermanos mrs.
- 10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia, y santos Crispulo y Restituto, mrs. — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 11 Juev. San Bernabé, apóstol, y los santos Félix y Fortunato. — *Anima.*

- 20 Sáb. San Silverio, papa y mártir; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Dom. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo.
- 22 Lun. San Paulino, obispo y san Acacio y compañeros, mrs.
- 23 Mart. San Juan, presb. y mártir, y santa Agripina, virgen y mártir.
- 24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Juev. San Guillermo, abad; san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.
- 26 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, y los santos Juan, Pablo y Pelayo, mrs.
- 27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría. — *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 28 Dom. El Purísimo Corazón de María; san León II, papa, y san Argimiro, mártir.
- 29 Lun. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Mart. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, obispo.



- 12 Vier. Santos Juan de Sahagún; Onofre, anacoreta, y Basíldes, Cirizo, Nabor y Nazario, mrs. — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 13 Sáb. San Antonio de Padua, confesor, y san Fandila, mártir en Córdoba. — *Témpora.* — *Ayuno.* — *Ordenes.* — *Anima.*
- 14 Dom. La Santísima Trinidad; Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doc., y san Eliseo, profeta.
- 15 Lun. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.
- 16 Mart. San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.
- 17 Miérc. San Manuel y compañeros mártires; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mrs. de Córdoba.
- 18 Juev. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; santos Marco y Marcelliano, y san Ciriaco y santa Paula, mártires.
- 19 Vier. Santa Juliana de Falconeri, virgen; san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.

- 1 Miérc. San Casto y san Secundino, mrs.
- 2 Juev. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mrs.
- 3 Vier. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Sáb. San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 Dom. La Preciosísima Sangre de N. S. J. C.; santos Cirilo y Metodio, obispos; san Miguel de los santos y santa Zoa, mr.
- 6 Lun. Santa Lucía, mr.
- 7 Mart. San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob., y san Lorenzo de Brindis, confesor.
- 8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Juev. San Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs.
- 10 Vier. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vgs. y mrs.
- 11 Sáb. San Pío I, papa y mr., y Santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Dom. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, vg. y mr.
- 13 Lun. San Anacleto, papa y mártir.
- 14 Mart. San Buenaventura, obispo y doctor.
- 15 Miérc. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes y san Enrique, emperador.
- 16 Juev. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diác.
- 17 Vier. San Alejo, confesor; san León IV, papa y cfr.
- 18 Sáb. Santa Sinfrosina y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, virgen, todos mrs.
- 19 Dom. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Lun. San Elías, profeta; san Jerónimo o Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, virgenes.
- 21 Mart. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro.
- 22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Juev. San Apolinar, obispo y mártir, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Vier. Santa Cristina, virgen y mártir, y san Francisco Solano.—Ayuno.
- 25 Sáb. *Fiesta.* SANTIAGO, APÓSTOL, patrón de España, y san Cristóbal, mr.
- 26 Dom. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, y san Jacinto, mr.
- 27 Lun. Santos Pantaleón y Cucufate, mártires, y santas Juliana y Semproniana, virgenes y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Mart. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mártires; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Miérc. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa; Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires.
- 30 Juev. San Abdón, san Senén y san Rufino, mrs., san Teodomiro, ob., santa Julita y santa Segunda, mrs.
- 31 Vier. San Ignacio de Loyola, confesor, fundador de la Compañía de Jesús; santos Demócrito, Segundo, Dionisio y santa Elena, mrs.

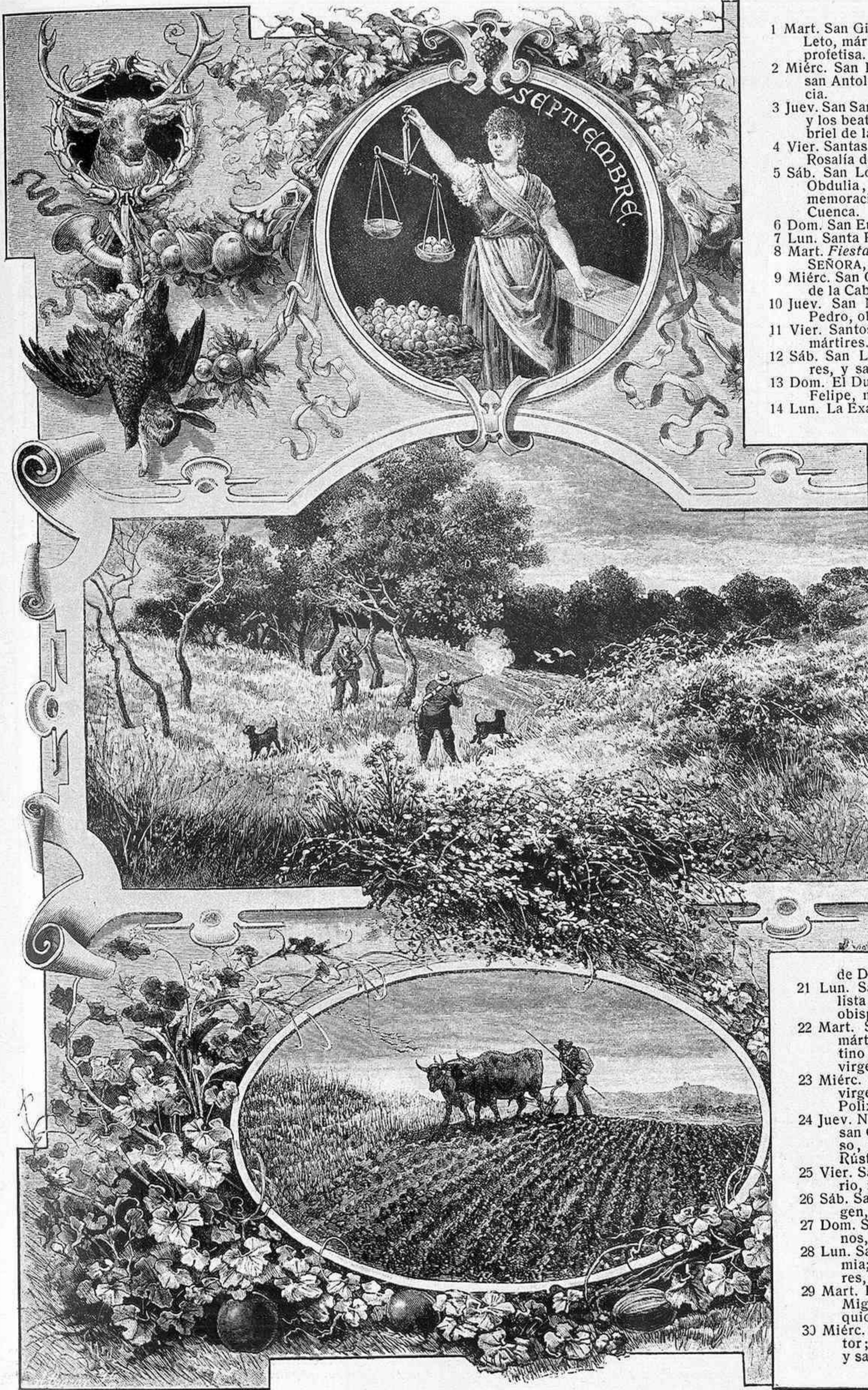




- 1 Sáb. San Pedro Advíncula, y san Félix, mártir de Africa.
- 2 Dom. Nuestra Señora de los Ángeles; san Alfonso María de Liguorio; san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza.—*Jubileo de la Porciúncula.*
- 3 Lun. La Invención del cuerpo de San Esteban, protomártir.
- 4 Mart. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, confesor.
- 5 Miérc. Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.
- 6 Juev. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II.
- 7 Vier. San Cayetano, fundador de los Teatinos; san Alberto de Sicilia y san Donato.
- 8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmeraldo, mártires.
- 9 Dom. San Román, mr.
- 10 Lun. San Lorenzo, diácono, mártir, y santa Filomena.
- 11 Mart. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Miérc. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
- 13 Juev. Santos Hipólito, Casiano, Centola y Elena, mrs.
- 14 Vier. San Eusebio, presb., y san Pablo, diácono y mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Sáb. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA; san Alipio, obispo, y san Estanislao de Kostka, cfr.
- 16 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, y santos Roque y Jacinto, cfr.



- 17 Lun. San Pablo y santa Juliana, hermanos; san Liberato, san Bonifacio y san Severo, mrs., y san Anastasio, obispo.
- 18 Mart. Santos Agapito, Lauro y León, mártires, y santa Elena.
- 19 Miérc. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Juev. San Bernardo, abad y doctor.
- 21 Vier. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, y san Filiberto.
- 22 Sáb. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinfiriano, mrs.
- 23 Dom. San Felipe Benicio, confesor; san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
- 24 Lun. San Bartolomé, apóstol.
- 25 Mart. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Miérc. Santos Ceferino, papa, y Victor, presbítero, mártires.
- 27 Juev. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, y san Rufo, ob.
- 28 Vier. San Agustín, obispo y doctor; san Hermes y san Pelayo, mrs.
- 29 Sáb. La Degollación de San Juan Bautista; santa Sabina y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mártires.
- 30 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Aducto, mártires.
- 31 Lun. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño mr.



- 1 Mart. San Gil, abad; los santos Vicente y Leto, mártires de Toledo, y santa Ana, profetisa.
- 2 Miérc. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.
- 3 Juev. San Sandalio, mr.; san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena.
- 4 Vier. Santas Cándida, Rosa de Viterbo, y Rosalía de Palermo, vírgenes.
- 5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, ob.; santa Obdulia, virgen y mártir, y la Conmemoración de san Julián, obispo de Cuenca.
- 6 Dom. San Eugenio y compañeros mrs.
- 7 Lun. Santa Regina, virgen y mr.
- 8 Mart. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mr.
- 9 Miérc. San Gregorio, mr., y santa María de la Cabeza.
- 10 Juev. San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo de Compostela.
- 11 Vier. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mártires.
- 12 Sáb. San Leoncio y compañeros mártires, y san Vicente, abad.
- 13 Dom. El Dulce Nombre de María, y san Felipe, mr.
- 14 Lun. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Mart. San Nicomedes, presb. y mr.; san Emiliano, diácono, y san Jeremías, mártir de Córdoba.
- 16 Miérc. San Cornelio, papa; san Cipriano, obispo, santas Eufemia, Lucía, y san Geminiano, todos mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 17 Juev. La Impresión de las Llagas de san Francisco de Asís; san Pedro Arbués, mártir, y santa Columba, virgen y mr.
- 18 Vier. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, confesor.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 19 Sáb. San Jenaro, ob., y comps. mártires; santa Pomposa, virgen y mr., y el beato Alonso de Orozco, cf.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; san Eustaquio y compañeros mártires, y los santos Rogelio y Siervo de Dios, mártires de Córdoba.
- 21 Lun. San Mateo, apóstol y evangelista, san Isacio y san Alejandro, obispos.
- 22 Mart. San Mauricio y compañeros mártires; santos Florencio y Santino, obispos, y santa Pomposa, virgen y mr.
- 23 Miérc. San Lino, papa; santa Tecla, virgen y mr., y las santas Jantipa y Polixena.
- 24 Juev. Nuestra Señora de las Mercedes; san Gerardo, ob. y mr.; santos Tirso, Félix y Patricio, mrs., y san Rústico, ob. y cfr.
- 25 Vier. San Lope, obispo, y san Formerio, mr.
- 26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, virgen, mártires.
- 27 Dom. Santos Cosme y Damián, hermanos, mrs.
- 28 Lun. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Aulfo y san Juan, mártires, y santa Eustoquia, virg.
- 29 Mart. La Dedicación del Arcángel san Miguel, y santos Fraternal, Eutiquio y Plauto, mrs.
- 30 Miérc. San Jerónimo, presbítero y doctor; san Honorio y san Gregorio, y santa Sofía, viuda.

SEPTIEMBRE

- 1 Juev. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.
- 2 Vier. Los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.
- 3 Sáb. Santos Cándido y Dionisio y compañeros mártires, y san Gerardo, abad.
- 4 Dom. Ntra. Sra. del Rosario; san Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores; santos Pedro y Marciano, mrs.

- 5 Lun. San Plácido y compañeros mártires; san Froilán y san Atilano, obispos.
- 6 Mart. San Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mr.
- 7 Miérc. San Marcos, papa, y los santos Sergio y compañeros mártires.
- 8 Juev. Santa Brígida, viuda y fundadora.
- 9 Viern. San Dionisio Areopagita, obispo, y los santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Sáb. San Francisco de Borja, y san Luis Beltrán, confesores.
- 11 Dom. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mr.
- 12 Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obispos y mrs.
- 13 Mart. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.
- 14 Miérc. San Calixto, papa y mr.
- 15 Juev. Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas descalzas y compatrona de las Españas.
- 16 Vier. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Sáb. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.
- 18 Dom. San Lucas, evangelista, y san Justo, mr.
- 19 Lun. San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.
- 20 Mart. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mártir.
- 21 Miérc. San Hilarión, abad; santa Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.

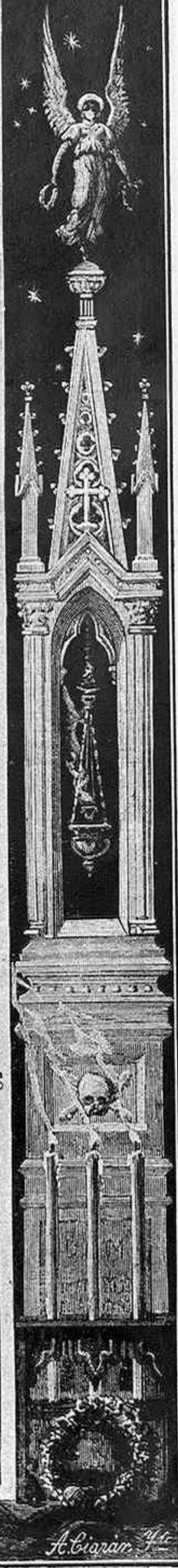
- 22 Juev. Santa Salomé, viuda; santas Nunilo y Alodia, virgs. y mrs.
- 23 Vier. San Pedro Pascual, obispo y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Córdoba.
- 24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.
- 25 Dom. San Crisanto y santa Daría; santos Gabino, Pedro, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, cfr.
- 26 Lun. Stos. Evaristo, papa; Luciano, Marciano y Valentín, mrs.
- 27 Mart. San Vicente, y santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs.
- 28 Miérc. Santos Simón y Judas Tadeo, apóst., y san Cirilo, mr.
- 29 Juev. San Francisco, ob., y san Marcelo, centurión, mr.
- 30 Vier. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victorico, mártires, y san Alonso Rodríguez.
- 31 Sáb. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la Batalla del Salado.—Ayuno.

A. Barón

Noviembre



- 1 Dom. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Lun. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquia, virgen y mártir.
- 3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Armengol ó Ermengol, obispo.
- 4 Miérc. San Carlos Borromeo, arzobispo, y san Vidal, mártir.
- 5 Juev. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.
- 6 Vier. San Severo, obispo y mr., y san Leonardo, confesor.
- 7 Sáb. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
- 8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.
- 9 Lun. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán) en Roma, y san Teodoro, mártir.
- 10 Mart. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Miérc. San Martín, ob., y san Mena, mártir.
- 12 Juev. San Martín, papa y mártir; san Diego de Alcalá y san Millán, presbítero.
- 13 Vier. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, y san Homobono, confesor.
- 14 Sáb. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obispos.
- 15 Dom. San Leopoldo, confesor, y san Eugenio I, arzobispo de Toledo.
- 16 Lun. San Rufino, san Marcos y san Valerio, mrs.
- 17 Mart. San Gregorio Taumaturgo, obispo; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Miérc. La Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma; santos Máximo y Román.
- 19 Juev. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Vier. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Sáb. La Presentación de Nuestra Señora, y los santos Rufo, obispo y confesor, y Esteban, mártir.
- 22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mártir, y santos Filemón, Mauro y Esteban, mrs.
- 23 Lun. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
- 24 Mart. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes.
- 25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mártir; san Moisés, y san Erasmo, mártir.
- 26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.
- 27 Vier. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires, y san Valeriano, san Máximo y san Virgilio, obispos.
- 28 Sáb. San Gregorio III, papa. — *Ciérrense las velaciones.*
- 29 Dom. I de Adviento. San Saturnino, obispo y mártir.
- 30 Lun. San Andrés, apóstol, y san Cástulo, mr.



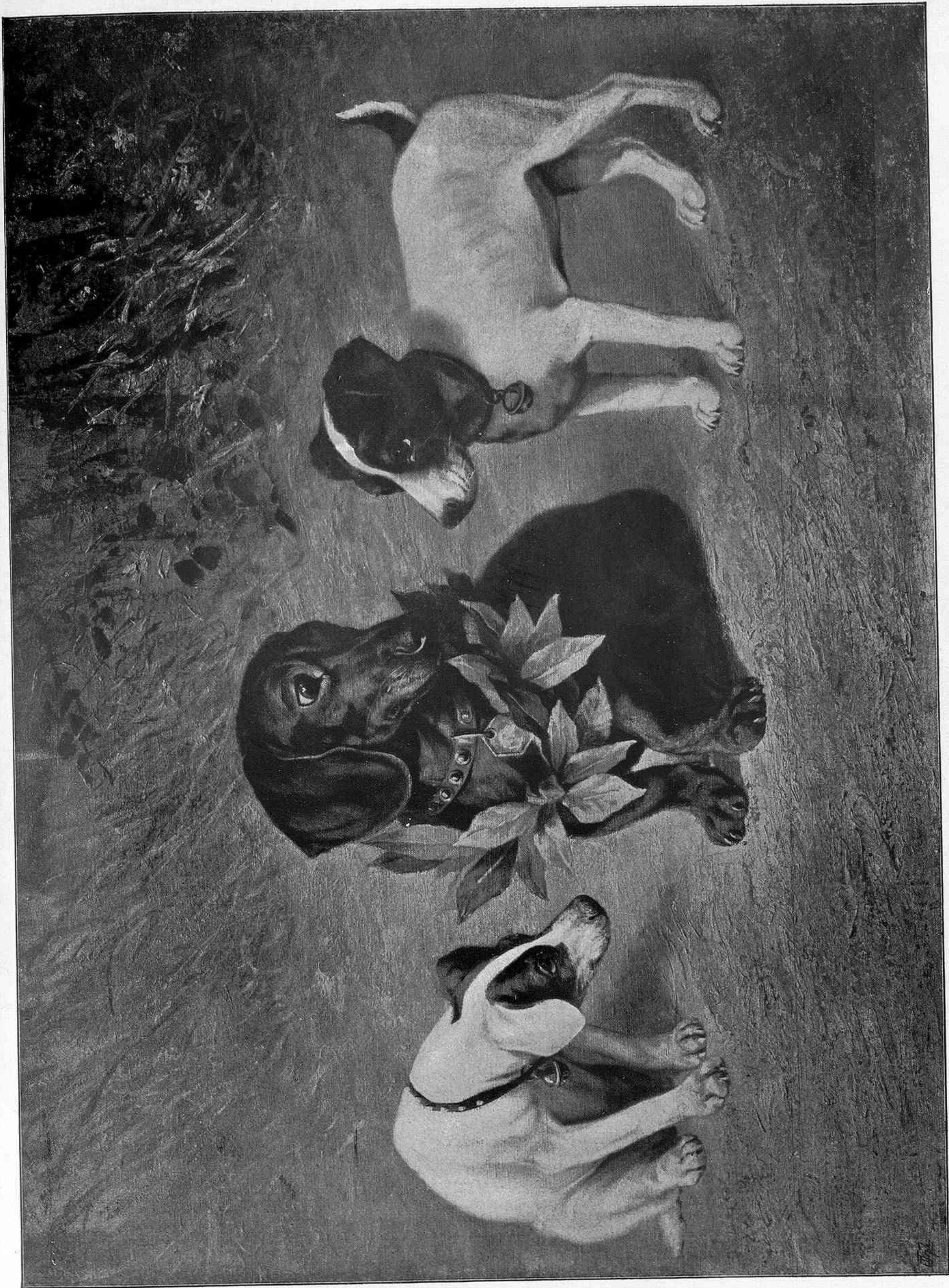
A. Curran 94



Diciembre



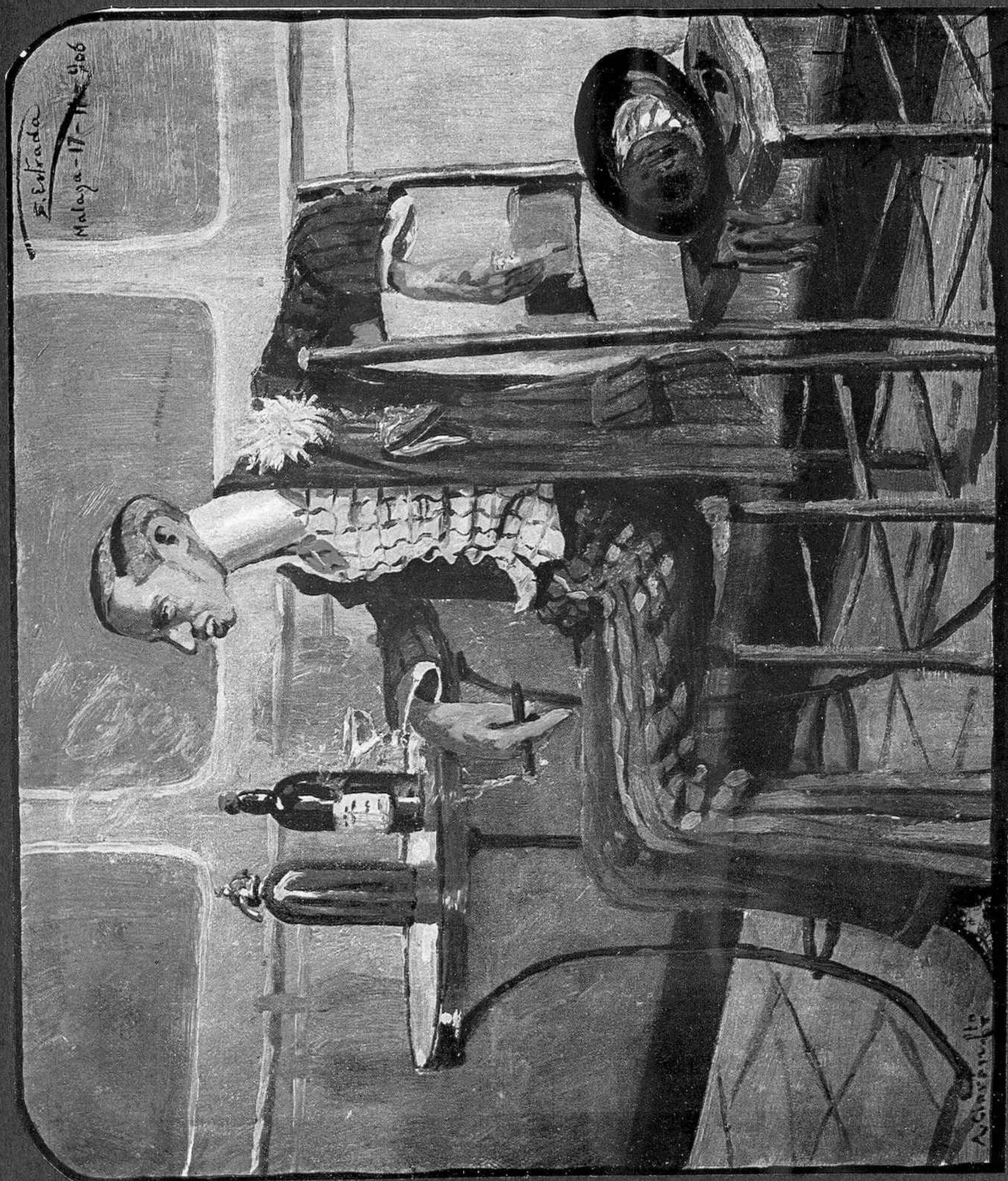
- | | | | | |
|--|--|--|--|--|
| <p>1 Mart. Santa Natalia.
2 Miérc. Santa Bibiana, virgen; san Pedro Crisólogo, ob. y doc., y santa Elisa, vrg.
3 Juev. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
4 Vier. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.—Ayuno.
5 Sáb. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.—Ayuno.
6 Dom. <i>II de Adviento</i>. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
7 Lun. San Ambrosio, ob.</p> | <p>8 Mart. <i>Fiesta</i>. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
9 Miérc. Santa Leocadia.
10 Juev. La Trasl. de la Santa Casa de Loreto; san Melquiades; santas Eulalia (ú Olalla), y Julia.
11 Vier. San Dámaso, papa y san Sabino, obispo.—Ayuno.
12 Sáb. Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico; san Hermógenes y san Donato.—Ayuno.
13 Dom. <i>III de Adviento</i>. Santa Lucía, y el beato Juan de Marinoni, cfr.</p> | <p>14 Lun. Santos Nicasio, Espiridión y Pompeyo.
15 Mart. Santos Eusebio de Verceli, ob.; Eusebio y Faustino, mrs.
16 Miérc. San Valentín y compañeros mártires.—<i>Témpora</i>.—Ayuno.
17 Juev. San Lázaro, obispo y mártir; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades.
18 Vier. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo Virgen de la O).—<i>Témpora</i>.—Ayuno.
19 Sáb. San Nemesio, mártir.—<i>Témpora</i>.—Ayuno.—<i>Ordenes</i>.</p> | <p>20 Dom. <i>IV de Adviento</i>. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mártir.
21 Lun. Santo Tomás, apóstol.
22 Mart. San Demetrio y compañeros, mrs.
23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mártir.
24 Juev. San Gregorio, presbítero y mártir.—<i>Ayuno con abstinencia de carne</i>.
25 Vier. <i>Fiesta</i>. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mrs.</p> | <p>26 Sáb. San Esteban, protomártir.
27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista.
28 Lun. Los Santos Inocentes, mrs.
29 Mart. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.
30 Miérc. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo.
31 Juev. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania, viuda.</p> |
|--|--|--|--|--|



“EL PRIMER PREMIO” CUADRO
DE ALFREDO WECZERZIK

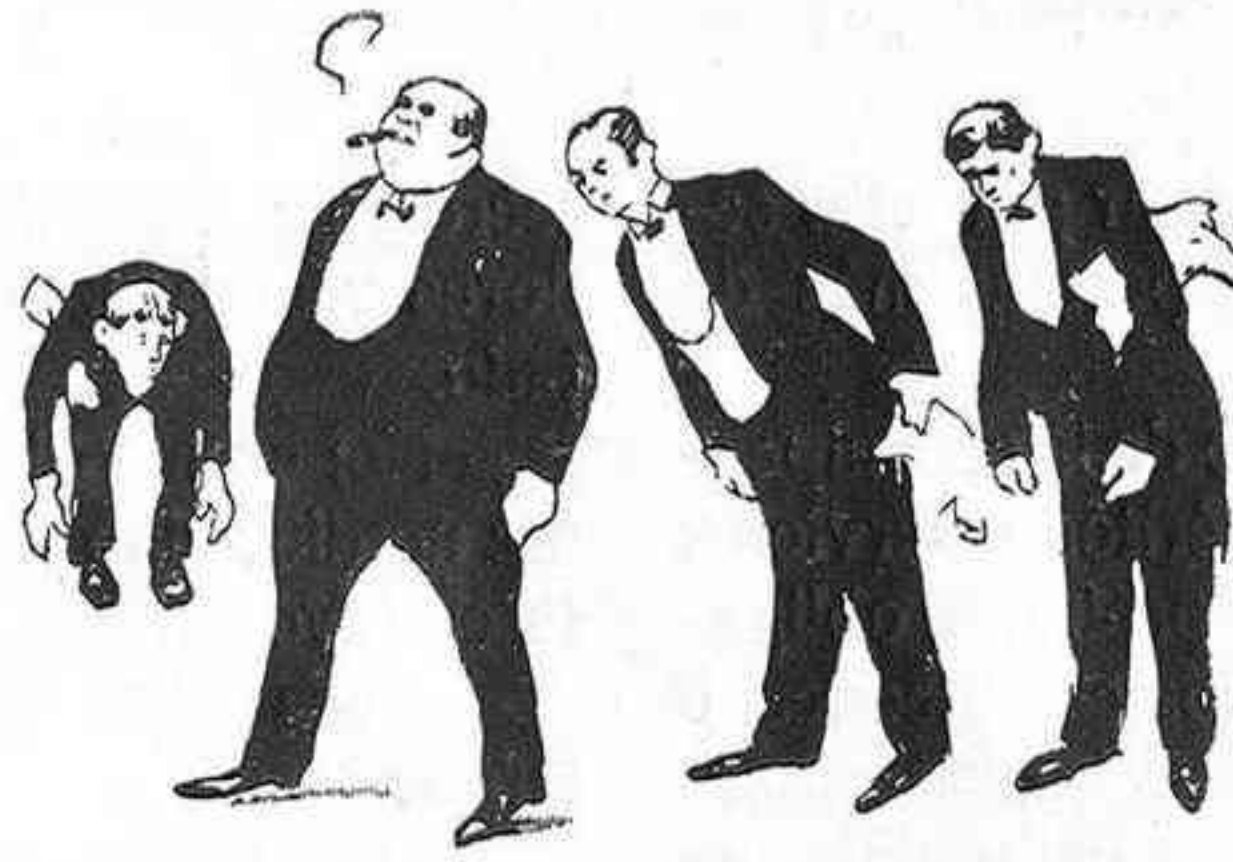


“BUEN PRINCIPIO DE AÑO”
CUADRO DE W. ZIRGES



I MONINI
por Eduardo Estrada.





RECOMPENSAS

No recuerdo en este momento el nombre del país; pero á mí me ha contado alguien, alguna vez, que en alguna parte hay cierta condecoración tan sumamente preciosa, que hace sorprendente efecto en fracs y casacas, por lo cual son muchos los golosos que tiene, ávidos de poseerla y ostentarla. Reúne la condecoración un mérito más, y es el de no requerirse ninguno para su concesión, pues puede conseguirla todo el que la solicita, siempre y cuando que por ella satisfaga los cuantiosos derechos que cuesta, y que tienen, por cierto, piadosísimo destino. Con ellos se atiende por el Estado al sostenimiento de un hospital de dementes, por lo que los chuscos del país, que en ninguno faltan, han dado en decir que constituyen una contribución que pagan los tontos en provecho de los locos.

La cosa, desde tal punto de vista considerada, paréceme de perlas; encuentro justificadísima su carestía, y tengo por idea tan peregrina como acertada, esta de satisfacer y castigar á un mismo tiempo las humanas vanidades; pero lo que ya no tiene para mi pobre criterio tan fácil y satisfactoria explicación, es que en los países donde las cruces tienen por objeto remunerar méritos y servicios, cuesten también el dinero, cosa que, seguramente, les hará poquísima gracia á los agraciados.

Estas consideraciones me las sugiere un caso que acabo de ver muy de cerca, en familia de mi intimidad.

Trátase de un honrado y laborioso funcionario de..... (permítaseme callar el Ministerio) que ha encantado á sus jefes con sus trabajos y con su integridad al mismo tiempo: el expediente que ha resuelto con admirable acierto era, según aseguran, difícilísimo, y los ofrecimientos que los interesados en torcer su curso hicieron al funcionario, rebotaron en la dura roca de su integridad, como las flechas de los moros contra las peñas de Covadonga. Lo supo el Ministro con gran complacencia, y resolvió premiarle; y como con un ascenso no podía ser,

porque para ello hubiera sido preciso hacer una vacante, pensó en sorprenderle con una cruz. Hízose la propuesta con la mayor reserva, y una mañana, al entrar en su despacho, halló sobre el pupitre un pliego de esos que á todo empleado le levantan en vilo, porque lo frecuente es que los pliegos oficiales que se encuentran sobre los pupitres, contengan una cesantía.

El pliego de mi amigo no era de éstos, afortunadamente: era la credencial de la *Encomienda ordinaria de Isabel la Católica, libre de gastos*. Calcúlese la grata sorpresa y la consiguiente satisfacción del interesado ó del *desinteresado*, para hablar con más propiedad en este caso concreto.

Sus inferiores le felicitaron efusivamente; los superiores, con aire protector; los de su categoría, con sonrisa de conejo y con la advertencia de que aquello había que *mojarlo*; pero todas estas felicitaciones y la del Ministro inclusive, que le soltó un discursito breve, poniéndose de pie y todo....., no pudieron igualarse, ni compararse siquiera, con las de la familia cuando mi amigo volvió á su casa y dió la gran noticia.

¡Qué alegría en aquella casa!

—¡Señor Comendador!—le decía sonriente su esposa, haciéndole respetuosa reverencia.—¡Señor Comendador!—repetían encantados los niños; y durante unos días fué tan constante esta cariñosa broma familiar, que estando el chico mayor al balcón una tarde, vió venir á su padre con un amigo, capitán de la Guardia Civil, y en el acto se entró del balcón, gritando:

—¡Mamá, mamá! ¡El Comendador, que llega con gente armada!.....

Indicado sumariamente todo lo que tuvo la Encomienda de agradable para mi amigo y para su familia, pasemos á examinar las puntas y ribetes de amargura que tenía para el matrimonio.

Porque apenas se pasaron las primeras expansiones, tuvo el marido que enterar á su mujer de que, como se trataba de una Encomienda ordinaria

LIBRE DE GASTOS....., tenían que pagar por ella sesenta y cinco duros. ¡Veinticinco pesetas más de sueldo mensual del agraciado!!!

Este era el efecto más inmediato de la recompensa. El Estado, para premiar los méritos y servicios de aquel funcionario inteligente y probo, le obligaba á vivir un mes del aire, como los camaleones, ó dos meses á media ración; porque un hombre casado, con tres hijos, y sesenta duros de sueldo, no suele tener ahorros preparados para dárselos al Estado, cuando la Patria, agradecida, tenga á bien sorprenderle con uno de estos premios.

—¿Qué haremos?— se preguntaban recíprocamente marido y mujer en aquel apurado trance.— ¿Renunciar la Encomienda? De eso no había que hablar: ni siquiera pensarlo. ¿Iba mi amigo á hacer tan marcado desaire al propio Ministro, que se había interesado personalmente en la concesión de aquella gracia, digámoslo así?

Muy al contrario: el mismo Ministro, al felicitar al Comendador, le había dicho: «Á ver si la luce usted en la recepción de Palacio del día tantos», á la cual tenía que asistir en comisión, por lo visto. Esta nueva muestra de aprecio por parte de S. E. le obligaba además á comprarse las insignias en seguida, para ayuda de penas.

Por muchas vueltas que le dieron al asunto, la solución no era más que una: acudir al brazo secular de D. Dimas Uñate, que se dedicaba habitualmente á sacar de apuros á las clases activas y pasivas del Estado, poniendo en todos sus asuntos, y especialmente en los de préstamos, *el mayor interés*.

Y véase cómo dijo muy bien el que dijo que este mundo es una cadena, y por dónde el primer efecto útil de una alta recompensa á un honradísimo ciudadano, fué para el más acreditado de los tres prestamistas de la calle de los *Tres Peces*.

—¿En qué piensas?— preguntó la esposa, al ver á su cónyuge que se había quedado inmóvil y silencioso.

—Me estaba acordando— repuso él con triste sonrisa— de una zarzuela de mis buenos tiempos.

—¿Á propósito de qué?

—Á propósito de este regalo que acaba de hacerme el Gobierno, porque en aquella zarzuela que te digo, cantaban un *couplet* que decía:

«Esta noche te convido
Á que pagues un café.»

—¡Qué le vamos á hacer!— dijo la esposa, tratando de animarle.— Le pagaremos como podamos ese café al Gobierno, ya que nos convida. En medio de todo, más vale que ese gasto no nos lo origine una enfermedad ni una desgracia, sino un motivo honrosísimo. Trae, trae acá esa credencial, que quiero

recrearme con el relato de tus méritos y con las flores y alabanzas que te dice el Ministro de Estado.

—No: no me dice flores ni menciona mérito alguno: no dice sino que S. M. ha aprobado lo propuesto en favor mío.

—Pues ¿qué pone en esa comunicación tan larga?

—Que tengo que presentar la carta de pago de los derechos de la Hacienda.

—¿Y qué más?

—Que hasta que no los pague, no podré usar la cruz, y que, como me descuide en pagar, dentro del plazo de tres meses me quedo sin ella.

—Mira tú lo que es no entenderlo. Yo creía que para darle á uno un premio le tratarían en una forma finísima y cariñosa inclusive; pero te aseguro que nunca he visto dar una buena noticia en forma más desagradable.

—¡Mujer, por Dios!

—Sí, hijo, sí; lo que hace el Estado contigo es lo mismo que si yo quisiera premiar los buenos servicios de la criada, y la dijera: «Mire usted, Sebastiana, el señor ha aprobado mi pensamiento de regalarla á usted un pañuelo de seda. El pañuelo se lo comprará usted con su dinero, y además me abonará usted tantas pesetas, y hasta que me lo pague no podrá usted usarlo, aunque se lo compre; y mucho ojo, ¿eh?, porque como pasen tres meses sin soltar las pesetas, no hay nada de lo dicho.» ¿Qué diría la muchacha, y todo el mundo que supiera esta forma de hacer un regalo?

—Hija, el Estado no puede compararse con los particulares.

—Sí, ya he oído decir muchas veces que el Estado es menor de edad: sin duda, por eso no está bien educado todavía.

Á este punto llegaba la conversación del matrimonio, cuando yo entraba á felicitarle por la recompensa, y me enteré del diálogo conyugal porque me lo contaron para pedirme mi opinión.

Como los simples ciudadanos estamos obligados á ser con las señoras más cumplidos que el Estado con los caballeros, me declaré de completo acuerdo con la opinión de la mujer de mi amigo, y la dije:

—Conformes, amiga mía, de toda conformidad, en el fondo y en la forma. Me parece muy mal que el Estado cobre dinero por los premios que otorga, porque resulta que los méritos tienen multa, como las faltas. Paréceme muy mal también que los derechos sobre los buenos servicios sean tan enormes, y que tenga que pagar el que gana una cruz ciento treinta veces lo que abona el que falta en la vía pública á una de las más limpias ordenanzas municipales, y respecto de la forma de comunicar al agraciado que se le ha concedido una Encomien-

Almanaque de La Ilustración.

da ordinaria, me parece más ordinaria la credencial que la Encomienda.

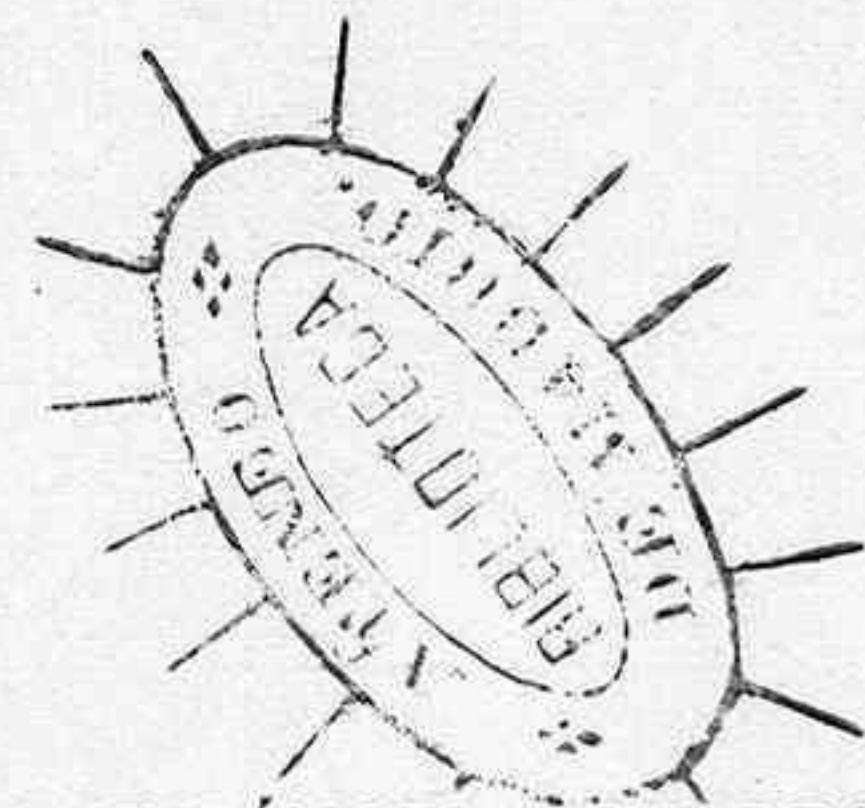
—¡Eso, eso!—decía palmoteando la mujer de mi amigo, al oír mis palabras, que así corroboraban sus ideas.

Y yo, un tanto desvanecido por aquellos plácemes, me atreví á remachar el clavo, diciendo:

—Aquella conocida maldición del gitano, que decía: «Pleitos tengas y los ganes», podían muy bien parafrasearla los enemigos de los funcionarios inteligentes, honrados y laboriosos:

«¡Méritos contraigas, y que el Estado te los recompense!»

CARLOS LUIS DE CUENCA.



“EL SUEÑO DE UN ÁNGEL” CUADRO DE M.^{LLE} SOUREL



"LA CADENA NUEVA"
CUADRO DE MENZLER



“LA MERIENDA” CUADRO
DE BERGEN

Canto á un sabroso recuerdo.

¡Naranjas hermosas!
¡Naranjas *de allí!*
De Palma del Río,
De Lora del Río;
De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz.
(¡Pues no estoy suspirando, Dios mío!
Y es que, á veces, nos llega muy honda
La impresión de un recuerdo pueril.)
Escucho los pregones
Así como en sueños:
¡De Palma del Río!
¡De Lora del Río!
¡Naranjas sabrosas!
¡Naranjas *de allí!*

En época breve,
De breves amores,
Los frutos preciados,
De piel matizada con tonos dorados,
Y entrañas jugosas,
Me daban á un tiempo frescura y placer,
Saciando mi gusto,
Calmando mi sed.
¡Naranjas sabrosas!
¡Naranjas *de allí!*
¡De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz!

¡Qué hermosas, comidas
Al pie de los árboles!
¡Qué ricas en zumo,
Qué ricas de olor!
Ó bien bajo el toldo
De un patio *de aquéllos*,
Al son cristalino
Del chorro del agua que lanza la fuente,
Con música grata, de tenue rumor;
Que sube flexible,
Y á poco se rompe,
Quebrando en el aire su salto veloz;

Que baja deshecho,
Y en torno salpica las anchas macetas,
Cubriendo con gotas, que tiemblan de gusto,
Las plantas en flor.
¡Cuán frescas parecen
Aquellas fragantes
Y dulces naranjas!.....
¡Naranjas *de allí!*
¡De los naranjales de la Andalucía
Fecunda y feliz!!

Mas yo las prefiero—
No sé por qué extraño
Capricho—comidas,
Gustadas, en horas
De sol asfixiante,
Y en tanto que cruzo
Las tierras calientes
En alas del tren.
Me saben á gloria,
Me huelen á flores,
En tanto que calman
Mi ardor y mi sed.
Compradas de manos
De mozas morenas,
Que llevan el pelo sembrado de rosas,
Y tienen los ojos
Así como llenos de rayos de sol;
Compradas al paso
Por una estación.....
Entonces, ¡entonces!,
No sé por qué extraño
Capricho del gusto
Me saben mejor.
Tendido en el fondo
De un claro vagón,
Que corre ligero, manchado de polvo;
Sintiendo caricias
De un vago sopor;
¡Oyendo que crujen
Las anchas, y recias, y azules cortinas,

Al soplo de un aire
Que está saturado
De intenso calor!.....

El tren sacudiendo
La muelle pereza
Que invade á los hombres,
Avanza veloz.....
Y á un lado y al otro
Del largo camino
Que marcan los fuertes
Carriles de hierro,
Las huertas desfilan,
¡Las huertas brillantes de verdes naranjos,
Bañadas de sol!

.....
.....
.....

¡Ay, cuántos recuerdos
Despiertan en mí!
¡Naranjas sabrosas!
¡Cuán frescas! ¡Cuán dulces!
¡Qué hermosas! ¡Qué hermosas!
¡Entonces..... y allí!!

Sin duelos ni afanes,
Con años que apenas
Llegaban á veinte;
Soñando, despierto,
Con glorias y amores;

Gozando del mundo,
¡Queriendo vivir!
Entonces no había
Ni gusto más grande,
Ni encanto que fuera
Mayor para mí
Que el gusto sencillo
Y el sano placer.....

De pasar, *devorando naranjas*,
Por encima del suelo caliente,
¡¡Y en alas del tren!!

—
¡De Palma del Río!
¡De Lora del Río!
¡Naranjas *de allí!*

¡Quién pudiera volver á aquel tiempo,
Tan breve, tan breve,
Por lo mismo que fué tan feliz,
Y en un bosque de alegres naranjos
Quién pudiera, gozoso y febril,
Ver llegar á la Musa encantada,
La mujer del ensueño, la Amada
De toda una vida,
¡De toda una vida de amor!
Coronada — ceñida — vestida
De rayos de sol!!!.....

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



“LA GULA” CUADRO
DE M.^{ME} MURATON



Copyright 1902 by Fritz Grosse

"PRELUDIO" CUADRO
DE PISCHON

(Copyright by F. Grandt-Berlin.)

LOS CÍRCULOS

Dos castas de hombres hay—dice el poema sagrado—que pueden hacer prodigios. Los fakires que entran dentro de sí, y los poetas que de sí mismos se salen. Los unos recogen la luz que el universo enfoca en el cristal del espíritu, más claro y limpio que el cristal de las piedras preciosas. Los otros esparcen su propia luz sobre las cosas vivas y muertas, para vivir con ellas en amable y serena comunión. ¡Dios sea loado!

He aquí que un espíritu solitario y humilde ha ensartado algunas estrofas del «Cántico grande» en el hilo de su palabra. Sean como granos de ámbar, como gotas de incienso y como pedrezuelas de ópalo, que conjuran el sueño y ahuyentan el maleficio.

Charla de árboles.

—Hermano albérchigo, ¿estás ahí? ¿Has florecido?

—Floreciendo estoy. Aun no veo nada, pero siento el calorillo del sol por fuera y de la savia por dentro. ¿Y tú?

—Yo, hartito hago con agarrarme á este peñasco. El invierno ha sido duro y cruel: estallaba la piedra bajo el hielo, y el hielo bajo la raíz. ¡Y qué vientos! Ocurrencia buena fué la de plantarnos en un peñasco.



- Así damos más dulce fruto.
—Ahora siento que me han cortado un brazo; el que te tocaba. Cosa de los hombres es.
—¿No te hace sufrir la sequía más que el corte?
—Sí, me hace. Es despiadada la sequedad cuando estamos oyendo siempre la copla honda y lastimera de ese río..... ¿Cómo se llama?
—Tajo.
—Nunca me acuerdo de una vez para otra.
—Muy hondo va, y las nubes muy altas; mas ¿no te ha dicho algún pájaro que va á llover?
—Las alondras lo dicen todos los días; pero son embusteras aves.
—Á mí me lo ha dicho un tordillo.
—Los tordos son más formales. ¿Qué te ha dicho?
—Dijome así: «Alégrate, y viste tu vestido nuevo de hojas; pronto lo mojarás en el agua pura de los cielos. Me lo ha dicho un cuclillo que vive solitario en lo más alto de un monte, al que se acogen cuervos marinos y gaviotas, cuando hay tempestad. Yo también he visto la nube negra que subía de los mares, y me he mojado las alas en su vapor.» Esto me dijo el tordillo.
—Buenas señales son esas. También lo es esta; ¿no sientes el latido? Viene de lo hondo.
—Viene de lo alto. Mis ramas se abren en mil heridas, y á cada una la tapa una flor. Mi corteza revienta, y fluye la goma balsámica, aromosa, cicatrizante.....
—Como un beso de amor.

Cómo se hacen los nidos.

- LA MADRE.—Hijitos, aquietad ese impulso volandero, que aun os he de enseñar toda la ciencia de los pájaros. «Un poquito más, y ya no me veréis.»
- EL PADRE.—Á ver si hay un poco de silencio para lo que va á deciros vuestra madre.
- LA MADRE.—Todo nuestro saber consiste en hacer bien el nido, conforme á nuestra necesidad y conveniencia. Mirad: el nido ha de hacerse con pajillas de la tierra, con briznas del aire, con limo del agua, con plumas de nuestro pecho, con jugos de nuestra sangre, con amor de nuestro corazón.
- Ni grande que se enfríe, ni tan pequeño que incomode. No áspero ni perfecto, ni enteramente regular que parezca *fabril*; antes sea blando, caliente, personal, amigable, de una sencilla urdimbre que huelga á salud y libertad, como seno de un cáliz que ha de henchirse de amor y de cánticos.
- EL PADRE.—Se fueron. No te escuchaban.

LA MADRE.—¡Se fueron!

EL PADRE.—Lo mismo hicimos nosotros.

LA MADRE.—¿Quién les enseñará á construir sus nidos?

EL PADRE.—Quien nos enseñó á nosotros: nadie. La vida es amor; el amor, vida..... El huevo es un ave, el ave es un huevo, y no salimos del círculo. Yo me voy también.

LA MADRE.—¡Pobrecito nido, vacío y abandonado!

asperón lo rae de cuando en cuando con su agrio roce de mordedura.



Cae la simiente granada sobre la tierra: los pájaros audaces la transportan á otros surcos lejanos: el viento y el agua se la llevan también en la onda diáfana. No se pierde ninguna semilla bajo la capa del sol.



El cantar del heno.

Por los aires densos se esparce noche y día el psalmo de las hierbas de dulce jugo, de las flores del campo, henchidas de miel, cortadas y oreadas en los prados fecundos, bajo la llamarada del sol, en que arde el oro y se limpia la vida.



La cuchilla es ancha y corva como un creciente de luna: es reluciente y sonora también, como las bandejas de plata que ponen sobre el altar. Tiene un ritmo bronco y altivo de péndulo azulado, y las hierbecillas caen delante de su soplo como una cbellera sacrificada. La miel y el polen de las flores perfuman la cuchilla. Tanto es el bálsamo, que un

Se oye el manso tañido de las esquilas y el baido de los rebaños, que llenan la serenidad de la tarde de una salmodia quejumbrosa. Para las bocas pacíficas é inocentes sean nuestras primicias de amor.

El blando mugir de la vaca es maternal: dos chorros de vapor tibio inciensan el heno: de un belfo grande y verdoso, con el jugo de la hierba, cuelga y brilla al sol el hilo de baba. Sus ubres están llenas: sus ojos reflejan la mansedumbre de la tierra y del cielo en la tarde primaveral.



¿Qué seremos, oh hierbas segadas! ¿Qué seremos, oh flores del prado! Seremos la blanca dulzura que llena las ubres; la roja corriente que llena las venas; el hilo de baba que cuelga de un belfo; la lumbre que brilla en el cristal de unos ojos pacíficos y maternales. ¡Sangre y amor!

El reir de las fuentes.

¿No lo sabéis? El agua de las fuentes, de los manantiales, tiene alma y no tiene dolor. Ríe siempre.

Viene de los oscuros senos, corre por las ocultas venas, salta por la rotura de una piedra ó de un terrón, y al derramarse por la tierra recibe dos besos: uno de la luz, otro del aire. Y se colora de azul como el limpio cielo.

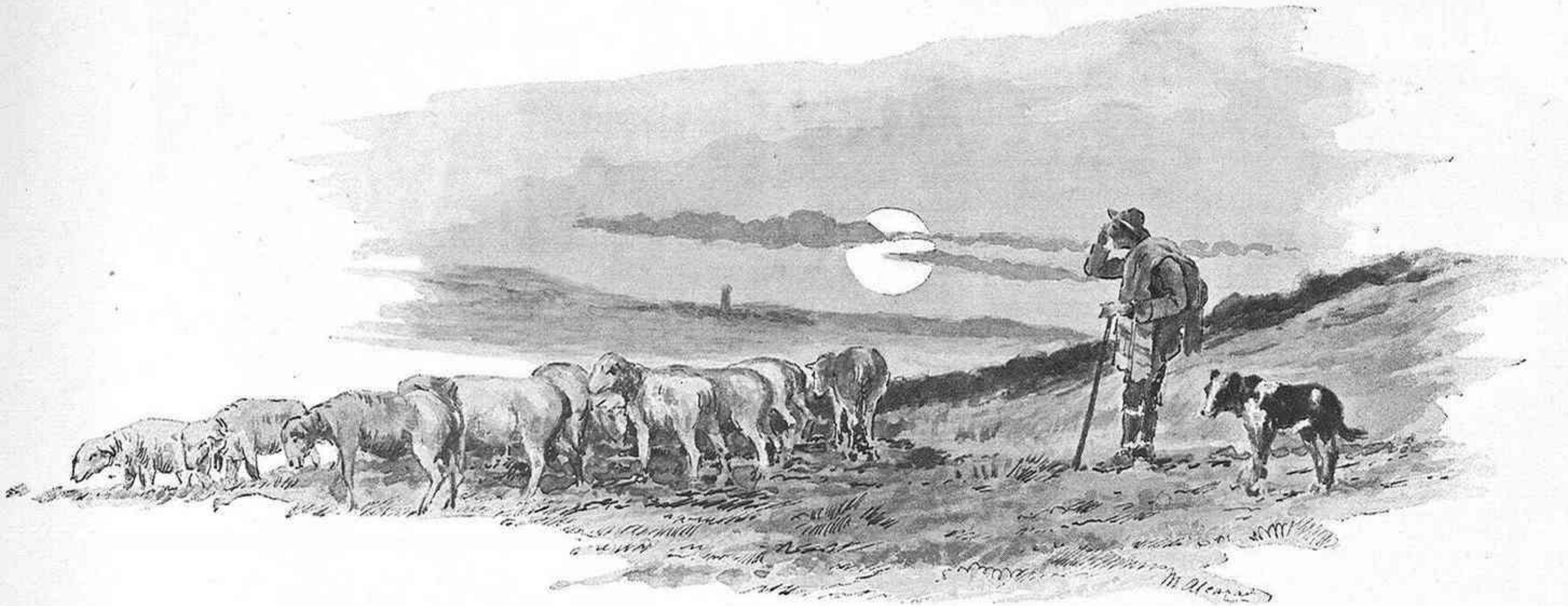
Ríe siempre. Las hadas del agua corriente no son

¿Adónde va el agua gárrula y loca, con su canción y su risa?

Ella lo diría. Así lo diría:

«¿No sabéis? Yo soy un alma que no tiene penas. Fui vapor blanco y sutil, que tomó en el viento todas las formas incoherentes, según mi capricho: vellón, palma, monstruo, archipiélago....., y me coloreé con todos los matices que me dió la gana, desde el oro al fuego, desde el nácar á la violeta.

»Fuí hilo de lluvia, cristal purísimo hilado en la rueca del aire, y copo de nieve y piedra de granizo



tristes y gemidoras. Son almas locas y felices, que tienen el corazón de luz, el cuerpo de aire, el manto de neblina. Como no se paran, no hacen amor.

Las hadas tristes son las de los lagos, las de aguas quietas y profundas y pensativas; las que hallaron en el fondo el sedimento lodoso de todo dolor y de toda perfidia.

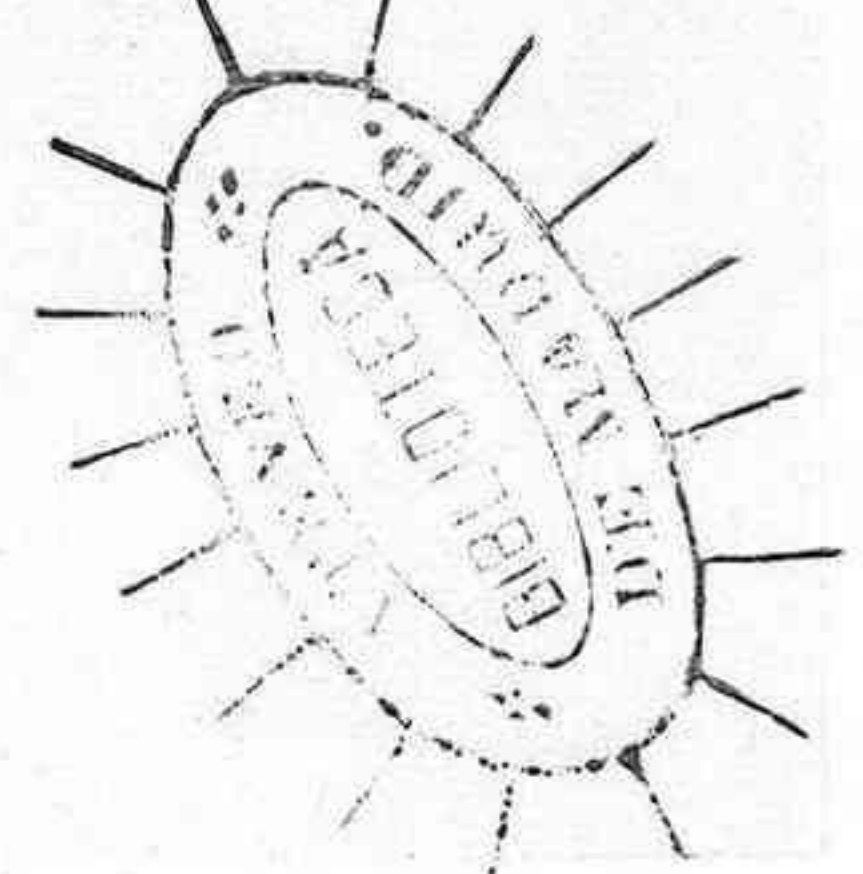


y grumo de escarcha. En mí se mojaron todos los labios y se refrescaron todas las lenguas, y se posaron todos los pies y se esponjaron todas las plumas..... Nada se me conoce.

»Fuí onda de lagos subterráneos, gota de grutas ignoradas, sudor de riscos cavernosos..... Y he vuelto á la luz, al aire, á la vida ruidosa. ¿Dónde voy? Al río, al mar, al espacio otra vez; á ser lo que era y lo que seré por los siglos de los siglos.»

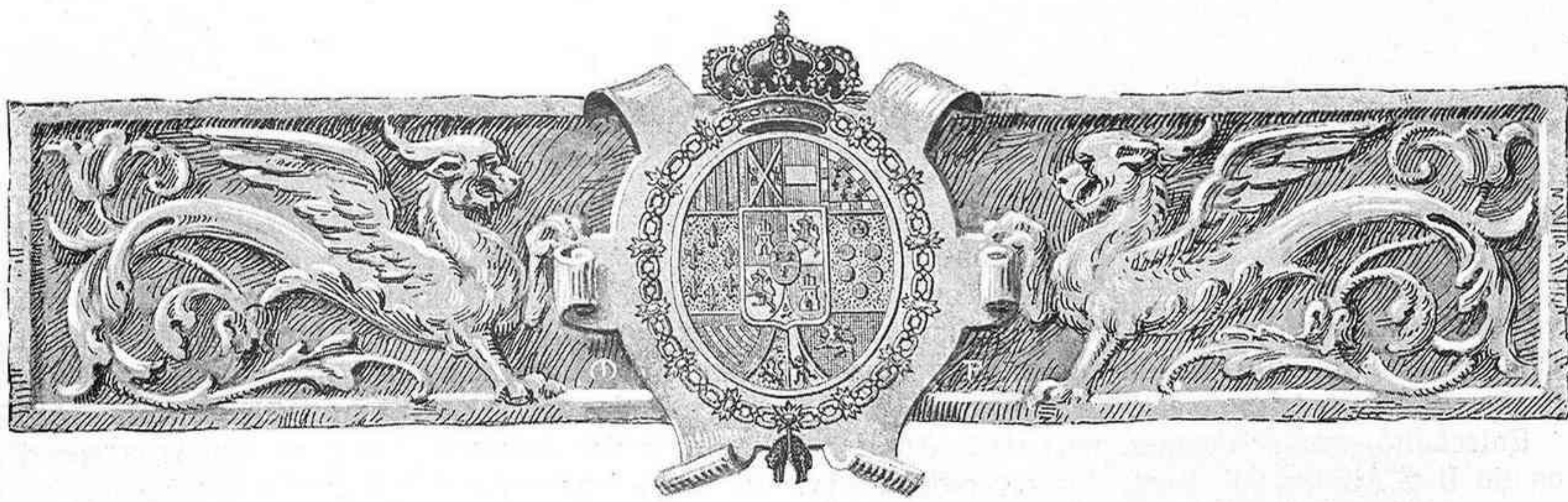
He aquí por qué en el claro reir de las fuentes no hay amargura ni dolor.

JOSÉ NOGALES



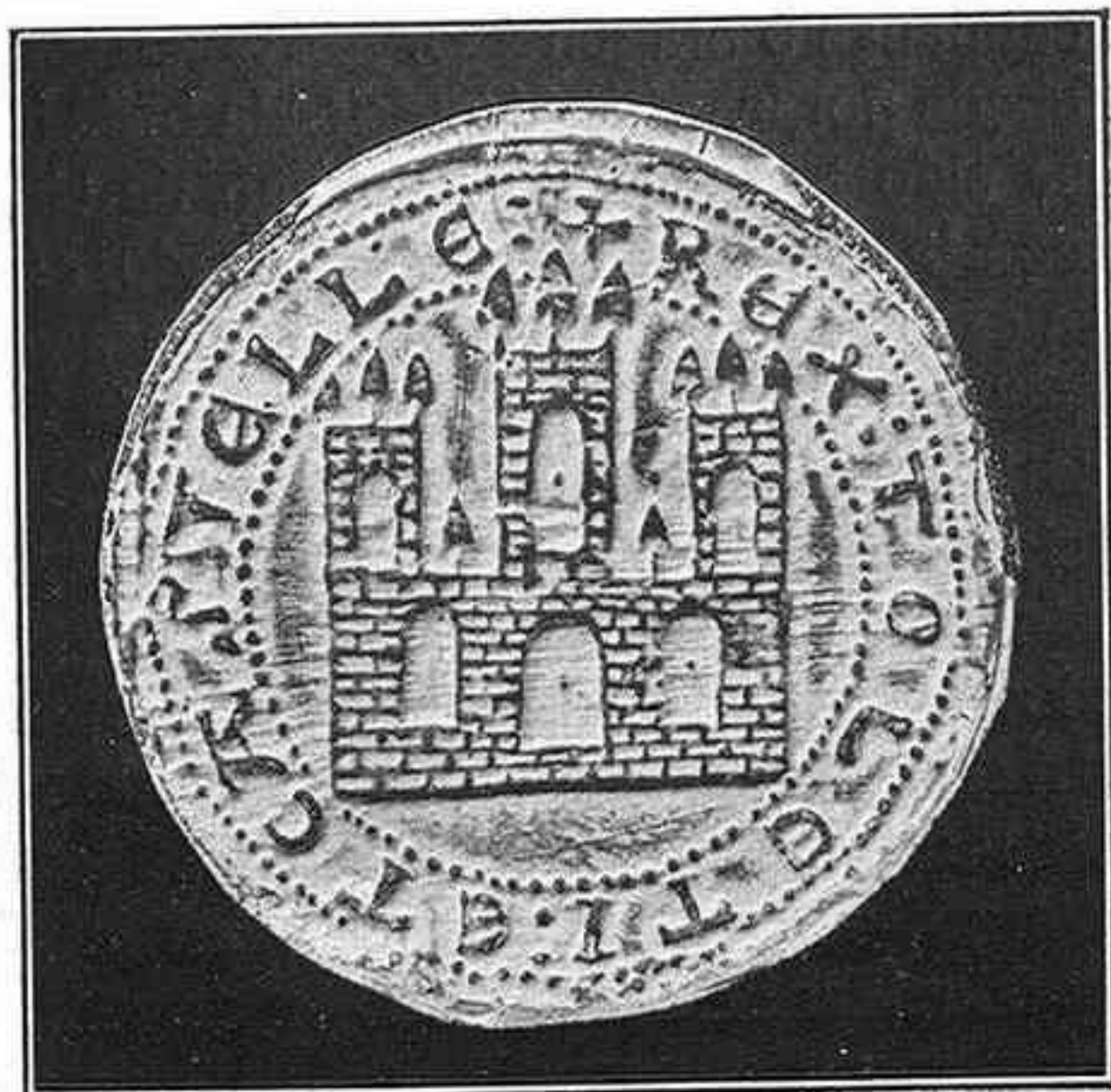


"CONFIDENCIAS" CUADRO
DE MENZLER



Orígenes del blasón de España y de ciertos emblemas reales.

HABLAR de la Heráldica como ciencia, ó al menos como documento de valor histórico, es casi exponerse á pasar por demasiado crédulo ó poco sincero; tales cosas se han hecho y se hacen con los bla-



Sello de D. Alfonso VIII.

sones, que sus enrevesados signos llegan á ser á veces verdaderamente indescifrables.

Pero no siempre ocurrió lo propio, ni se permitieron tales fantasías, sobre todo en aquellos que tenían verdadero valor legal y fehaciente, pues al principio, los signos y partes del blasón fueron respetuosamente considerados, y hasta penadas las transgresiones y mal uso que de aquellos emblemas se hicieran.

Bien es verdad, que á los comienzos fueron muy sencillos, complicándose conforme llegaban los tiempos de su decadencia, comenzando por formarse casi al mismo tiempo los blasones de los reinos y de las más poderosas casas españolas.

Desde que Constantino adoptó como emblema el

monograma de Cristo, con las palabras *IN HOC SIGNVM VINCES* formando el lábaro, pareció muy oportuno á los príncipes cristianos ampararse bajo algún lema ó frase expresiva de toda su piedad acendrada.

En España, lo propio los árabes que los cristianos, fueron muy afectos á estos emblemáticos detalles, y desde el *Bismi Allah* de los Abderramanes, hasta el *No vencedor sino Allah* de los nasaritas granadinos, acompañados de la llave, la mano ó el sello de Salomón, responden los reyes cristianos con otras frases y emblemas definidores de su fe y de su imperio.

Si Pelayo levantó la cruz, que, como á Constantino, le llevó á la victoria, es posible que la trazara también por su propia mano en algún documento, dado caso que los emitiera, á manera de firma ó rúbrica; pero faltánnos en absoluto diplomas de tan precarios tiempos.

Los otros reyes, hasta muy adelantada la reconquista, adoptaron todos la cruz de la Victoria de Alfonso III, hasta que las Chancillerías de León comenzaron á emplear ciertos signos ó sellos con que ilustraban y corroboraban el Real documento.

Muy conocidos son los de Alfonso VI, el conquistador de Toledo, que antepone á su nombre los rasgos de una mano, no apareciendo hasta Alfonso VII el león, como signo parlante, en los documentos y monedas, con el título de *IMPERATOR*.

Por este *Emperador* comienza también en España la serie de los sellos pendientes, apareciendo en el suyo la imagen del Monarca, sentado, con el lema de *Imperator Hispaniæ*, viéndose aún á su mujer doña Leonor dibujar la mano levantada en su signo rodado.

Castilla se retrasa un tanto en adoptar emblema y tener blasón propio; nunca lo empleó antes de separarse de León.

Alfonso VIII, como rey privativo de Castilla, no lo impone hasta poco antes de la conquista de Cuenca, luciendo sus banderas el castillo en las Navas de Tolosa, según muy circunstanciadamente nos demuestra Garibay. También por primera vez se acuña en las monedas de este Rey.

Entretanto, sus contemporáneos de León, Fernando II y Alfonso IX, llenan los reversos de sus famosos maravedises de oro con la figura del rey del desierto.

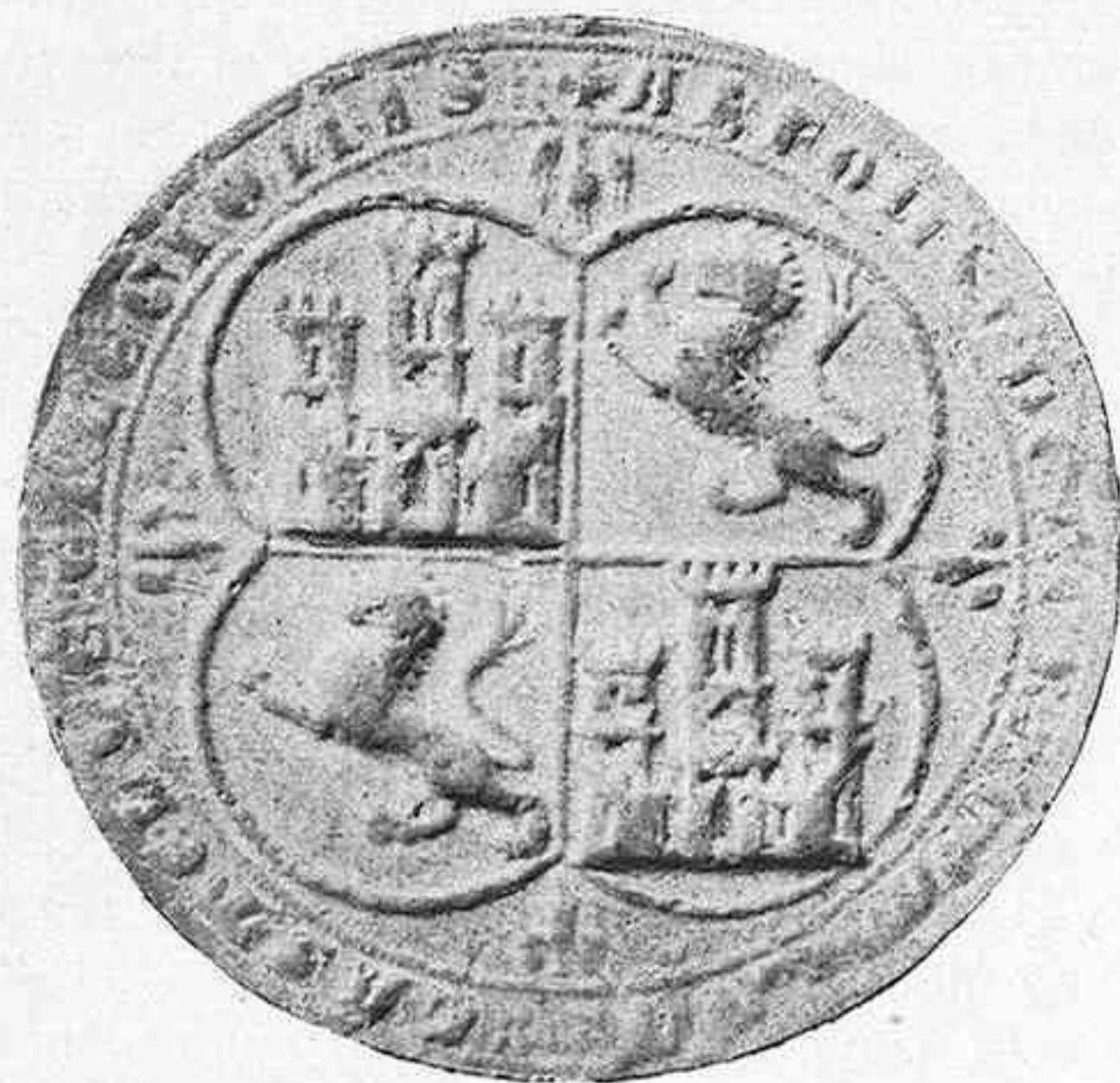


Maravedí de oro de Fernando II de León.

Á la unión definitiva de Castilla y León por Fernando III, este Monarca une á su vez en el blasón los emblemas de ambos reinos, alternándolos: con ellos acuña monedas; con ellos signa documentos; con ellos adorna su espada y hasta envuelve su ca-

dáver, según puede verse por el trozo de su mortaja, que como reliquia preciosa se guarda en la Real Armería.

Los cuarteles alternados de castillos y leones quedaron desde entonces como propios de los monarcas de estos reinos, siendo el primer ejemplo de esto su hijo D. Alfonso, pues aunque dió San Fernando blasón á sus otros hijos, reservó para el heredero del reino el de los castillos y leones, propio



Sello de D. Alfonso el Sabio.

de sus dominios, alternándolos algunas veces con el águila por su madre.

Como padre cariñoso, y apelando á la inventiva del Obispo de Sevilla D. Ramón Losana, dió otros blasones á sus demás hijos, que en algo se relacio-

naron con su estirpe y con sus nombres: así, á don Fadrique, su segundo vástago, concedió el león y las águilas, el primero por su padre como Monarca de aquel reino, y las segundas por su madre, doña Beatriz de Suavia, que trajo las águilas alemanas. Estas son las armas que ilustran su espada en la catedral de Toledo, pues de tal personaje la creemos, aunque vulgarmente se la llame de Alfonso VI.

Á D. Sancho, Arzobispo de Sevilla, le concedió el castillo y el león, pero no alternados, ni en sello Real; á D. Enrique señaló castillos y cruces; á don Felipe, castillos y águilas, como se ve aún en las prendas de vestir con que estaba envuelto en su sarcófago (hoy pueden examinarse en el Museo Arqueológico), y á D. Manuel le otorgó los leones, alternando con el brazo alado, cuya mano empuña la espada, según la inventiva de D. Ramón Losana, que así lo había ideado.

Quedaba con esto constituido definitivamente el blasón de Castilla y León, al mismo tiempo que se iban también afirmando los de otras regiones que habían de constituir la Monarquía española; y llegamos con esto á la ardua cuestión de las cuatro barras catalanas ó aragonesas.

Desechada por la crítica histórica la bella leyenda de haber sido trazadas por la mano de Carlos *el Calvo*, con la propia sangre de Wifredo *el Velloso*, en su escudo; reconocido que no aparece documento, sello ni escudo alguno que ostente las cuatro antes de D. Jaime I *el Conquistador*; rechazando la especie de que fueran el escudo de Barcelona, pues esta ciudad nunca las tuvo como propias, porque lo constante en sus monedas y documentos es la gran cruz de brazos iguales, ocupando sus segmentos los tres puntos y los anillos alternados, hay, sin embargo, que buscar alguna solución al problema y dilucidar de algún modo su origen.

Por nuestra parte, después de examinar cuantos datos hemos podido tener al alcance, proponemos como lo más probable la síntesis histórica siguiente:

Casado en terceras nupcias Ramón Berenguer III *el Grande* con Dolsa de Provenza, aceptó este último Conde de Barcelona el blasón de su esposa, consistente en tres barras rojas, que también correspondía á los títulos de Marqués de Barcelona, Conde de Besalú y de Provenza, con que el poderoso magnate se engalanaba.

Fusionado en un solo estado Cataluña con Aragón por el enlace de Ramón Berenguer IV con Petronila, no vemos, sin embargo, figurar por ninguna parte (sin negar por ello que no ocurriera) el blasón de las tres barras, ni en este Príncipe, ni en Alfonso II, ni en Pedro II, sus sucesores.

En cambio, D. Jaime I lo prodiga en cuantas ocasiones encuentra, pero añadiéndole una barra más. En sus sellos, en sus monedas, en el escudo que da

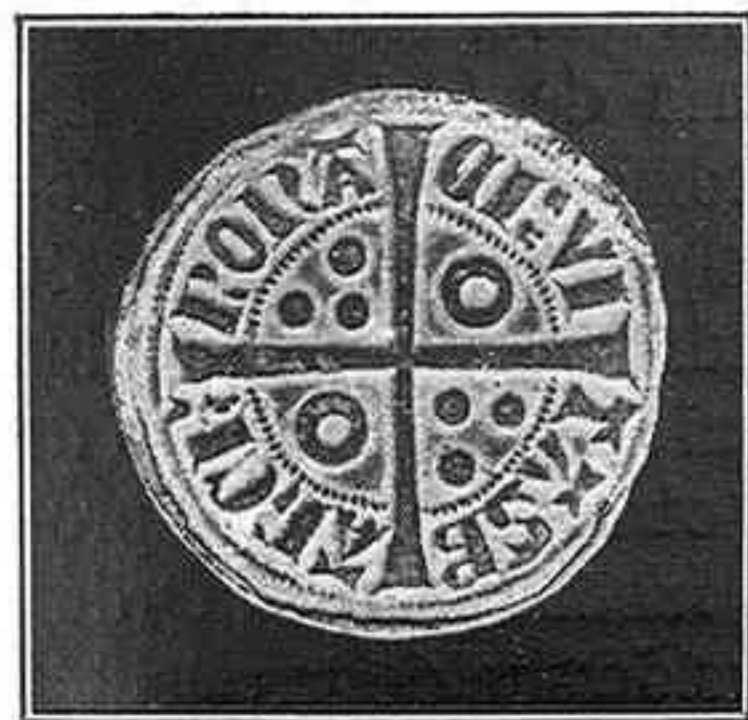
á su admirable institución de los Mercenarios, en todas partes aparecen ya las cuatro barras de gules, explicándose perfectamente esta adición de la cuarta barra, por haber conquistado á Valencia, quedando constituido así el escudo del reino definitivamente con sus cuatro bastones, por la soberanía unida de Aragón, de Cataluña, de Mompeller y de Valencia.

Las barras dominan después por completo en el Mediterráneo. El hijo de D. Jaime, Pedro III, las lleva á Sicilia para unir las con el águila de aquella isla; un Ramón Berenguer V, de Provenza, las impone por algún tiempo á Marsella; D. Jaime II las introduce en Cerdeña, llegando á tal extremo su auge, que bien se pudo decir, con el poeta,

Que en aquel mar,
Ni su escamado lomo
Los peces mismos á asomar se atreven
Si en él las armas de Aragón no llevan.

Tal es, á nuestro entender, el origen de las tres barras catalanas y cuatro aragonesas, tan discutidas y poetizadas.

El propio D. Jaime, cuando tiene que representar particularmente á las regiones en que impera, emplea el blasón propio de ellas; para Aragón, usa



Moneda barcelonesa de D. Jaime.

ó el de las cuatro cabezas, ó el de la cruz de dobles brazos, tan constante en sus monedas; para Barcelona, las acuña siempre con la gran cruz de lados iguales, con los tres puntos y los anillos, que se perpetúa hasta casi el siglo XIX; para Valencia, implanta las dos barras en losanje

coronado; para Mompeller, imprime en ellas la cruz con las cuatro coronas que poseía, poniéndolas en el reverso el blasón de la ciudad, bastante parecido al de los Mercenarios.

Quédanos tan sólo, para completar el blasón de España, señalar la marcha seguida en el de Navarra, hasta llegar á las cadenas que hoy le caracterizan.

Aceptando la tradición vulgar, no busquemos su origen anteriormente á la batalla de las Navas de Tolosa; pero es el caso que Sancho VII jamás las usó en sus blasones, sino el águila negra, y en sus monedas, vense tan sólo la luna en creciente y la estrella propia de los Condes de Tolosa.

El blasón de Navarra varía constantemente en sus orígenes: ya es la cruz de Sobrarbe, ya la jarra y las azucenas de Garci-Sánchez, ya las abarcas de

Sancho Abarca, más aún, el águila, hasta que Teobaldo (el I ó el II) introduce en su escudo el emblema originario de las cadenas.

Pero no parecen ser éstas al principio tales cadenas, sino la menuda clavazón con que se orla y



Sello de Teobaldo II.

crucza el pavés, de forma triangular, no llegando las cadenas á adquirir la cuadrada hasta que vienen á llenar los cuarteles de los blasones de Blanca de Navarra. Aun en tiempos de Felipe II no ofrecen el aspecto de verdaderas cadenas.

Pero con ellas se acuñan las monedas propias de aquella región durante cuatro siglos, llegando así hasta casi nuestros días.

Mas dase el caso, verdaderamente inaudito, de no introducirse en el blasón de España este cuartel, ya tradicional de Navarra, hasta después de la revolución de 1868, pues aunque así lo ensaya José Napoleón, no lo aceptan después ni Fernando VII ni Isabel II, con verdadera ofensa para la región, que tan beneficiosa fué siempre en nuestra historia. Las cadenas, pues, resultan más bien una derivación puramente gráfica de la antigua guarnición del pavés de los reyes de Navarra, al recuerdo del hecho de las Navas.

Sólo faltaba la representación de la comarca andaluza en el escudo de España, y ésta quedó cumplida desde que los propios Reyes Católicos la aceptaron introduciendo en la parte inferior el signo de la granada.

Pero además de estos blasones oficiales y de chancillería, tuvieron aún los reyes de Castilla otros signos propios y personalísimos, que vinieron á ser como sus contraseñas íntimas, conmemorativas á veces de ciertos acontecimientos, ó expresión en otros casos de ideas de su política.

Efecto fué esto principalmente de que los reyes de España no impusieran á sus estados sus emble-

mas personales, sino que, al contrario, aceptaron ellos los parlantes de sus territorios, por lo que, al placerles tener además los suyos propios, variaron en cada uno de ellos, proviniendo de aquí la diversidad que entre los tales se observa.

A D. Alfonso *el Sabio* se quiere aplicar el jero-glífico sevillano del no 8 DO, como expresión de la fidelidad de la ciudad á su persona; pero aunque Ortiz de Zúñiga aboga por la antigüedad de este emblema, es lo cierto que hasta el siglo XVI no se le ve aparecer en monumento ni documento alguno sevillano.

Lo que sí debemos afirmar es que entre los de sus hermanos, su blasón fué el más rico en emblemas, pues, á más de los castillos y leones, como hemos visto, usó las águilas de su madre, llegando á introducir en él la cruz de cruzado, para así cuartelar mejor su escudo.

A nuestros reyes, desde D. Sancho IV á D. Pedro, no vemos emplear tampoco signo propio alguno, pero el último llena el alcázar sevillano de los blasones de la Banda, recuadrando sus portadas con la frase *Dominus michi adiutor et ego dispiciam inimicos meos*, que también imprime en sus reales de plata; sus rigores llegaron á manifestar en repetidas ocasiones el interés que tuvo por el prestigio de aquella Orden.

Se ha pretendido que D. Enrique II adoptó el brazo alado, emblema de los Manueles, como para dar á entender que la Justicia divina armó el suyo; pero esto, á más de ser un sacrilegio, tiene razón cumplida considerando, que lo que hizo fué inaugurar el uso de unir al blasón propio del Rey de Castilla y León el de su cónyuge, que lo era D.^a Juana Manuel, costumbre que prevaleció después en sus sucesores.

Así vemos á D. Juan I compartir su blasón con las cuatro barras correspondientes á D.^a Leonor de



Maravedises de plata del *Agnus Dei*, de D. Juan I.

Aragón, la hija de D. Pedro *el Ceremonioso*; á don Enrique III dar la izquierda de su escudo á los tres leopardos de D.^a Catalina de Alancáster, como tan repetidamente vemos en la catedral de Toledo, y á D. Juan II unir al blasón de Castilla y León las qui-

nas de Portugal, por su matrimonio con D.^a Isabel, madre de la Reina Católica, la que alternó el cuartel de su reino con el de Aragón y Sicilia, de D. Fernando.

Don Juan I escogió como símbolo y lema, en honor del santo de su nombre, el cordero divino, con su insignia del *Agnus Dei*, acuñando con ellos sus maravedises de plata, que son los ejemplares más efectivos é incontrovertibles de los maravedises de este metal que ofrece la numismática castellana. Este dato nos da además el de que los reyes de Castilla con el nombre de Juan, tomaron siempre el del Bautista, no el del Evangelista, que conviene tener en cuenta.

Don Juan II adoptó un emblema de oscuro significado y difícil interpretación, pero que aparece en muy repetidas ocasiones. Todos cuantos hayan visitado la Cartuja de Miraflores habrán observado que al lado del escudo de su entrada, como en el propio traje del retrato del Rey en el retablo, cuanto en otros detalles, aparecen unos signos á manera de gran uña de león muy labrados, que algunos han entendido sean el ristre de una armadura. No está muy claro que tal cosa representen; pero es lo cierto que los empleó este Rey frecuentemente en objetos de su pertenencia.

En su historia se consigna haber sido el fundador de la Orden de caballería de *la Escama*, armando caballeros y dando como gran honor el collar de esta Orden; pero, aunque consideremos este signo como propio de su fundación, confesamos ingenuamente que sus rasgos, ni son por completo de ristre ni de escama alguna; otros recuerdan propósito de ellos que fué el fundador de la Orden de *la Razón*, como si la considerase de irresistible empuje; pero sea lo que fuere, es el signo personal de este Rey, que á la vez también acuñó sus doblas con el reverso del escudo de la Banda.

Á D. Enrique IV pertenecen las granadas como emblema propio, no porque realizara nada contra el reino nazarita, sino porque entendió que *agridulce es reinar*, como dice entre ellas, considerando las muchas amarguras que por su carácter tuvo que pasar: completó esta íntima idea con el lema de *XPI. vincit, XPI. regna, XPI. imperat*, que acuñó en sus monedas: de aquí provienen las granadas con que exornó la puerta del Parral, y las que adornan sus escudos y monedas, de los que damos fehaciente muestra.



Moneda de D. Enrique IV, con su busto entre granados.

Los Reyes Católicos adoptaron los tan conocidos emblemas del *haz de flechas* y el *yugo*, con el lema de TANTO MONTA; pero exigen estas figuras la determinación de á cuál de los cónyuges correspondía cada una de ellas, sobre cuyo punto corren versiones algo extraviadas.

Se ha pretendido que el yugo correspondía á D.^a Isabel, y las flechas á D. Fernando, por ser sus iniciales las de los nombres de los esposos; pero precisamente es todo lo contrario, sin que quepa lugar á duda sobre ello, al especificarse en la pragmática que para la acuñación de la moneda expidieron en Medina del Campo, en 1497, que en los reales de plata se pusieran «de la otra parte la devisa del yugo de Mi el Rey, y la devisa de las flechas de Mi la Reina», observándose, además, que en las monedas del Rey, ya viudo, sólo aparecen los yugos como emblema.

Sin duda los esposos quisieron significar por ello que, al unir sus destinos, lo hacían para realizar el apretado haz de nuestra nacionalidad, unciendo además sus dos voluntades al acorde de un mutuo esfuerzo; y para mayor expresión escribieron por todas partes el TANTO MONTA, como frase brotada de sus corazones. Sólo queda por aclarar la razón de que cobijaran todo su escudo bajo *la sombra de las alas* del águila que lo sostiene.

Al presentarla nimbada se reconoce en ella á la simbólica del Evangelista de Patmos, y como quiera que en la fundación del artístico monumento de San Juan de los Reyes, de Toledo, se declara la gran devoción que á este Apóstol tenían los Monarcas sus fundadores, se comprende que así fuera, considerando que, á nuestro entender, en su día, el 27 de Diciembre de 1474, fué cuando efectivamente comenzó su reinado, una vez jurada Isabel por los grandes como Soberana de Castilla. Sin

duda la frase de *sub umbra allarum tuarum preteje nos*, escapó de los labios de Isabel, toda emocionada, al estampar su primera firma como Reina de

Castilla, encomendándose al Santo del día en ocasión tan inolvidable: por eso se amparaba bajo las alas de su simbólica águila, pues los reyes sus antecesores, de nombre Juan, lo habían hecho bajo el lema del *Agnus Dei*, propio del Bautista (1).

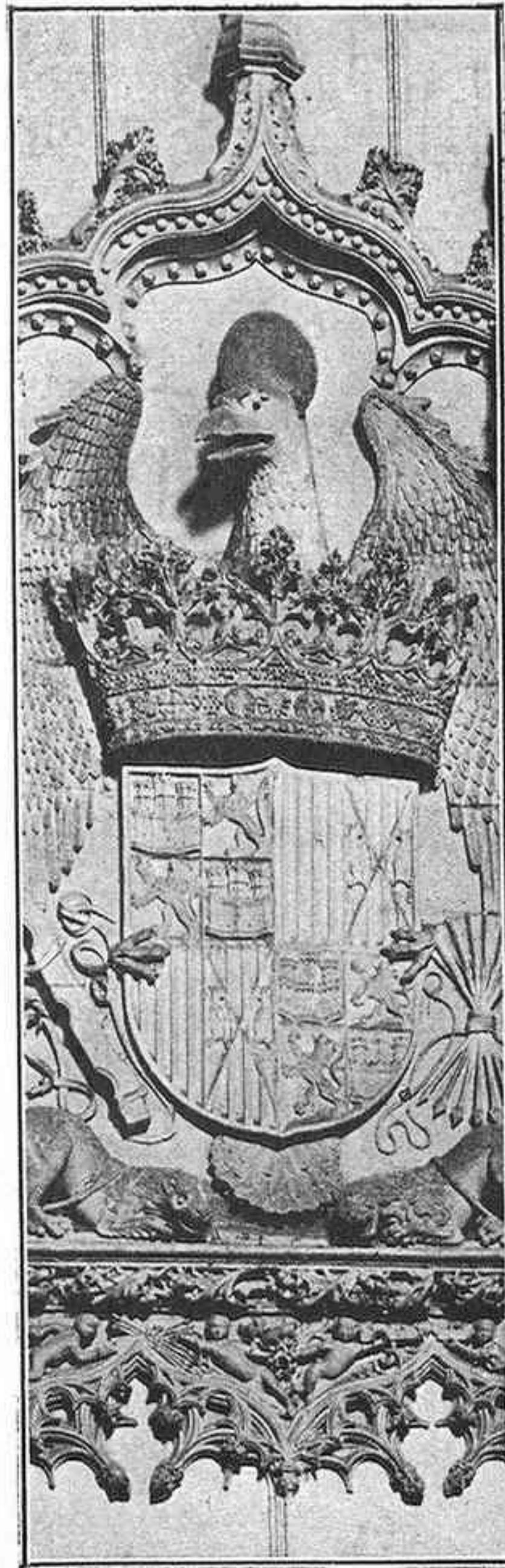
Después de esto, el blasón español no ofrece problemas de especial interés histórico. Felipe *el Hermoso* lo adorna con el Toisón de Oro y lo respalda con el aspa de Borgoña; Carlos V lo flanquea con las columnas de Hércules, reducido su clásico epígrafe al de *Plus ultra*, complicando su blasón con las armas de todos sus Estados y el águila imperial de dos cabezas; en pendones y enseñas puramente españoles resucita la insignia de la Orden de la Banda; siguen los Austrias acumulando sobre él empresas, y de ellos lo toman los Borbones, sin cuidarse mucho del sentido de sus cuarteles.

Hoy el escudo de España ofrece la composición más lógica y completa, dentro de su sencillez presente. Nuestra nación no es, en realidad, más que lo que expresa el escudo: ¡ojalá nuevas glorias vengan á complicar su aspecto! Pero entretanto, sus cuarteles sean sagrados emblemas, á los que sólo quizá falte el lema de *Nunca más se reduzcan*, pues de su más estrecha unión, de su más entrañable concurso, depen-

de sólo la mayor gloria para todos y cada uno de ellos.

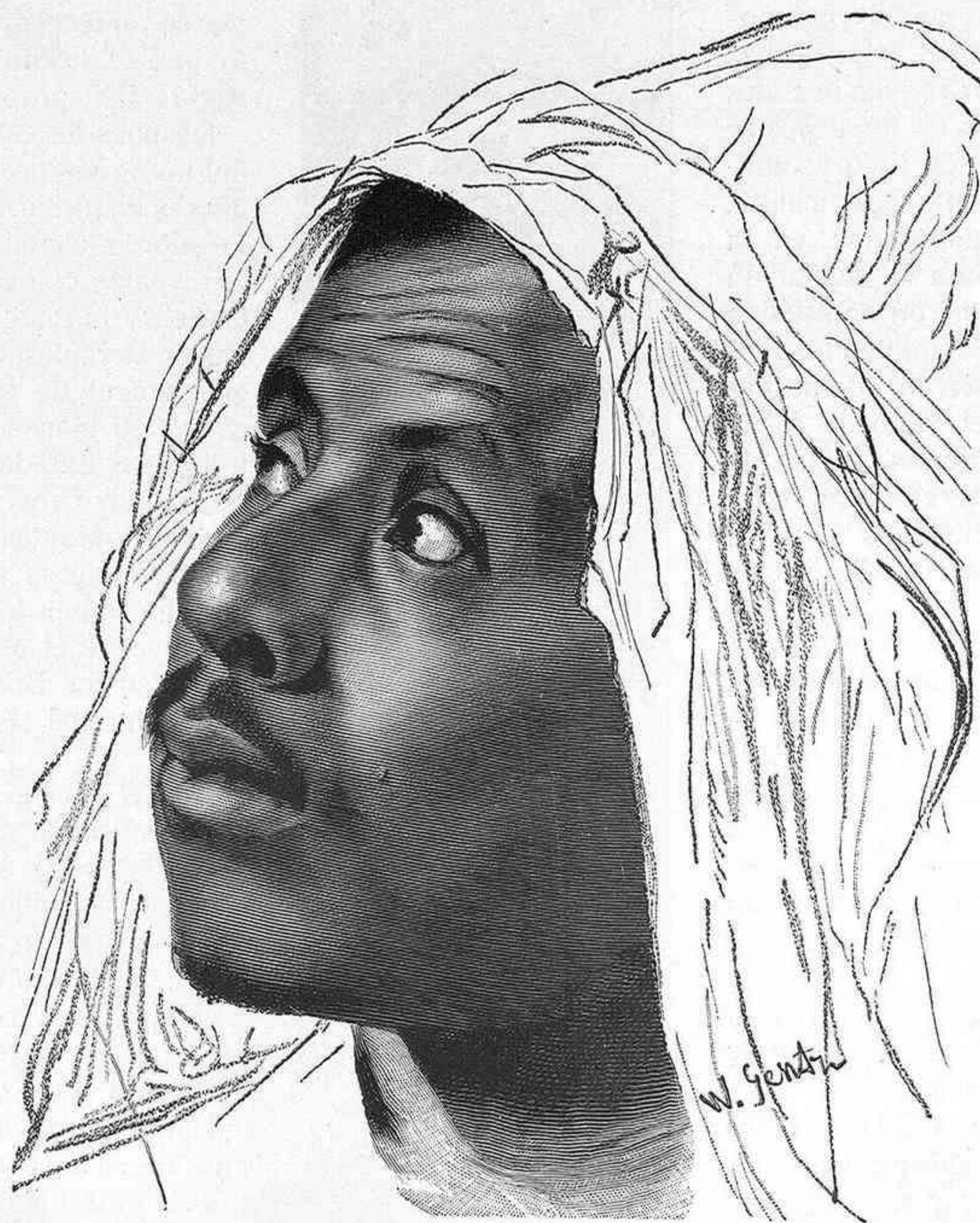
N. SENTENACH.

(1) Aunque las autoridades locales de Segovia proclamaron por Reina á Isabel el 14 de Diciembre, no fué jurada por los grandes hasta la Pascua. D. Fernando, que estaba en Aragón, no entró en Segovia hasta el 2 de Enero.—V. Zurita, *Anales*, libro XIX, cap. XVI.



Escudo de los Reyes Católicos,
del presbiterio
de San Juan de los Reyes en Toledo.





“CABEZA DE ESTUDIO”
POR W. GENTZ



LOS DOS CERDOS *(con perdón)*

—Señor— me dijo una pobre mujer, dejando su periódico,—¿qué es eso del hipnotismo? No acabo de entenderlo.

—Se han escrito acerca de ello muchos libros, que cuentan maravillas seriamente; pero como usted no los comprendería, diré en términos claros lo que puede y debe usted entender. Un sabio la propone á usted dormirla con la voluntad y la mirada: si usted acepta, toma asiento; el profesor fija en usted la vista y la adormece; en ese estado la da á usted una orden, que no oye usted, pero que, sin querer y necesariamente, cumple usted al despertar.

—¿Y si me manda que mate?

—Mata usted; y si le ordena que robe, roba usted. Aun hay más. Un sabio dijo á un durmiente hipnotizado: «Quiero que mañana te salga una ampolla en el cogote»; y el cogote obedeció la orden, y salió al día siguiente la vejiga: de modo que, no sólo obedece el paciente con sus acciones, sino los miembros de su cuerpo, curándose si están enfermos, y hasta marcando si es preciso una inscripción sobre la espalda, según refiere un profesor de Montpellier.

—¿Tales milagros se ejecutan?

—¿Quiere usted que la duerma y ordene á sus narices que se caigan á la hora que usted guste?

—¡No, por Dios!

—Lo remediaríamos con otro sueño hipnótico, en que, á mi voz de mando, brotaría bajo su frente otra nariz tan linda como la que luce usted en esa cara. Como que trato de abrir un salón de compostura y embellecimiento de personas, á precios arreglados: desfiguración de rostros para huir de la Justicia ó acreedores, brote de cabellos en las calvas y cambio de atractivos á los descontentos de su físico.

—¿Eso hará usted?

—He hecho más: he convertido en cerdo á un hombre, como verá usted en la historia que voy á referir: no supongo que la nieguen esos sabios: yo les he creído, y en correspondencia deben creerme á pie juntillas. Ó se tira de la manta para todos ó para ninguno.

NARRACIÓN

Sabido es que tuve un criado, Perico, que me enviaron sus padres desde el pueblo: que le hipnoticé; y habiéndole preguntado, mientras dormía, en



bre á tu lado, y le has convertido en cerdo. ¿Puedes devolverse en esa apariencia inmunda, y decirles: «Tomad á vuestro hijo»? Y si no se le entrego, ¿qué haré de él? ¿Comérmele sabiendo que es Perico? Y la tentación me respondía: «Acaso esté exquisito: se te ofrece el único caso de probar un jamón hecho por ti.»

En rigor, el cerdo era mío en cuanto cerdo; pero en calidad de hijo era de sus padres: no debía dudar, y se les envié como regalo. Los infelices me dieron la gracias, preguntándome de qué raza era aquel puerco: ¿les había de contestar «Es de la vuestra»? Añadiríanme que le habían unido á la pira y estaba ya como en familia; que había llegado flaco, pero que pronto engordaría.

Tuve una nueva preocupación: los padres de Perico me avisaban con tiempo que el reemplazo exigiría su presen-

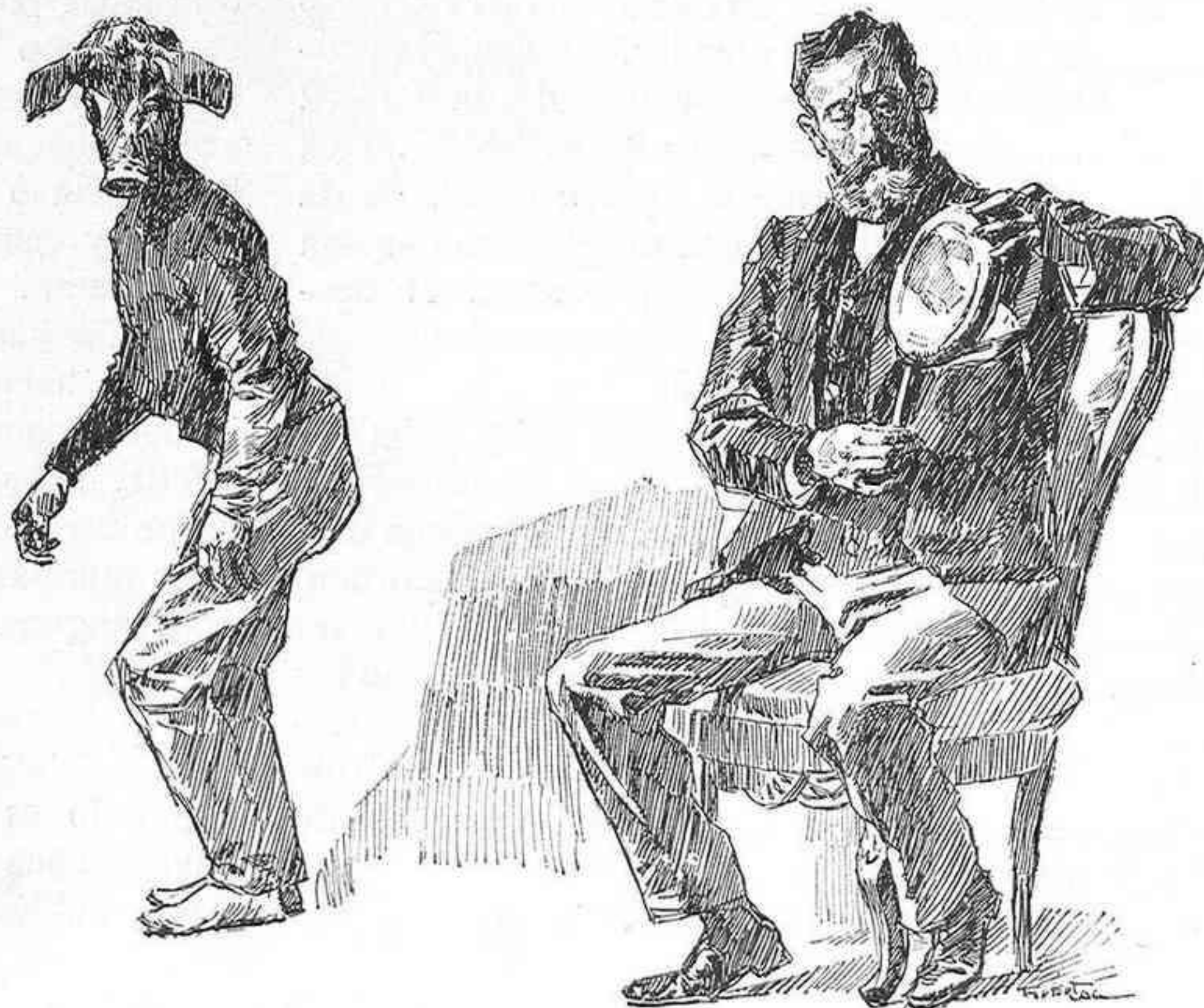
qué animal preferiría convertirse, respondió que la vida del cerdo le parecía inmejorable. Á fuerza de hipnotismo y de mandatos apremiantes, empezó á trocar su cara en hocico y los muslos en jamones, y en esa clase media de hombre-cerdo le dejé en mi cuento *El paraíso de los animales*.

Siguiendo mi narración, todo fué para mí gusto y recreo, y gocé como autor, ó más bien arreglador (que dicen ser gusto duplicado el de enmendar al que se roba), al ver convertida en jeta la cara del muchacho, y tomar aire de matón con su colmillo retorcido; al ver formando graciosos cucuruchos las orejas, moldearse á mis órdenes su cuerpo y brotar del hueso sacro el rabo final, como una etcétera mal hecha.

No tardaron en sobrevenir los remordimientos. El Código no había previsto el caso: era un delito del porvenir, y entretanto no hay responsabilidad para los que embrutecen á los hombres; pero mi conciencia me gritaba: «¿Qué has hecho de tu pobre criado? Sus padres te le confiaron para que se hiciese hom-

cia: el apuro era terrible; no podía consentir que le declarasen desertor, y determiné «hacerle un sustituto»; ¿no había convertido en cerdo á un hombre? Pues convertiría en hombre á un cerdo.

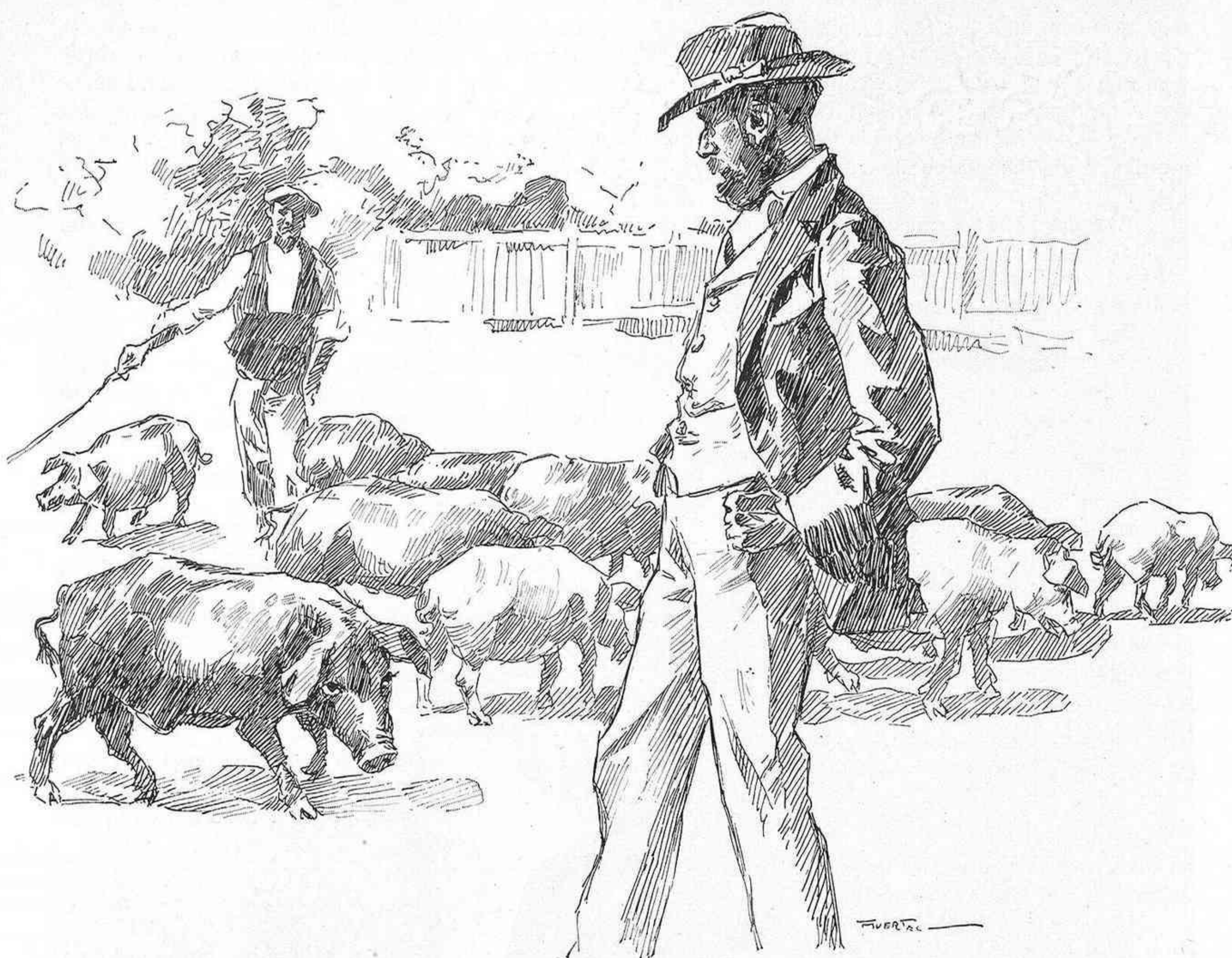
Era un puerco de primera el que me propuse moldear, dándole la forma de Perico; me encerré con



él y le dormí á fuerza de bellotas y miradas; el organismo del marrano era aún más dócil que el del hombre, y en pocos días tuvo piernas de persona, y á la semana siguiente cintura de muchacho, y sacaba los brazos por los hombros: abreviando: al poco tiempo sólo tenía de cerdo la cabeza; le presenté un espejo y me pareció que no se conocía. La dificultad estaba en la cabeza, porque identificaba

que debieron ser casos de hipnotismo, no de magia, como la del asno de oro de Apuleyo. Recibid mis aplausos y saludos. Y ahora, á infundir la luz de la razón en la sesera de ese puerco, destinada hace poco á la venta en una casquería. ¿Puerco le llamo? Retiro la palabra: hoy es mi semejante.

¿Habría tiempo de educarle? Afortunadamente, Perico no había tenido la fatal manía de estudiar, y



la persona; pero una fotografía de mi infeliz criado permitió la perfecta semejanza, y me vi en presencia de Perico. Había falsificado un hombre, pero era un artista, ¡había hecho una escultura de tocino!

—¡Oh poder de la sugestión!—dije extasiado ante mi obra.—¡Oh sabios que descubristeis la ley con que la voluntad del hombre modifica el cuerpo ajeno! Nada invento: sólo deduzco, aplico y desarrollo vuestra idea. Por vosotros se explican los antiguos encantamientos y las transformaciones de Medea,

entre sus conocimientos naturales y los del ex animal, el hueco era muy corto. ¿Influyó en sus rápidos adelantos la superioridad que la forma y construcción de la cabeza humana presta á las criaturas? La mezcla de sustancias, ¿resultaría á propósito en aquel mestizo de hombre y cerdo? Todo contribuía, pero como impulso principal, la sugestión, el más intenso y eficaz de los sistemas pedagógicos. Día llegará en que, en vez de bancos y mesas, en las escuelas haya camas, é hinoptizados los alumnos por

el profesor, se empapan de ciencia en siestas deliciosas.

Al verse con la cabeza lejos del suelo, sentía vértigos mi discípulo; pero con una pollera le acostumbré á andar en dos pies, y al mes de mis lecciones hablaba el castellano tan bien como Perico. Ningún aprendiz de músico, al sacar por primera vez en su violín *La donna é mobile*, experimenta el placer que yo sentí al oír que me daba en español los buenos días. Le abracé y le dije conmovido: «Grúñeme, Perico, grúñeme otra vez esas palabras, pero procura perder el acento de familia.» Era feo el pobre, pero, como obra mía, parecióme encantador: sólo entonces comprendí el célebre final con que el poeta francés Carlos Monselet termina su soneto en elogio del cerdo, llamándole ángel querido:

Adorable cochon, animal roi.—¡Cher ange!

Era día de San Eugenio, y le llevé á El Pardo en recompensa, donde vareamos encinas á placer.

—¡Qué rica es la bellota! ¿No es verdad?—le dije creyendo halagar sus gustos.

—Mejor es lo que ayer me dió usted á probar.

—No recuerdo.....

—La trufa.

Le miré con admiración, comparando su preferencia con las del vecindario que volvía á Madrid cargado de bellotas.

—Oye—le dije,—y graba en tu sesera estos últimos consejos con que doy tu educación por terminada: «No atropelles á las gentes, ni te revuelques en los charcos, ni metas el hocico en la sopera, ni te pongas los pantalones del revés.» Sin esos pequeños defectos eres todo un hombre.

* * *

Poco después, el falso Perico caía en los brazos de la madre del verdadero, que le decía enternecida:

—No hay como Madrid para mejorar á las personas. ¡Bendito seas! ¡Cuánto has ganado! Si hasta me parece que hueles á jamón.

El falso Perico la miraba distraído: ¿se acordaría de la puerca que le había amamantado?

No sólo le acompañé al pueblo para vigilarle algunos días: me atraía mi crimen, el cariño á mis dos obras y una curiosidad irresistible; y, sin embargo, tuve miedo de encontrarme con mi víctima. Cruzó á mi lado una piara de cerdos, y—¡oh

poder del remordimiento!—me figuraba que todos se parecían á mi pobre criado: uno, sobre todo, se destacaba entre los demás; era un cerdo mal hecho; sin duda era mi obra: el cochino me miró al pasar.....

Luego me saludó con el hocico.....
No podía dudar, ¡era Perico!

Aquella noche sentí que empujaban mi puerta procurando hacer poco ruido; abrí con precaución, y una visita extraña honró mi cuarto: era el cerdo que me había saludado aquella tarde; sentí temor al ver en aquella forma á mi criado, recelando una venganza; pero tenía el aspecto tan tranquilo y tan dulce la mirada, que le dije:

—Toma asiento.

Ninguna silla se acomodaba á su volumen, y hubo de sentarse en su cuarto posterior.

—¿Sufres, Perico?—le dije con cariño.

Hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Puedes hablar?

El animal, digo, ex Perico, aproximó su boca á mi oído, y su voz, que era gruñido emitida con fuerza, se convertía en habla humana sonando pianísimo.

—Vengo por ti—exclamé,—para transformarte.

—¡Oh! No, señor: estoy contento: aquí vivo sin trabajar y como á todas horas.

—Pero te abrirán en canal, desdichado.

—Cúmplase mi suerte.

—Harán morcillas de ti y me las darán á probar.

—Que le hagan buen provecho.

—Positivamente. ¿No quieres volver á ser hombre?

—No puede ser: me han mutilado.

Le tendí la mano, puso su mano de puerco entre la mía, y salió de la alcoba para ir á dormir en la pucilga.

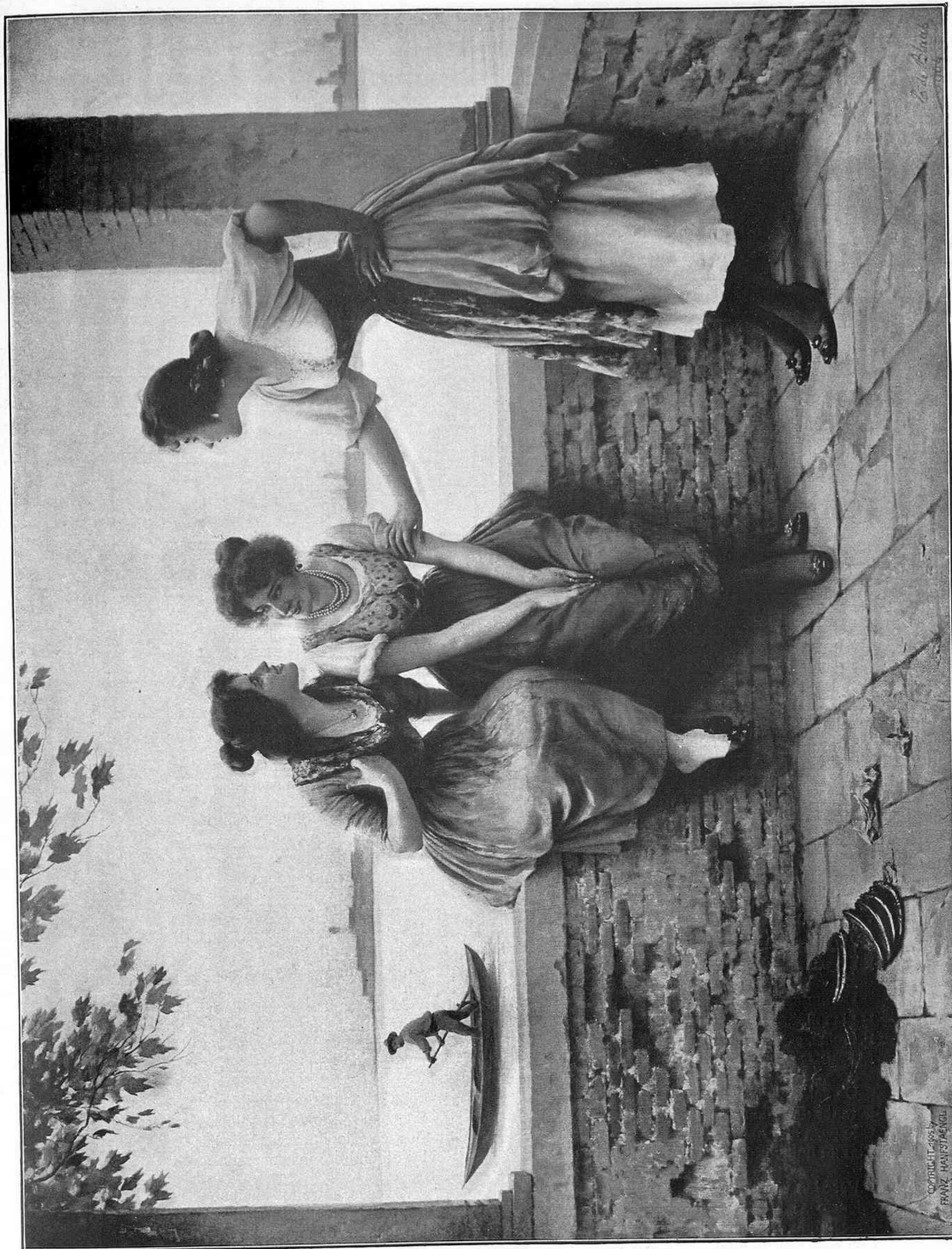
* * *

Perico, el hombre convertido en cerdo, murió honradamente en el mes de la matanza: le degollaron por delante como á un noble.

El cerdo que convertí en hombre llegó á ser alcalde en el pueblo, y al administrar el Municipio se portó como quien era: quiero decir, que hizo muchas porquerías.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.





“¿CUÁL DE LAS TRES?”
CUADRO DE BLAAS



Las Violetas

Pena dulce, gracia humilde
De las azules violetas,
Tan íntimas, tan calladas,
Tan frágiles, tan pequeñas.

La alegría es de las rosas,
Del clavel, de la gardenia,
Del fuego de la amapola
Y del rojo de la adelfa;

Y el sentimiento fragante,
La espiritual tristeza,
El encanto pensativo,
Son de las finas violetas.

Las risas del mundo, todas
Las alegrías que tiemblan
En las luces, en las músicas,
En las almas satisfechas

De mujer; toda la dicha
De las mujeres inquietas,
Frívolas, gozosas, son
Magníficas rosas frescas

De sol, de cantar, de vuelo
Errante de primavera,
Que pasa alegrando el alma
Con un bullicio de fiesta.

Pero las violetas son
Silenciosas, lastimeras;
Parece que en ellas hay
Una cosa que se queja.....

La penumbra azul y vaga
De jardines, en la puesta
De sol; el color del cielo,
Que es un azul de quimera;

El agua azul de los lagos,
La sombra de la turquesa,
Los ojos de un azul serio
Donde una dolora sueña.....

Todo esto es tono y espíritu
Del azul de las violetas,
Que, apiñadas en un ramo,
Son una rima de penas.

Hay un amor de consuelo
En su cantada modestia,
Y hay en su fragilidad
Un encanto que se quiebra.

Amor las busca y prefiere:
Sabe que suspira en ellas
El deseo de las almas
Que se enlazan y se besan.

La moda las ha prendido
Sobre el pecho de las bellas;
El recuerdo, entre las hojas
De algún libro las conserva.....

Á veces, entre los nimios
Caprichos en que se ostenta
Un tocador de mujer,
Hay un ramo de violetas.

Almanaque de La Ilustración.

Á veces, entre las hojas
Íntimas y consejeras
De un lindo devocionario,
Hay un olor á violetas.

Á veces, entre la duda,
El desengaño y la pena
Del alma de las mujeres,
Hay un rastro de violetas.....

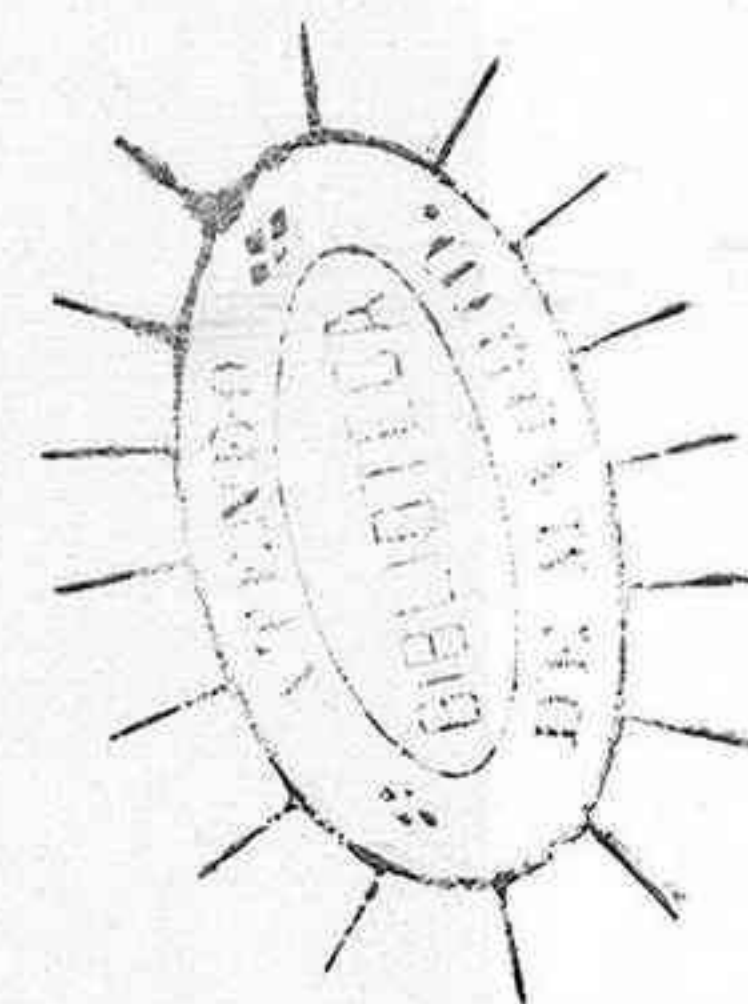
Amor las corta y ofrece,
Amor las besa y conserva,
Amor también las marchita,
¡Y entonces se acuerda de ellas!

Que amor las riegue y las cuide,
Que ame su dulce tristeza;
Que las sepa conservar
Por si un día le consuelan.

Que las mujeres no engañen
Á su corazón..... Al verlas
Entre las hojas de un libro
De Misa, tristes y secas,

¡Cuántas cosas, y ya tarde,
Cuántas cosas les recuerdan
Á las que fueron amadas,
Unas pobres viöletas!.....

J. ORTIZ DE PINEDO.



“¡CALENTITAS!” CUADRO DE
CHOCARNE MOREAU



"ESPEJISMO" CUADRO
DE WODZINSKI

BATALLAS TEATRALES

EN memorable noche para el arte dramático, el público aclamó á un autor afortunado, haciéndole salir al palco escénico.

Desde García Gutiérrez acá se ha hecho costumbre tal salida, y para conseguirla ó evitarla se entablan en las noches de estreno verdaderas batallas.

Hay gente que acude al teatro malhumorada, y tiene que desahogar su ira con el autor de la obra que se estrena, como si éste tuviese la culpa de que hayan servido, al bilioso espectador, la carne con nervios en la cena, se le haya descalabrado un chico, ó que en un duro que posee sean falsas las cinco pesetas.

Apenas entra en el teatro, mira de mala manera al acomodador, pisa á dos espectadores, y frunce el gesto al director de orquesta.

—¿Qué noticias hay de la obra?

—Me han dicho que tiene gracia.

—¡Robada de algún almanaque! ¿Ve usted este garrote?

—Sí; parece el pino de San Cristobalón.

—Pues es para apabullar los chistes.

—¡Y los pies de los espectadores inmediatos!

—¡Lo que es como á la tercera escena no me hayan hecho sonreír como si me hicieran cosquillas, ya verá usted!

El pobre autor, que, entre bastidores, espera el comienzo de la representación (no sabe *las que se trae* el tío del garrote), está muy creído en que ha hecho una preciosidad en tres cuadros.

—Yo creo que la Casquetillo gustará al público.

—Sí: es muy guapa.

—Digo el papelito que tiene en la obra.

—¡Ah! No he visto los ensayos.

—Hace de romana.

—¿De los tiempos de los Césares?

—No: de los tiempos del carbón; es una romana para pesar el combustible. La obra, ¿sabe usted?, es una revista simbólica del invierno. Salen la nieve, el carbón, el gabán de pieles, el brasero.....

—¿Y no hay cisco?

—Eso depende del público.

Y, efectivamente, tal como se han puesto los estrenitos del *género chico* ahora, á la segunda escena los espectadores comienzan á meterse con la obra.

Sale el primer actor, y queriendo jugar del vocablo, dice:

—¡Qué largas son las noches del invierno! Yo creo que debían partirlas, para que sólo hubiera medias noches.

—Pues si hubiera *medias noches* —dice el tenor cómico— esto no sería el invierno.

—Pues ¿el qué entonces?

—Una pastelería.

—¡Pom! ¡Pom! ¡Porrom! —hace el espectador que ha llevado una media viga por bastón, y el público, que ya siente comezón de patear, le sigue.

—¡Adiós mi dinero! —dice el autor entre cajas.— A éstos se les han indigestado las *medias noches*. ¡Ni que estuvieran rancias!

La representación sigue, y la salida á escena de la tiple produce un murmullo de admiración, porque la pobrecita se ha venido con menos ropa que el armario de un cesante.

—¿Qué representa?

—El *choubersky*.

—Pues mire usted, yo me creí que hacía de hotentota en traje de ceremonia.

Como en las piecitas del *género chico* la tiple tiene siempre que decir quién es cantando, la que representa el *choubersky* se adelanta hasta la batería y dice:

«Yo represento el calor,
Que en invierno es lo mejor,
Y á mi lado, claro está,
Nadie se congelará;
Sí, señor;
Sí, señor;
Nadie se congelará.
¡Olé ya!
¡Y que viva mi mamá!»

Esta memez reacciona algo al público, y parte de él aplaude, mientras los restantes protestan.

—¡Otra!

—¡Bravo!

—No, que se vaya.

—¡Que repita!

—No.

—Sí.

—¡Fuera!

Y en el patio de butacas se arma tal escándalo, que si en aquel momento entrase alguien que no estuviese en antecedentes de lo que es un estreno *chico*, creería que se debatía una cuestión importante para la Patria.

Prosigue la representación, y al final salen á escena los autores, entre los aplausos de unos y las imprecaciones de otros. Porque, eso sí, hay estrenitos de éstos que le cuestan al autor que le digan cosas feas hasta de su propia familia.

Luego vienen los abrazos y felicitaciones en el saloncillo.

—¡Bravo, chico! ¡Has hecho una obraza!

—¡Qué bruto! ¡Qué situación la de la cacerola!

—Esto es para *hincharte* de dinero.

Almanaque de La Ilustración.

—Supongo que te harán tiras.

—¿Con el pellejo?—dice el autor, todo asustado.

—De papel de colores, para pegarlas en las esquinas.

Con semejante chaparrón de frases, y recordando la actitud del público, el pobre escritor no sabe á qué carta quedarse, y duda si ha realizado un acto que cae bajo la sanción del Código, ó, por el contrario, puede llamar de tú á Lope de Vega.

Mientras tanto, el público abandona rendido el teatro, diciendo:

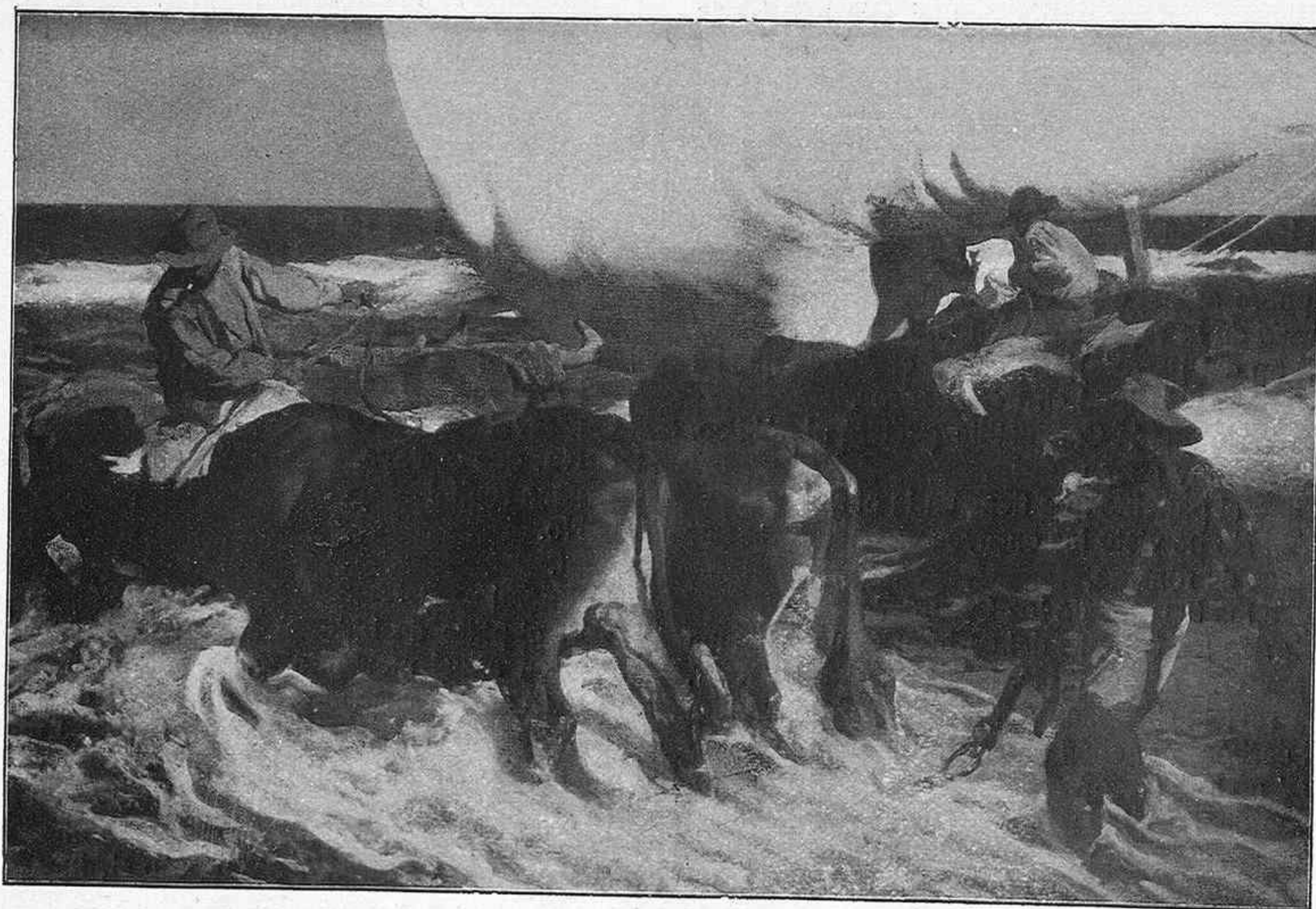
—¡Qué brutalidad! ¡Qué bárbaro! ¡Mire usted que el chiste aquel de las tripas!

Y la mayoría de los espectadores, que momentos antes gritaban como si padecieran de dolor de muelas, no confiesan que el tanguito de la Casquetillo les ha sabido á cosa rica, y que se proponen volver al día siguiente, para ver si aprenden de memoria aquello de:

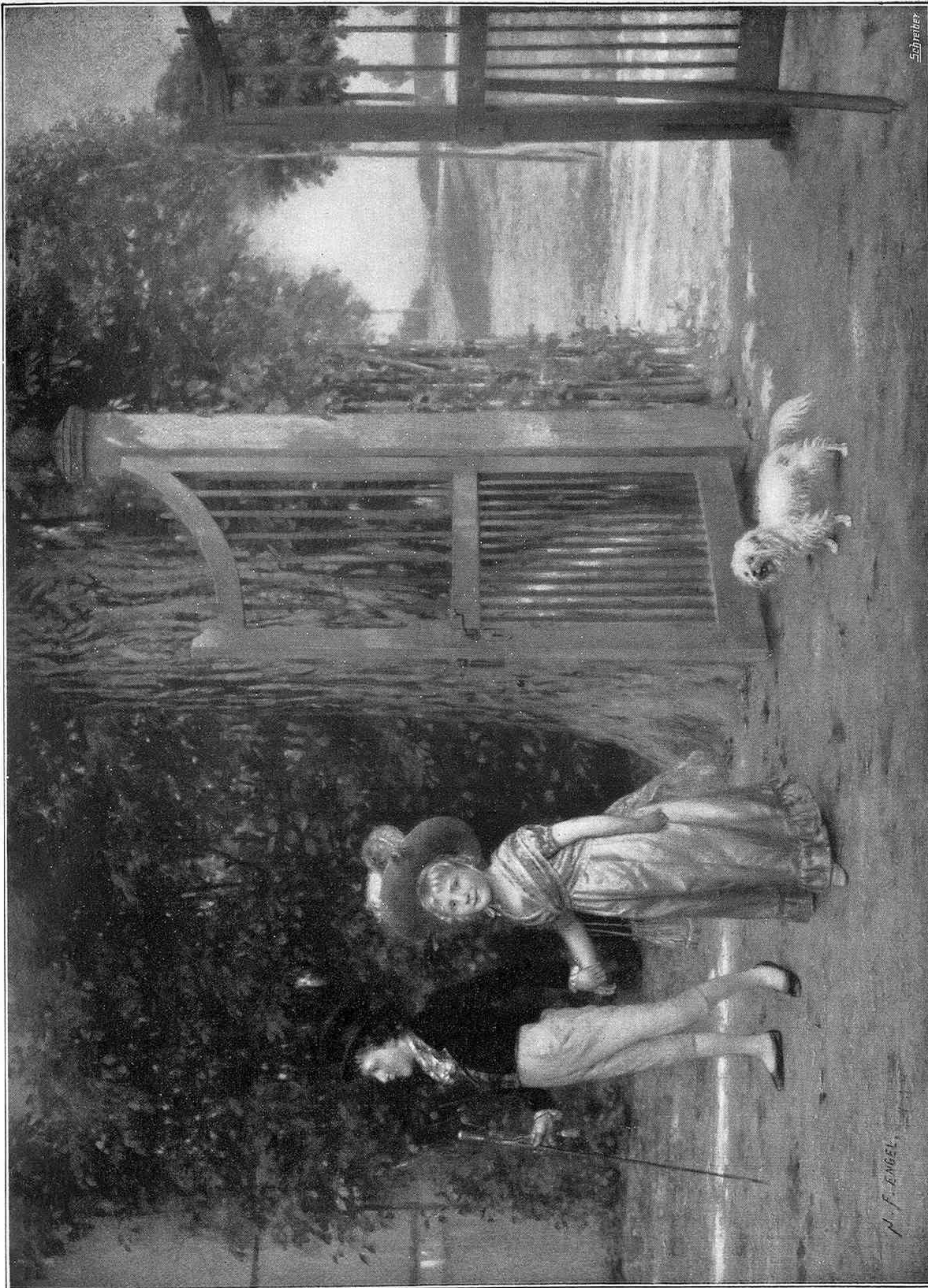
«Yo represento el calor»;

sin perjuicio de armar otro escándalo en la segunda representación, y si se tercia, en las sucesivas.
¡La cuestión es pasar el rato!

A. R. BONNAT.



“PUESTA DE SOL” CUADRO
DE JOAQUÍN SOROLLA



“DE VISITAS” CUADRO
DE ENGEL



I

DESDE que clareaba el día hasta la puesta del sol, trabajaba incansable el viejo Lucas Garcés en los cuatro tirajos de tierra que componían el cortijo.

Alguna vez erguía el encorvado cuerpo, dejando en descanso la azada, á las voces que desde el camino lo llamaban.

—¡Eh! ¡Compadre!

—¿Qué hay?

—¡Respire al menos! No todo ha de ser trabajar.

—Precisa llenar el granero.

—¡Ya! Bien se conoce que el campo es suyo.

—Con la ayuda de Dios.....

Sentía el viejo un inmenso orgullo cuando otros labriegos, al pasar por el camino, le reconocían con resignada envidia como dueño de aquellos cuatro palmos de tierra, en los que había enterrado toda su vida; esperanzas ayer, cuando era colono á medias; ilusiones hoy, al llegar á poseerlos.

Todos los ahorros de cuarenta años de labor, rebañando hasta en los gastos más necesarios, los había invertido en la compra del cortijo. No era mucha la cantidad estipulada en el precio; pero ¡sabe Dios cuántos afanes y privaciones representaba!..... Además, había sido el sueño de toda su vida llegar un día á ser amo de aquellos cercados, con paredes de «piedra seca» amojonándolos, y el viejo casucho en un extremo. Allí había vivido siempre desde que se casara.

Trabajaba con fe. Algunos convecinos lleváronle á mal tanto atrafagarse para llenar las trojes del amo, cuidando los surcos en la época de barbecho

y vigilando la mies allá por las cosechas, recomponiendo los paredones, plantando á orillas de éstos las cuatro higueras que, en estío, verdeaban sobre el color áspero de la tierra, renegrada en el predio. No importaba. Tenía el viejo Lucas su idea fija, acompañándole desde las mocedades lejanas, cuando entró como medianero en el cortijo.

—¡Quién sabe!— solía decirse.—¡Quizá algún día.....

Y éste no llegaba. Pasaban años, y venían otros con regularidad imperturbable. Las cosechas variaban, y los ahorros poco iban en aumento.

Falta tanto..... Entonces, á cada avance, ponía nuevos bríos en el trabajo.

—Hay que sacar de pobre á la chica—decíale á su mujer, la vieja Sebastiana, muy hacendosa á la vez y rebañadora.

—Que ella lo disfrute, si nosotros no alcanzamos á verlo.

También ella sentíase arrastrada por la ambición loca de su marido. Pero ¿á qué soñarlo? Nunca serían amos del cortijo, y eran inútiles todos los sacrificios. Mas á la postre, si no se lograba el empeño, le quedarían en dote ó en herencia los ahorros á Mari-Marta. Galán matrimoñesco, á fe que no le había de faltar entonces. Y esto era un consuelo á la desesperanza de no alcanzar lo anhelado con tanto ahinco.

Al fin, andando el tiempo, en repaso de cuentas, contando moneda sobre moneda, hallaron que poco faltaba para completar el precio, en pregón muchas veces, del cortijo. ¡Si el amo se aviniera! Tantos años de honrada labor, cumpliendo con creces la medianería, ¿no obligaba á una rebaja en conciencia?

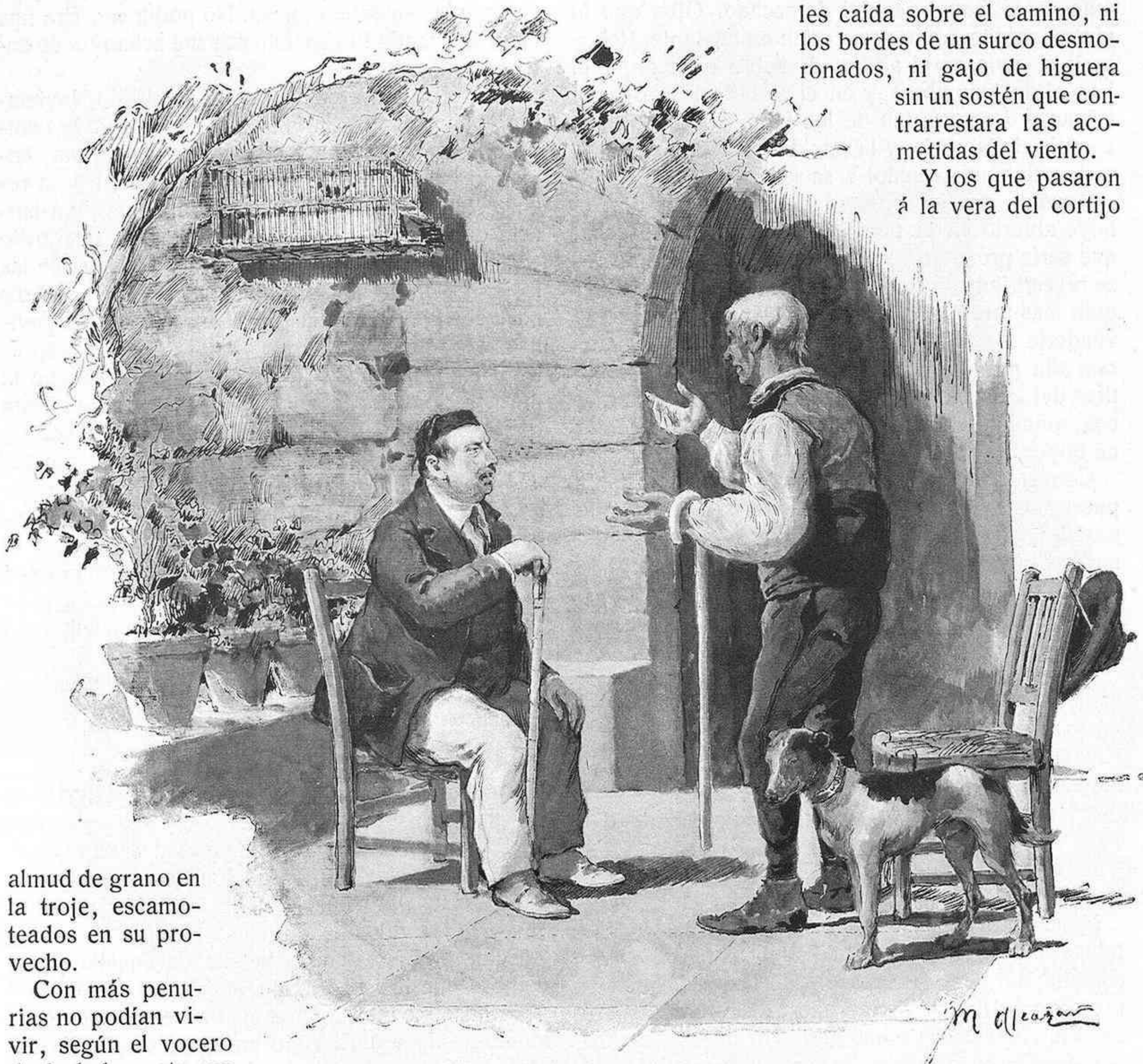
Con socarronas insinuaciones, en uno de los viajes al pueblo, expuso al amo su atemorizada súplica. Y ¡qué sorpresa! ¿Cómo? ¿Lucas tenía para comprar el cortijo? La honradez del labriego no podía ponerse en punto de duda. Cabal en sus cuentas, como fiel en sus tratos y contratos, no faltó nunca ni una parva de paja en las eras ni un

Quedó concedida la rebaja, y también hecha la venta. ¡Al fin!....

Desde entonces pareció remozarse el viejo. La alegría interior prestábale bríos nuevos, como tierra fértil que se fecunda con el agua y al sol.

También el cortijo se remozaba. Blanquearon de nuevo las paredes de la casa, y ya nadie vió nunca más una piedra de los bardales caída sobre el camino, ni los bordes de un surco desmoronados, ni gajo de higuera sin un sostén que contrarrestara las acometidas del viento.

Y los que pasaron á la vera del cortijo



almud de grano en la troje, escamoteados en su provecho.

Con más penurias no podían vivir, según el vocero decir de la gente que radicaba en los alrededores del cortijo, Lucas y los suyos. ¿Qué milagro lo improvisaba ahora en hombre de pro y con humos de hacendado en ciernes?

A las dudas del amo acudió la franqueza del cortijero, contando sus afanes é ilusiones de toda la vida, con relato á saltos, entremezclado con algún silencio de tristeza, como si en un solo momento reviviera íntegro el pasado de lucha y de pobreza.

podieron recrearse, no sin envidia, en aquella tierra bien labrada, trabajada con celoso cariño.

Con la mano en el arado y la yunta cedida, el viejo Lucas barbechó aquel año con mayor esmero el campo; después, á golpe de azada, mantenía la regularidad de las surcadas, rectas, hondas, exhalando vaho, acre y húmedo, de tierra constantemente removida.

Luego comenzó, tras la siembra, la empresa magna, inquieto en el ocio, en el ahinco, de mejorar, hermoseándolos, aquellos míseros predios que ya eran suyos. Verían todos qué maravillas iban á surgir allí, bajo sus manos incansables. Primero labrar el aljibe; después levantar, adosado á la casa, el establo. Si Dios quería, andando el tiempo, había de verdear allí un trozo de huerta, un verdadero milagro en aquel pegujal de secano. Ojos que lo vieron antaño, no lo conocerían en adelante. Rebosaría el agua en el aljibe, de sobra para regar el bancal de legumbres, y en el establo las reses de labranza descansarían de las fatigas diurnas en el silencio de la noche y la paz del campo.

¡Era un nuevo sueño! Y se realizaría.

Á golpe de pico ensanchábase, día por día, el hoyo abierto en la tierra. Después de la cosecha, que sería próspera—¡cómo iba á granar la mies!—se revestirían con cal las paredes del aljibe, techándolo más tarde; con el sobrante—pues el grano se vendería á alto precio,—dos buenas vacas criadoras, allá por los comienzos del otoño, vendrían á tirar del arado, cuando se abrieran los nuevos surcos, animado el paso al són de su lánguido cantar de boyero.

Con el tiempo, la vid patriarcal sombrearía la puerta de la casa; la madre selva treparía por la pared delantera, y en los tiestos, á ambos lados del umbral, para que desde la alta ventana abierta se vieran y entrase por ella su campesino olor, florecerían los rosales y los claveles, que cuidarían las fraternas manos de Mari-Marta.

Así, cuando alguno, pasando por el camino, le gritaba:

—¡Siempre á lo suyo!

—Hay que trabajar—le contestaba.—Para mañana.....

II

No se sabe cómo fué. Quizá el solazo que retostaba el campo, haciéndolo resquebrajarse con vaho caliente; tal vez el cansancio de la edad, que comenzaba á grietear su naturaleza..... Sobre el surco cayó el viejo Lucas, como herido de muerte. Rostro al cielo estuvo largo rato, hasta que las mujeres de la casa lo recogieron con solicitud piadosa y adolorida.

Aquello era un extraño ataque sin remedio. La alta fiebre hacía delirar al viejo Lucas en los primeros momentos, y en los días sucesivos. Iba mal, comenzándole la parálisis. De medio cuerpo no podía mover ni brazo ni pierna, y asomando el rostro entre las sábanas, dejaba escapar el grito agudo de sus dolores vivos.

En los momentos de lucidez y reposo, pedía que lo levantaran, que lo llevaran hasta la ventana, adonde llegaba el sol y el aire libre de los campos. Quería, en alivio de sus padeceres, y como consuelo á su tristeza, en medio de la forzada quietud, recrear al menos los ojos y desahogar sus hondos cariños, contemplando las tierras suyas, aquellos cercados que muy pronto comenzarían á reverdecer con la sementera nueva. No podía ser. Era una locura. Cuando lo consintieran sus achaques de enfermo.

Mostrábase tranquilo. Ya iba avanzado Noviembre, y ahora no hacía falta ninguna labor. El campo estaba sembrado, y el cielo se encargaría, enviando las lluvias, de fecundar la tierra. Por la recolección ya estaría saludable como antes, y asistiría con la hoz á la siega, montaría sobre el trillo en la era, y ayudaría después á almacenar en las trojes el grano, buscando entonces compradores para el trigo, que sería abundante, y para las gavillas, que rebosarían en el pajar. Entonces compraría un traje nuevo á Mari-Marta, para que la moza luciera sus lozanías y gentilezas en la fiesta del lugarejo, cuando llegase la Virgen de Agosto y sobre la puerta de la blanca ermita verdearan los palmitos de adorno, sonase el esquilón en la espadaña y bullese, bailando y cantando, la muchedumbre de romeros.....

Pero el mal seguía en aumento y la enfermedad iba para largo. Resignábase el viejo Lucas, pero siempre con el afán del laboreo y la nostalgia del pegujal en abandono.

Ya entrado el invierno, inquietábase aguzando el oído, atento al menor soplo de viento y al más leve rumor que de los campos llegase.

—¡No llueve! ¡No!.....

Á compás de los días que pasaban, advertíase en él que una tristeza honda prensaba su espíritu. Las mujeres creyeron que el mal se agravaba, derivando hacia una consunción de energías, íntima y sorda. Quejábase el viejo; lagrimeaba á solas.

—¡No llueve!

Comprendió la familia la raíz de aquella pesadumbre que iba acortando el ímpetu vividor del viejo. También las mujeres sentíanse acometidas de íntimo desaliento. El viejo enfermo, el año de sequía, y siempre delante la visión de los predios renegridos, de áspero aspecto, trágicamente desolados.

Pero acudieron á la piadosa mentira. Un día, la muchacha, madruguera, entró en la casa con la falda salpicada de barro, y acercándose al lecho de su padre, díjole con insinuante desenfado:

—No se puede andar.

—Pues..... ¿qué?

—Se han llenado los surcos. ¡Vaya un aguacero!

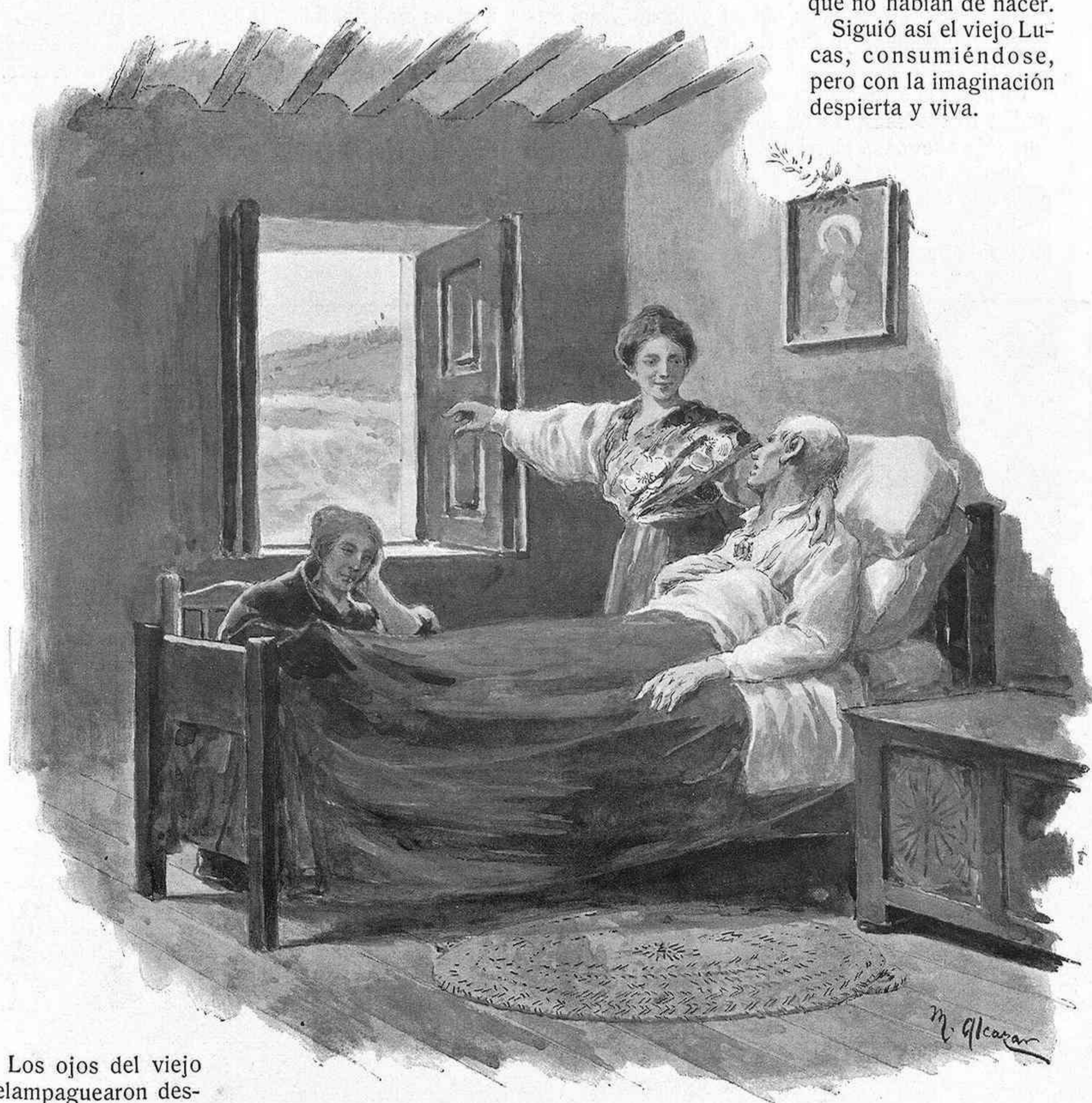
Almanaque de La Ilustración.

- ¿Ha llovido?.....
- Toda la noche.
- No oí.....
- ¡Si dormía!

La madre, con mirada triste, desde el umbral de la puerta contemplaba el paisaje desolado, la tierra largamente soleada y reseca.

- Y la pobre mujer ahogaba un suspiro.
Otras veces enhebraba la charla con Mari-Marta:
- ¿Plantaste los rosales? Ahora es tiempo.
 - Sí; blancos y rojos.
 - ¿Junto al muro?
 - Bajo la ventana.

La moza, en silencio, pensaba en aquellas flores que no habían de nacer.
Siguió así el viejo Lucas, consumiéndose, pero con la imaginación despierta y viva.



Los ojos del viejo relampaguearon desbordada alegría.

— ¡Al fin!

Se recurrió al mismo ardid en adelante, para engañar las credulidades del enfermo. Asediaba, movido del júbilo, con preguntas.

—¿Verdea ya?

— Ya comienza. Ningún año como este!

Hablaba, como de cosa vista, de la sementera nueva, de la pródiga cosecha en ciernes, mientras que las mujeres sentíanse invadidas de una desesperanza suprema. No llovía, y el campo yermo era una enorme desolación. ¡Qué pena! Más valía que los ojos cegaran para no verlo. Y ellas seguían,

Almanaque de La Ilustración.

para entretener los remozados júbilos del viejo, haciendo crecer los trigales y haciéndolos granar locamente.

El enfermo, con sus risueñas cavilaciones, parecía revivir, si la dolencia, de modo lento, no hubiese ido restando á su cuerpo, en ruinas, los vigores resistentes. Decaía.....

Estando las mujeres atrafagadas en la parte baja de la casucha, oyeron un día un grito doliente. Subieron rápidamente al dormitorio, al socorro del enfermo.

Removíase éste, apretando con las manos, crispadas y convulsas, las sábanas.

— ¡Me ahogo!..... ¡Aire!

Abrieron la ventana — ¡tantos meses cerrada! — para que entrase el cálido soplo del viento, amodorrado al mediodía. Con él entró la alegría riente de la claridad solar.

Abrió los ojos el enfermo como si al fondo del alma le llega aquella alegría del sol.

— ¡Cómo granará la mies!

Y en el extravío calenturiento, olfateando con delicia, mirando á Mari-Marta, díjole con desmayada voz que parecía un suspiro:

— Ya han abierto las rosas, las tuyas y.....

Cerró, como en éxtasis, sus ojos, respirando con ansiosa codicia, feliz tal vez porque allá dentro representábase reverdecidos los campos tan amados, sordos á sus querencias, espantosamente resecos.

— huelen!..... el campo..... las flores.....

Y calló; calló para siempre. Las mujeres rompieron en salvajes gritos de dolor, lúgubres en la soledad campesina, ante aquel amado cuerpo sin vida y también ante la horrible perspectiva de aquella tierra muerta.

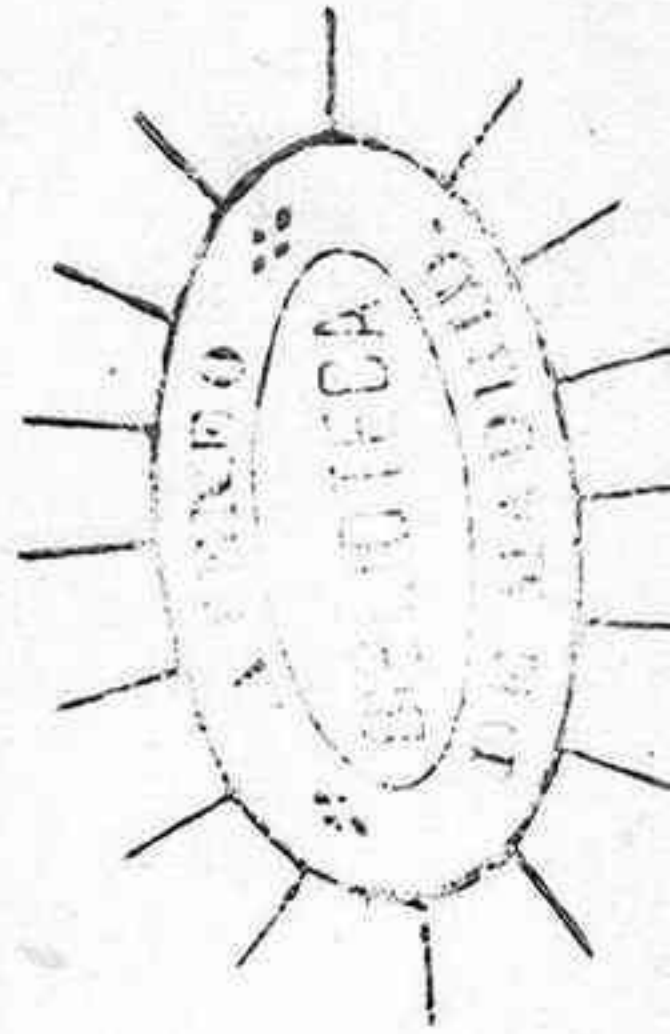
ÁNGEL GUERRA.



“DESCANSO” POR W.



“LOS SÍNDICOS” CUADRO
DE REMBRANDT



HACE UN SIGLO

Las primeras heroínas.

CUANDO la mujer es fe, la Religión triunfa; cuando la mujer encarna los sentimientos de la Patria, se exaltan los heroísmos; la mujer del hogar es su prosperidad y su honor; pues la mujer es siempre palanca, y como es su voluntad, así es el alma del hombre, de una nación, de un siglo. La corredentora siempre se llama MARÍA.

Mas en la epopeya de la independendencia nacional en 1808, la mujer no sólo fué entusiasmo, no sólo fué voluntad; la mujer, el Dos de Mayo en Madrid, fué más que voluntad y entusiasmo; la mujer del Dos de Mayo de 1808 en Madrid fué alarma, fué torrente y fué acción.

Yo he estudiado todas las batallas, todos los trágicos episodios de aquel día memorable, y en todos he encontrado admirable á la mujer. Heroína ó víctima, instigadora ó combatiente, encendida en las iras del furor y amilanada bajo el peso de las lágrimas, en ese día, en esos cuadros, ¡qué hermosa, qué hermosa es la mujer!

La leyenda idiota nos dió el tipo falso de una vieja sembrando la alarma á las puertas de Palacio, en los primeros momentos de la explosión popular. En los primeros momentos en que estalló la sublime protesta, los alrededores de la morada Real se hallaban inundados de mujeres; y cuando el fuego de los vélites de Murat comenzó á enrojecer la tragedia, la sangre de la mujer fué la primera que tiñó las calles. Á las primeras descargas del fusil francés cayeron, muertas por sus balas, cerca de las mismas puertas del Príncipe, Rosa Ramírez Santos, natural de Madrid, y Blasa Grimaldo Iglesias, natural de la Osa de la Vega, en Cuenca, y herida doña María Gasco, viuda de un antiguo servidor de la Real Casa. Doña María Felipa Costa, mujer de don Manuel Marín Cancio, que habitaba en el núm. 1 de la plaza de los Consejos, desde una vidriera observaba el principio de la terrible conmoción. Al ver caer tantas víctimas al fuego del enemigo, apodérase de su espíritu el frenesí, trastórnasele el juicio, y se arroja desde el balcón del piso segundo en que vivía, á la calle. Hallábase embarazada de los últimos meses, y el feto fué recogido con el cadáver de la madre. Doña María Vals de Villanueva, viuda, oye desde su casa de la calle de las Fuentes los alaridos del furor y del espanto. Sale en busca de sus hijos, que se hallan en el motín, y un balazo le corta la vida y su camino. Á las puertas de la

iglesia de Santiago halla la muerte D.^a Antonia Nieto Colmenar; Manuela Fernández Canuta, en las de su propia casa de la calle del Tesoro, y D.^a Isabel Montalvo, en los Caños del Peral.

No hay combate alguno en aquel día terrible donde la mujer no ofrezca el ejemplo de su valor ó el ejemplo de su martirio. En el de la Puerta del Sol sucumben Ezequiela Antonia Fayola, D.^a María de la Cruz Garay, joven de veintiocho años, y doña Mónica Rodríguez San Martín, de la emoción violenta de ver morir á su marido. En las incidencias de este mismo combate, que Goya, que lo presencié desde el balcón de la casa en que vivía, tan bellamente lo dejó inmortalizado con sus pinceles, Francisca Pérez de Párraga fué alcanzada de un tiro de pistola á la entrada de la calle de la Montera. En esta misma calle, y al fuego de los mamelucos, murieron también en aquella refriega D.^a María Teresa de Guevara y Agreda de Narváez, que, saliendo de la iglesia de San Luis, no pudo alcanzar la calle de Jacometrezo, en que vivía, y Rita Díaz Martín, herida de otro pistoletazo.

Estos martirios alcanzan el rango del heroísmo cuando las manolas del barrio de la Paloma se arrojan á la Puerta de Toledo á detener la entrada en la villa de la caballería de Caulaincourt, llamada al combate desde Carabanchel. Aquellas mujeres, en su mayor parte jóvenes y doblemente hermosas por los encantos de la naturaleza y por el resplandor del patriotismo, metiéndose entre las primeras filas, logran desorganizar el escuadrón, y con navajas afiladas, chuzos y otras armas semejantes, abren el vientre á los caballos, acometen á los jinetes y matan y mueren cantando canciones patrióticas. Allí caen á su vez, heridas de muerte, Benita Sandoval, Ezequiela Carrasco, María Marcos Martín, María Delgado, María Hidalgo y María Ramos; todas heroínas y ejemplo de nunca vista intrepidez. En los combates de la plaza Mayor cayó vencida Felipa Vicálvaro; en los de la calle de Toledo, junto á San Isidro el Real, Andrea de la Rosa, D.^a María Antonia Monroy, Francisca Moreno y Vicenta Reluz Hernández, que allí moría juntamente con su hijo Alfonso Esperanza Reluz, niño de once años.

En la plazuela del Cordón perecieron peleando D.^a María Francisca de Partearroyo y D.^a María Gómez Carrasco; en la Ribera de Curtidores, Ana María Gutiérrez; en la calle Real del Barquillo, Clara de Buenafé, y en la calle Ancha de San Bernardo, Juana Rodríguez Maestro, María Oñate Fernández y Ramona Esquilino Oñate, hija de la anterior. Por último, en la calle de Atocha, junto á la plaza de Antón Martín, D.^a María Victoria Rodríguez y Manuela Fernández.

Todas estas heroínas no tienen comparación, sin

embargo, con las del Parque de Monteleón. Allí, entre el fragor de aquella lucha titánica, desplegaron las alas de la inmortalidad aquellas mujeres sublimes cuyos nombres Madrid debiera tener esculpido en oro al pie de gigante monumento. Clara del Rey y Calvo, la más ilustre de todas aquellas diosas del valor y del patriotismo, se hallaba en el combate ayudando al puñado de artilleros de Daoiz y de Velarde, con Manuel González Blanco, su marido, y con sus tres hijos, Juan, de diez y nueve años; Ceferino, de diez y siete, y Estanislao, de quince. Trabada la lid, no se apartó ella ni un solo momento del lado de los cañones, y con la voz, que participaba de las dulces inflexiones de la ternura de la madre y de los acentos terribles de la sublime ira que la encendía, acalorando con sus exhortaciones el valor de sus hijos, casi niños, recibió la muerte, herida en la frente, de un casco de bala de los cañones enemigos. Su hijo Juan, adorando siempre el recuerdo venerable de la que le dió el sér, sentó luego plaza de soldado en la quinta compañía del tercer escuadrón de Cazadores de Sagunto, é hizo toda la guerra contra los franceses, «para defender la patria y para vengar á su madre». Manuela Malasaña y Oñoro, en quien la juventud brillaba con los frescos encantos de sus diez y siete años, sacaba en la falda el repuesto de cartuchos para proveer á los que peleaban, en cuyo número se hallaba su padre. Una bala en la sien le arrebató instantáneamente la vida á su presencia. No derramó éste, sin embargo, ni una sola lágrima, y continuó inalterable haciendo fuego. El capitán Goicoechea, de Voluntarios de Estado, que advirtió aquella tragedia, envió orden para que á aquel hombre se le retirara de un lugar para él de tanta desventura. Dos veces la resistió; á la tercera, Juan Malasaña dejó el fusil á otro que combatía sin armas; llegó á los pies de su hija, besóla en el rostro ensangrentado, recogióla en los brazos y, gimiendo y besando siempre con efusión su cadáver, desapareció por la calle de San Andrés, donde habitaba.

También Benita Pastrana tenía diez y siete años, hermosura y amor. En el combate estaba el hombre á quien amaba, y ella entre las llamas del combate. Su muerte fué obscura, aunque herida al pie de los cañones, ya en parte huérfanos de los artilleros que los servían, y á quienes habían diezmado las balas. Conducida, después de la pelea, por los Hermanos de la Congregación de la Misericordia á la enfermería de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, á instancias suyas, á pocos días murió olvidada. Lo mismo murieron Angela Fernández Fuentes, en el Hospital General, adonde se la condujo privada de conocimiento, y en el Hospital de la Buena Dicha, y en otras instituciones benéficas semejantes, D.^a Francisca Oliveros, Ramo-

na García Sánchez, Antonia Cerdán Navarro, Catalina Caro, D.^a Josefa Méndez, María Calderón Infantes, María García Alfonso, D.^a Isabel de Navas y otras heridas del Parque, algunas de armas blancas.

El tiempo ha velado en las sombras profundas del misterio á una heroína del Parque que no llegó al Parque, pues encontró la muerte en el camino. Llamábase D.^a María Beano. Era viuda de un capitán de Artillería. Tenía cuatro hijos menores, uno varón y tres hembras. Vivía, exenta de sospechas desfavorables, aunque joven y hermosa y elegante, en un cuarto segundo de la calle del Escorial, que Velarde con frecuencia visitaba. Cuando la llevaron la noticia de los sucesos de Monteleón, una inquietud vertiginosa se apoderó de ella. Ordenó con precipitación su traje y sus cabellos. Besó entre lágrimas á sus hijos, recomendándoles con tierna solicitud y fatídicos recelos á una criada antigua y fiel, y se lanzó á la calle para no volver más junto á aquellos objetos de su amor. Se dirigió al Parque, cuyas inmediaciones rodeaba un impenetrable círculo de acero francés. Por varios puntos intentó ganar alguna de las calles que á él conducían. Frustráronse todos sus esfuerzos; mas cuando en una de estas acometidas ya creía alcanzar lo que deseaba, una bala perdida, hiriéndola de súbito, desplomóla exánime en tierra, sin exhalar ni un suspiro. Cuando este trágico suceso se verificaba en la calle de San José, Velarde aun vivía, animaba el combate y luchaba como un héroe.

El cardenal D. Judas José Romo, Arzobispo de Sevilla, que fué en 1808, en sus mocedades, de los combatientes del Parque, nos ha legado un documento por el cual también se sabe que la prenda de amor prometida á Daoiz, cuando supo su heroico sacrificio, pretendió ser digna de él y consagrarse para siempre á su memoria inmortal. Siendo joven, hermosa y opulenta, renunció á todo, tomó el hábito de religiosa en un convento de Utrera, y uniéndose á Dios perpetuamente por medio de los votos monásticos, juntó en un solo culto, para toda su vida, todos los grandes afectos de su alma que había perdido.

Entre tantas heroínas, ¡cuántas mujeres ilustres cayeron aquel día al hierro del enemigo, como simples víctimas, ya en las ventanas ó balcones, ya en las puertas y hasta en lo interior de los edificios respectivos en que habitaban! Andrea Sánchez García sucumbió en la calle de San Francisco; Ángela Villalpando y Malcuello, en la calle de Fuen carral, en la cochera del Conde de Coruña; Antonia Rodríguez Flores, en la calle de Jacometrezo, esquina á la de la Salud; D.^a Bernarda de Huelga y Argüelles, en la de Leganitos; D.^a Catalina Calderón, en la de Toledo; D.^a Catalina Casanova y Pei-

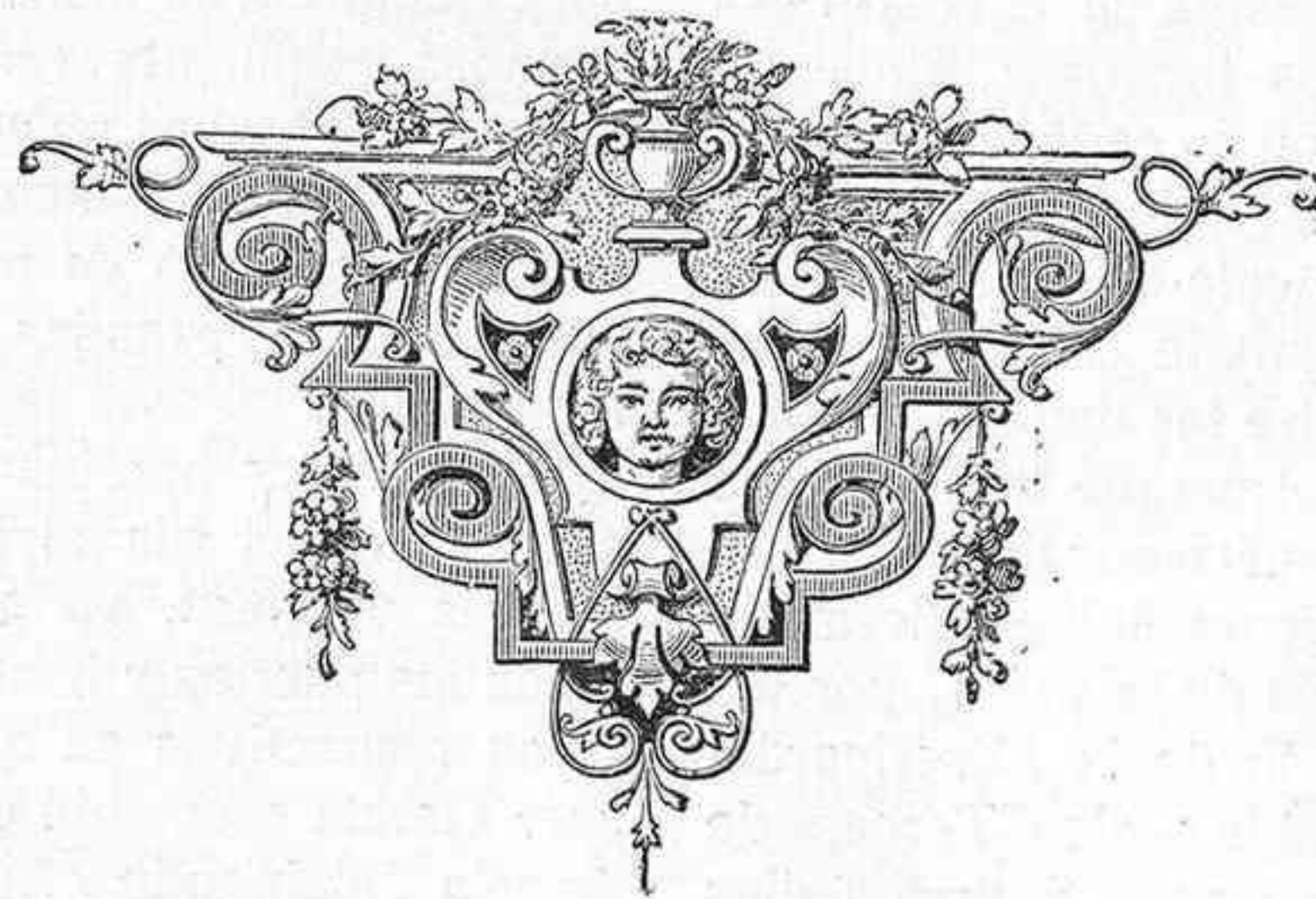
rona, hija del alcalde de casa y corte D. Tomás, en la del Sacramento; Catalina González de Aliaga, en la de Leganitos también; D.^a Clara Michel, en la de Milanese; D.^a Escolástica López, en la de Atocha; Francisca Giraldo, en la del Ave-María; doña Isabel de Osorio, en la del Rosario; D.^a Josefa Dolz de Castellas, en la de Panaderos; Josefa García, en la del Almendro; D.^a Manuela Diestro Nublada, en la del Molino de Viento; D.^a Luisa García Muñoz, niña de siete años, en la del Rubio; D.^a Marcelina Izquierdo, en la de la Inquisición; D.^a María Manuela de Amandarro, en la del Prado; D.^a María Raimunda Fernández de Quintana, mujer del ayuda de cámara de S. M., en la calle del Pez; D.^a Micaela Fernández de Lorenzana, en la de la Luna; Teresa Rodríguez Palacios, en la del Soldado; Tomasa Bermúdez, en la de Don Pedro; D.^a Ventura Romaña, mujer de D. Carlos Bosch, dependiente de la Real Biblioteca, en la de Segovia; D.^a Manuela Martín de Lara, en casa del Conde de Salvatierra, y D.^a Segunda López del Postigo, en la de la Concepción Jerónima.

Cómo se realizaron estas muertes violentas dentro de los propios domicilios, se explica triste, pero elocuentemente, en la siguiente declaración que Dionisia Arroyo, sirvienta de D.^a Catalina Bournonville, viuda de Carnicero, prestó en 1816, al solicitar la gracia que le correspondía como herida del Dos de Mayo de 1808 en la casa de sus amos, en la calle del Luzón, y de la misma bala que mató instantáneamente á la Srta. D.^a Catalina Pajares Carnicero, sobrina de D. Antonio Carnicero:

«Mientras reposaba la comida — dijo, — oyóse ruido de una patrulla de tropa francesa, que había salido del cuartel de San Nicolás y pasaba por la callejuela de la Rosa, adonde caía una de las ventanas de la casa de Carnicero. Asomáronse á ésta mis señores D. Fernando Carnicero y D.^a Catalina Pajares, el primero hijo y la segunda sobrina del dueño de la casa, y detrás me puse yo. Sonó un tiro, y, al fusilazo, cayó instantáneamente muerta D.^a Catalina, atravesado el corazón y el pecho, y la bala, al salir, me hirió á mí en un brazo, que tenía apoyado en el hombro de la señorita, que también me lo atravesó, y quemó la levita de D. Fernando.» Este hecho lo certificaron D. Cayetano Aravaca, sacristán primero de la Real Capilla de S. M., y don Ramón Biosco, capellán de las Descalzas Reales, que daba lecciones de música á los hijos de Carnicero. En las partidas parroquiales que testifican todas las víctimas de aquel día, no siempre se testifican los nombres. Con frecuencia se lee: «Una mujer muerta, que fué hallada» en tal ó cual sitio.

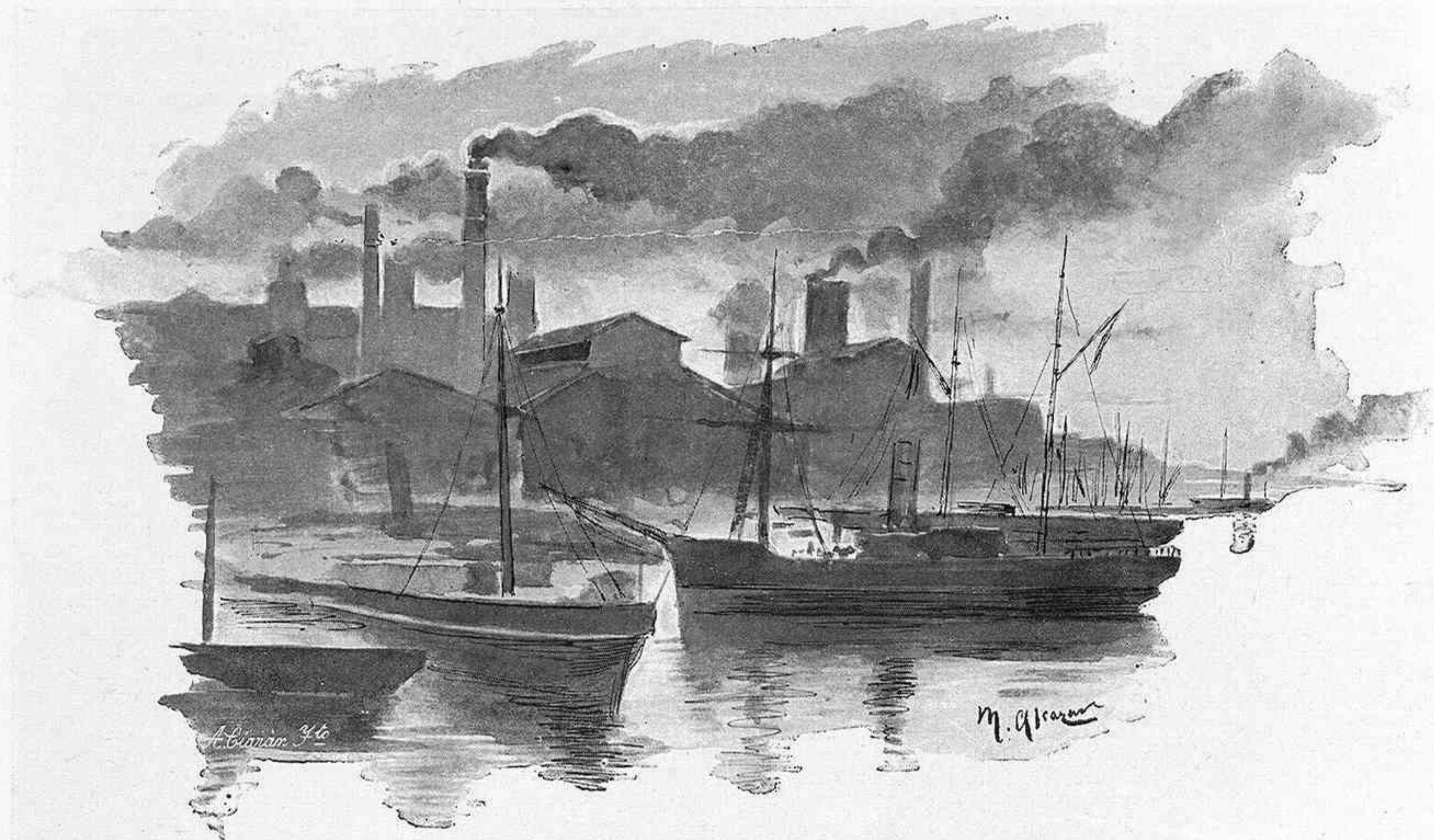
Así, la mujer de Madrid, llena el alma del sentimiento de la Patria, no sólo condujo el Dos de Mayo de 1808 á los que tomaron parte en las primeras refriegas por la independencia de España al honor del heroísmo, sino que, convirtiéndose ella misma en protesta, en torrente y en acción, adornó los encantos de su hermosura con los laureles inmarcesibles del valor ó del martirio.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.





"EN EL JARDÍN" CUADRO
DE KOCH



El poema del hierro.

EL HORNO

Avivad mis rojas llamas de pureza diamantina;
Rellenadme hasta la boca de pedruscos y carbón;
Dadme hierro, mucho hierro, ¡cuanto salga de la mina!
Sed de hierro abrasadora siente ya mi combustión.

De mi fuego sale todo... Su penacho, que flamea,
Da la fuerza á cuanto existe; dió la vida á cuanto fué:
Él transforma y purifica, limpia y rompe, funde y crea...
Á quien sepa alimentarlo, cuanto pida le daré.

[el collado?

¿Qué queréis?... ¿Que nazcan flores? ¿Que haya sombra en
¿Que den trigo los trigales y manzanas el pomar?...
Pues pedídselo á mi fuego, que hace el hierro del arado;
Él prepara la cosecha fecundando al desgarrar.

Si al tender la carretera sobre setos y marañas
Su camino de repente corta el rio bullidor,
En el igneo torbellino que se funde en mis entrañas
Hierva el puente que se eleva, de las aguas vencedor.

¿Queréis fuerza que os arrastre formidable y triunfadora
Por los mares y los montes, con resuellos de titán?...
Echad hierro por mis fauces... La veloz locomotora
Y las hélices potentes, de mi seno surgirán.



Cuando el odio quiere lucha, yo le templo las espadas;
Cuando buscan los amantes del coloquio la embriaguez,
Yo les forjo aquellas rejas de jazmines coronadas
Donde gozan largas horas de infinita placidez.

De mí sale la rodela, la veleta de la torre;
Sale el lecho de la virgen y la azada y el cañón;
Los alambres donde viva la palabra humana corre,
La varilla con que al rayo reta el hombre en su mansión.

Soy venero de riqueza; soy espléndido tesoro;
La materia se transforma por la fuerza que arde en mí:
La recibo sucia y negra; la devuelvo como el oro,
Porque va purificada por mi beso de rubí...

Avivad mis rojas llamas de pureza diamantina;
Rellenadme hasta la boca de pedruscos y carbón;
Dadme hierro, mucho hierro... ¡cuanto salga de la mina!
Sed de hierro abrasadora siente ya mi combustión.

LA MIÑA

¿Qué haces tú sino ufanarte de un poder que yo te entrego?...
Yo soy fuerza y soy prodigio; tú eres sólo vanidad.
De mis húmedas entrañas sale el oro de tu fuego,
Y en lo negro de mi sombra se engendró tu claridad.



Almanaque de La Ilustración.

Lo soberbio de tu hoguera, los fulgores que derramas,
No son tuyos, son robados; es la luz que oculto yo.
¿Quién sostiene y alimenta los penachos de tus llamas,
Sino el mísero pedrusco que la mina te entregó?...

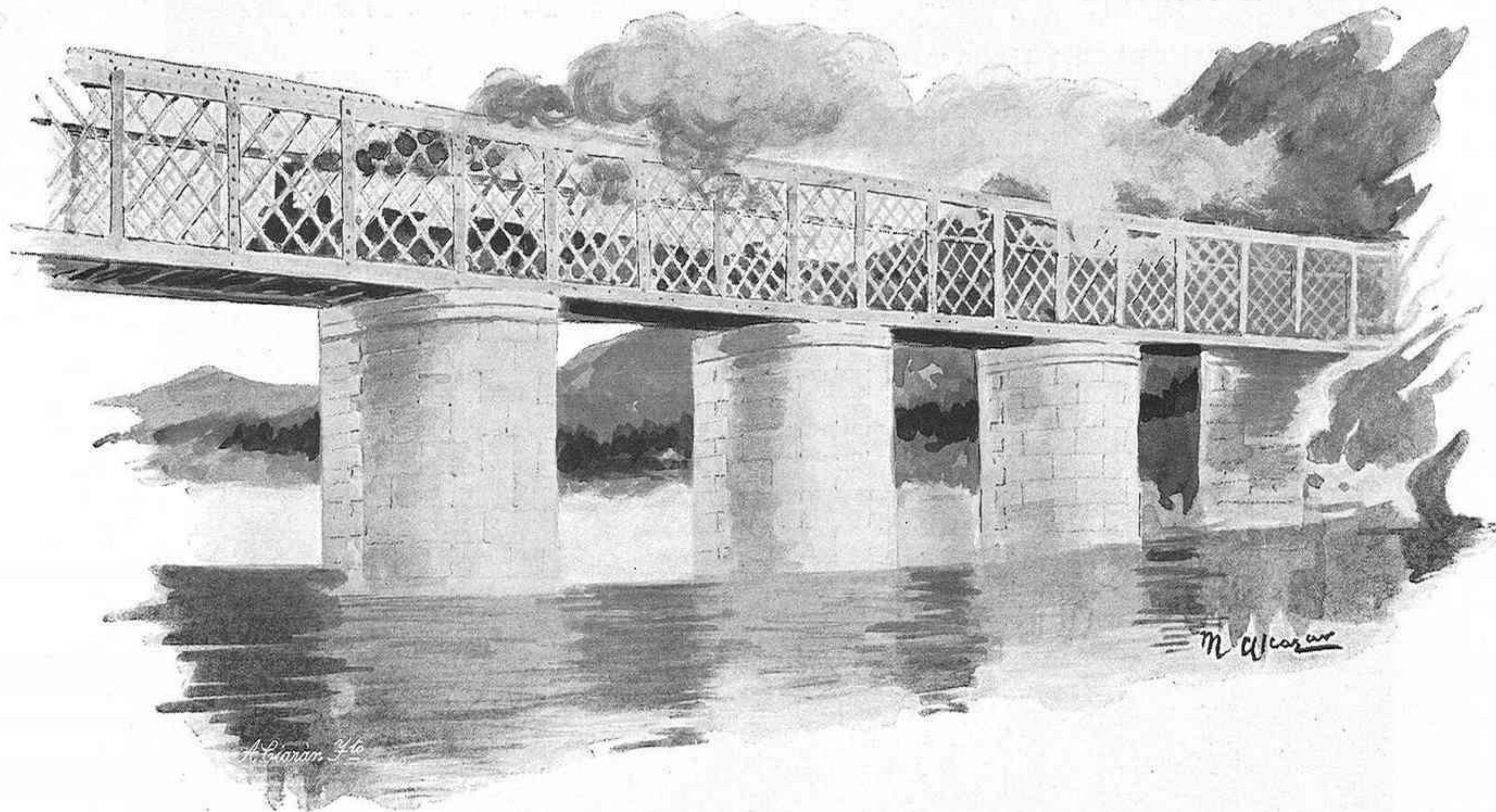
Al fundirme con tu abrazo, me transformas solamente,
Mas no alteras mi substancia por vaciarla en el troquel:
Tú eres sólo fuego vano; yo soy máquina y soy puente,
Soy arado y columnata, casco y hélice y bajel.

Tú te enseñas ostentoso; yo callada me soterro.
¿Qué es el horno sin la mina? ¿Qué es el tórax sin pulmón?...

Si la tierra abrió su seno descubriendo su tesoro,
Es que yo rompí la roca y entré en ella triunfador.
Si ardió el horno fulgurante que al pedrusco trueca en oro,
Es que el fuego me obedece como el siervo á su señor.

Horno y mina, todo brota de una chispa de mi mente,
Que esa chispa es la que sabe los enigmas descubrir;
La que horada las montañas, la que funde el hierro hirviente,
La que al mundo hace mi esclavo, la que alumbró el porvenir...

Junto á mí, ¿qué son motores, ni rodillos, ni correas?
¿Qué eres, horno, que te ufanas porque yo te dejo arder?



Por tus fauces sale el humo, por mi boca sale el hierro,
Que es el eje de la Tierra, que es el rey de la Creación.

[condida.

¿Que soy negra?... Por las sombras mi grandeza está es-
Penetrando en mis negruras se hallan luz, fuerza, poder.
Soy el seno de la madre, fuente oculta de la vida,
Que padece por fecundo, que se rasga al dar el sér.

No te ufanes neciamente del poder que yo te entrego;
Yo soy fuerza y soy prodigio; tú eres sólo vanidad.
De mis húmedas entrañas sale el oro de tu fuego,
Y en lo negro de mi sombra se engendró tu claridad.

EL HOMBRE 🍃

Parad mientes, insensatos, que el delirio os alucina:
Que sois grandes os parece por la fuerza que yo os dí.
Donde está la inteligencia, ¿qué es el horno y qué es la mina?...
[en mí.
Más que el hierro puede el hombre; no hay grandeza sino

Tus entrañas funden rocas, mi cerebro funde ideas;
De tus fauces sale el hierro, de mi mente tu poder.

Para mí son las delicias de tus rejas encantadas;
Para mí, que utilizando de la idea el talismán,
De tu acero saco puentes, torres, hélices y espadas;
Para mí que del arado saco sombra y vino y pan.

Soy tu dueño. Reconoce que el delirio te alucina.
Por ti mismo nada vales; cuanto tienes te lo dí.
Donde está la inteligencia, ¿qué es el horno y qué es la mina?...
Más que el hierro puede el hombre; no hay grandeza sino
[en mí.

EL POETA 🍃

¡Vanidad de vanidades!... ¡Con cuán poco te contentas,
Oh mortal siempre vencido que te juzgas vencedor!
Tras los vanos oropeles de los triunfos que aparentas,
¿Qué se oculta sino el llanto, la miseria y el dolor?...

Almanaque de La Ilustración.

Ese hierro que doquiera te hace grande y te hace fuerte,
¿Te lo entrega generosa de la tierra la piedad,
Ó lo arrancas de la mina, disputándolo á la muerte,
En la noche interminable de su eterna obscuridad?

Cuando surge sobre el horno de la llama la opulencia,
Tú imaginas dominarla, tú te juzgas su señor,
Y no piensas que ese fuego va minando tu existencia,
Que te abrasa y te consume con su aliento destructor.

Cuando el tren cruza silbando, con magnífica carrera,
Sobre el puente gigantesco que trepida sin ceder,
¿No recuerdas con angustia los fulgores de la hoguera,
Las negruras de la mina, los trabajos del taller?...

¿Llamas triunfo á las jornadas por el humo ennegrecidas,
Sin sonrisas ni descanso, sin amor ni claridad?
¡Ay del triunfo que se compra con sudores y con vidas,
Que se alcanza entre gemidos de viudez y de orfandad!

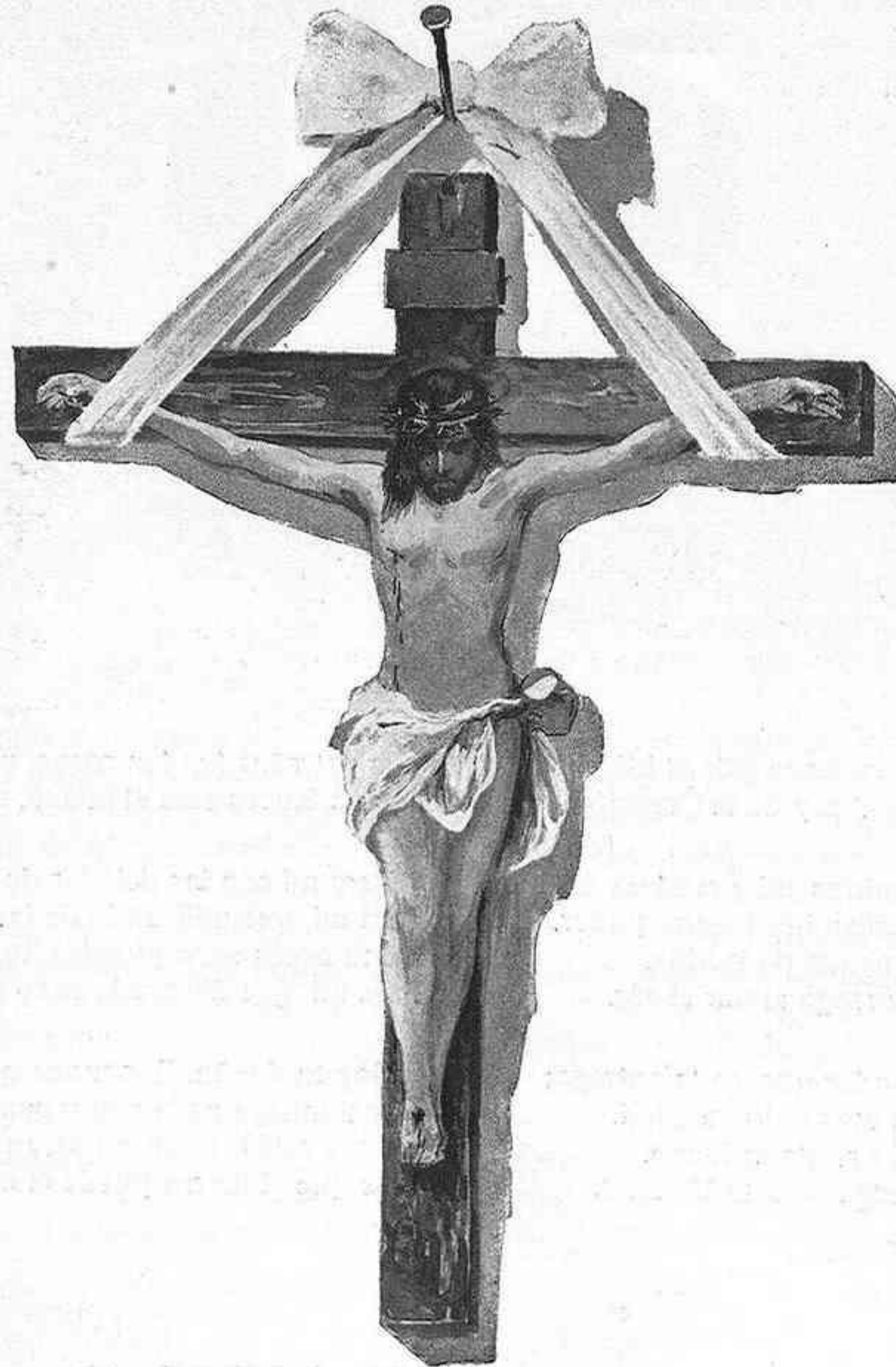
Yo no admiro la grandeza de la máquina ni el puente;
Yo maldigo las espadas, la piqueta y el cañón.
De los hierros que del horno sacas pródigo y valiente,
Sólo un clavo, un pobre clavo, me produce admiración.

Aquel clavo, santo emblema de ternura y de cariño,
Que un amor, todo poesía, todo encanto, todo luz,
Colocó sobre mi lecho con su mano, cuando niño,
Para atar con blanca cinta por los brazos á una cruz.

¡Cuántas veces para el alma lo pequeño es lo sublime!
Ese clavo es en mi vida lo más dulce, lo mejor;
Por él sé que el que padece, padeciendo se redime;
Por él creo en la grandeza y en el triunfo del dolor.

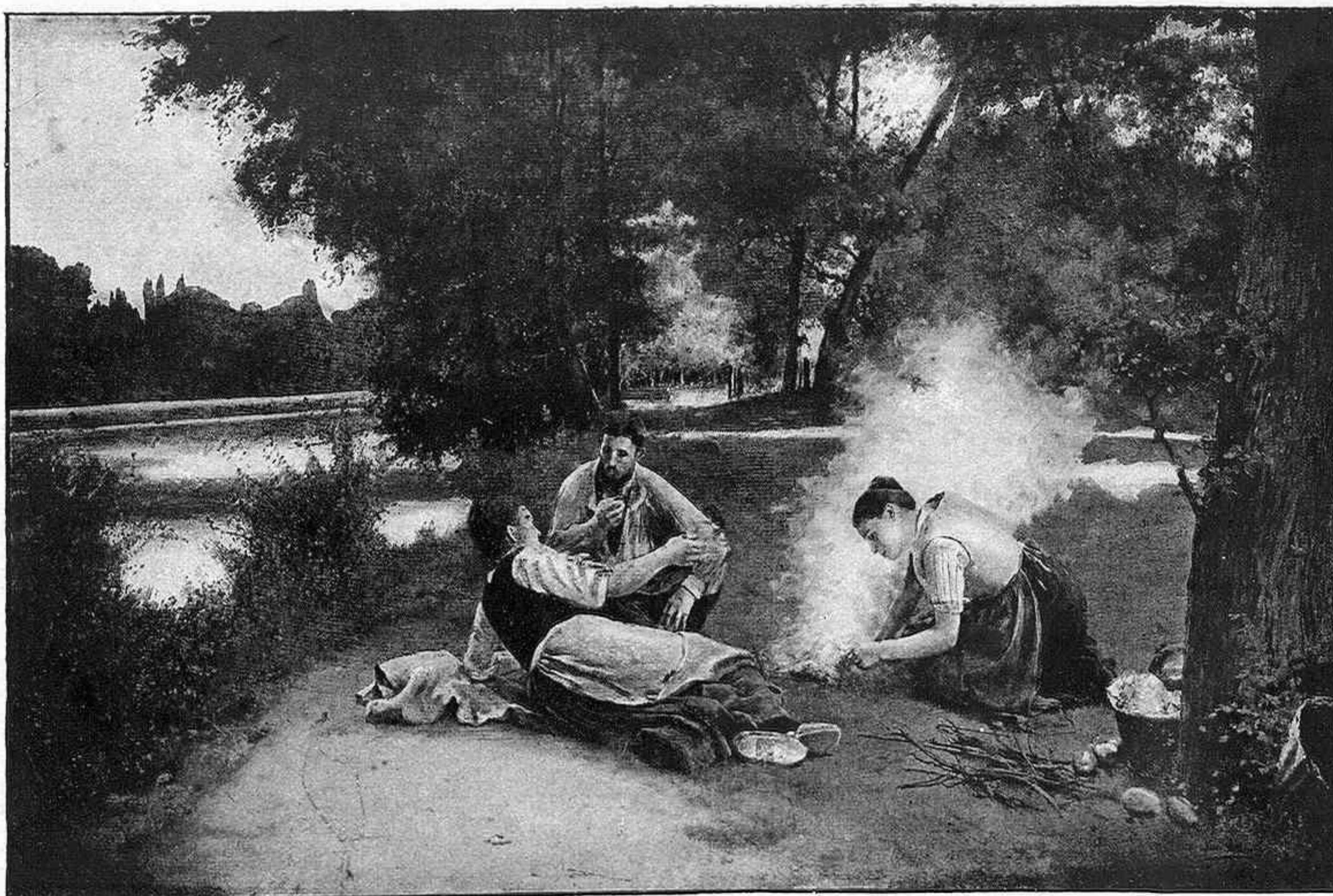
JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Agosto 1907.





“JUVENTUD” CUADRO
DE ARTIGUE



“DÍA DE CAMPO” CUADRO
DE L. JIMÉNEZ



Copyright 1897
by Franz Hanfstaengl

“MARGARITA” CUADRO
DE KIESEL

EL PRÍNCIPE RUBIO

AQUELLA tarde fué de esas en que, con ser de estío, parece que el cielo desgaja sobre las montañas cántabras las torrenteras de un temporal invernal; así, que los invitados de la marquesa de Celorio, en vez de tomar los caballos para recorrer los pueblos cercanos ó de coger las escopetas para subir al alto puerto en busca de rebecos, quedáronse pe-receados ante el café y los licores de la sobremesa, en el amplio comedor, desde cuyos balcones se veía caer sobre la campiña densa lluvia. Dilatóse la charla hasta la hora del crepúsculo; relatáronse, como de costumbre, historias y leyendas de la vida montañesa en las fragosidades de aquellos parajes, oídas con delectación por el grupo de damas madrileñas. Pero no se tocó, ni por casualidad, á caso alguno de maleficios ó de fantasmas; mucho menos al inagotable tesoro dramático de bandidajes y latrocinios. Nada que incitase á miedo. Sin duda reservaban el rico manantial de lo pavoroso para las tertulias nocturnas; sin duda las horas del día, aunque fuera tan opaco, no eran propicias al relato truculento.

Lo que salió á flote fué un género de narración castizo de aquellas montañas asturianas: casi podríamos darle honores de género literario, verdadero florilegio de leyendas y de historias concernientes á la *vuelta del indiano*.

Hoy ya el indiano — como todas las cosas — ha perdido la acentuación del tipo. Perdura en las páginas de los libros, pero en la realidad ya no veis desembarcar de los transatlánticos aquellas sombras de seres angulosos, macilentos como cirios funerarios y con ardores de nostalgia y de fiebre en los ojos. Hoy son más bien grandes señores orondos, solemnes, que si traen cadenas de reloj como calabrotos de barco, y diamantes como garbanzos, lo esconderán en los repletos cofres. Recelan las burlas envidiosas de sus antiguos conterráneos. Ni traen tampoco las rubias onzas: traerán mejor las libras esterlinas.

Pues de una de estas historias habló la marquesa de Celorio á sus invitados. Ello fué en un alto vericueto, monte arriba. Hay allí un rellano, emboscado entre densidad de castañar y rebledo, y agazapada en la umbría, solitaria, una casa de vetustez torva. Alguno de los comensales la conocía, por haber dado con ella en sus andanzas. Hábiales llamado la atención el aire de abandono secular, la frondosidad huraña, la quietud de misterio, la esquivez de aquel paraje, crespo matojo de rama-zón viciosa. Ni aun se sabía por dónde abordarle: de tal modo los zarzales, los ariscos acebos y los

esposos laureales cerraban el paso alrededor de aquella morada de muros, también enverdecidos por las hiedras, por los líquenes, por toda la flora fungosa que lozanea en los húmedos lugares solitarios.

La casa debió haber sido en tiempos lejanos mansión solariega de gente hidalga, porque bajo la pátina de verdines musgosos adivinábase traza de blasones. Había también restos de un balcón sale-dizo. Lo más incólume era la portada, de medio punto, sin rastro ya de batientes sobre las goz-naleras de granito. Ahora, la vegetación recia era la encargada de estorbar el acceso á aquella mansión ceñuda.

Habitábala una vieja tal, que parecía, cuando asomaba temblona bajo el portón arcado, el alma bruja de aquella casa. Tenía el rostro tomado de un verdor como el de los sillares, y más que rugoso, surcado de resquebrajas. Por entre una de estas grietas rasgábase la boca desdentada; por otra, dos ojuelos verdegosos. Abrigábase en todo tiempo con un andrajoso amasijo de trapos.

Todo este porte llegó á convertir á la viejecilla en encarnación de los pavores sobrenaturales que estremecen, á las noches, á los campesinos en las asperezas montunas. Era la bruja de aquellos contornos. La misma marquesa de Celorio porfiaba á sus invitados haberla visto algunas veces rondar con misterio la cerca de su finca; y viéndola, sentir una leve impresión de susto, que luego se desvanecía en franca risotada. Las aldeanas huíanla como si fuese trasgo.

Pero ella, á todos los recelos supersticiosos respondía con una larga sarta de las extrañas profecías. Todas tenían por base un suceso mágico: la aparición de un príncipe rubio, joven, gentilmente bello, que había de venir á libertarla y como á desencantarla, á las puertas mismas de su morada. Y lo más increíble, lo que más encandecía las burlas crueles de los montaraces, era el peregrino anuncio de que aquel príncipe libertador había de ser no menos que su hijo.

Algunas veces, cuando en pleno día á ella se llegaban, pudiendo más que los recelos la comezón de burda mofa, oíanla referir, con puntualidad de detalles nimios, el maravilloso suceso prontamente acaecederó. Y en cuanto á la persona del príncipe, no parecía sino que lo tuviera ya delante de sus ojillos, verdes como dos gotas del agua encharcada en las pozas de la aldea, donde abrevaban las vacas.

Había de llegar aquel príncipe caballero en una jaca de negror de endrina en los bardales, y había de subir por el sendero de la robleda, sin vacilaciones ni tanteos, como hombre que conoce los terrazos que atraviesa y el lugar á que se encamina. Y

las mozas, al verle desde las praderías, habían de sentir el espoleo de sus juventudes abriñeñas y habían de enrojecérseles los rostros con llamaradas de envidia. Porque él era tal, que ya no parecía cosa de este mundo, y mucho menos de aquel áspero rincón del mundo, enriscado y fragoso.

Y al llegar á este punto, al describir con exaltaciones casi dolorosas la belleza rubia y blanca del príncipe venidero, erguíase bajo los harapos la miserable armadura de huesos, y los ojuelos relucían con verdores de lucerna, y la boca, como cicatriz de una cuchillada que volviera á entreabrirse, rezongaba con jadeos y alaridos el radiante final del advenimiento. Era la llegada del caballero gentil á los umbrales de la casa del misterio, el dejar la jaca pastando en la abundancia de los verdores lozanos, meterse portón adentro y volver á salir de allí á muy poco, llevándola á ella en sus potentes brazos, para trasladarla, á ancas de su cabalgadura, á tierra de bonanza.

—Ya comprenden ustedes—dijo la de Celorio á sus oyentes—que los años pasaron sin que pareciera *el príncipe rubio* por estas breñas, de tan agria embocadura para corceles finos. Pero con la ahincada repetición del pronóstico, vino á saberse que la quimera de la viejecilla abrujada tenía por fundamento el recuerdo remoto de un hijo que partió siendo mozo para *las Indias*. Media centuria iba corrida desde su marcha, pero el delirio senil complacíase en perpetuar, sin mudanza ni avejentamientos, la galanura del emigrante en el punto de su éxodo. Pasaron los años sin que pareciera el príncipe—prosiguió la narradora,—y la bruja, cada vez más rugosa, más esqueletada y desmirriada, era ya un informe caparazón de osamenta bajo la pella de pingajos. Entonces, apenas si salía ya de las lobregueces telarañosas de su guarida. Pero aun la maligna zafiedad de los gañanes y de las mozas, asaeteaba con escarnios á la vieja así que pasaban cerca del breñal, y oíase reventazón de risotadas pazguatas cuando entreveían, á través de las tupidas frondosidades, asomar el rostro de la anciana por el angosto resquicio de un ventanuco, para lanzar como gruñido de alimaña hurgada en su huronera, el agüero del advenimiento prodigioso. Y ahora—dijo la marquesa con gravedad casi solemne—ustedes, mis amigos, con ese avispamiento agudo que da la Corte, no han de crearme, ni por fórmula de galantería; pero yo cuento lo sucedido hace apenas cinco años, ahí arriba, á media legua escasa de este palacio.

—¡Qué! ¿apareció el príncipe?—musitó una voz irónica.

—¡Apareció!

Una misma exclamación brotó risueña, juvenilmente jocunda, de todos los labios:

—¡Querida marquesa!....

Y la marquesa, rápida, con arrogancia triunfal, poniéndose en pie, ahincó altiva, graciosa:

—Ello era un mancebo de edad abriñeña; aparecióse por esos breñales, cabalgando en jaca negra, que era gloria verle; entre escarceos y corcovos de caballo lozano refrenado por jinete experto, trepó el monte, abrió fácil brecha por los matorrales y los zarzales. El estremecimiento mudo de lo maravilloso sobrecogió la aldea, y hasta la naturaleza parecía recogerse en silencio de misterio, con la quietud ardorosa de una mañana calina. El aparecido descabalgó en los mismos umbrales de la casona. Dejó la cabalgadura paciando el verdor abundante, y con mucha resolución internóse por la negrura del zaguán adentro.

Al llegar á este punto el relato, aun ocurrió episodio que vino á redoblar la maravilla.

Ello fué que la marquesa cortó su narración para ceder la palabra á uno de sus tertulios, diciendo:

—Lo acontecido allá dentro, que acabe de contarle el protagonista. Ahí le tenéis; ved en persona al *príncipe rubio*

Tendido el brazo, señaló á un rincón de la estancia. Como de entre sombras destacóse en las lobregueces del comedor señorial, crepusculado por la tarde lluviosa, una silueta de gallardeo juvenil y elegante desenvoltura. En la penumbra aureaba su cabeza rubia, y el azuleo de sus ojos tenía luminosidad mañanera. Todos se volvieron á mirarle, como si fuese, en verdad, un aparecido. Era el huésped más joven en el palacio, el más gentil, el mimo de las damas.

Oyóse su voz, una voz queda, con opacidades de emoción y con susurros de remotas lejanías. La sencillez de su palabra infundió en torno la simpatía creyente.

—Fué á los dos días de mi desembarco: yo pisaba por primera vez esta tierra, y venía á cumplir el último deseo de mi padre, el único cuidado que dejó á mi orfandad. Sentí el ansia, una vehemencia piadosa de llegar aquí muy pronto. Él me lo dijo en el balbuceo muriente: «Pronto, pronto, hijo mío. Toda mi vida de labor sedienta de oro para hacer fácil la tuya, me la pagas con llegar pronto, pronto.» Y me enveredó por estos lugares, que en los linderos de la muerte parecía ver con fuerza de realidad. No erró ni en una revuelta, ni en un peñasco..... «Pronto, pronto.» No sé qué sobrenatural presentimiento, una de esas anhelantes visiones de moribundo, aferró á su mente la idea de que aun viviría la vieja, la madre solitaria, la abandonada en una juventud azarosa. Esa idea de dolor y de angustia, que parecía atenazar su alma, no dejándola desprenderse del cuerpo enfebrecido, por fantasma de fiebre llegué á tomarla. Pero así que le vi muerto,

Almanaque de La Ilustración.

comencé á sentir en mis oídos, día y noche, el repiquete de aquel terrible «Pronto, pronto; es mi madre que me espera, que me habrá esperado siempre, como yo á ti siempre te hubiera esperado». Y vine; en la travesía, en las noches del mar, sobre cubierta, sorprendíame á mí mismo, repitiendo: «Pronto, pronto», como si al barco se lo dijese con ansia de acelerarle. Y llegué; llegué ahí arriba derechamente, desde el puerto de desembarco, en la jaca más poderosa que pude hallar, impaciente, en los últimos acosones del deseo.

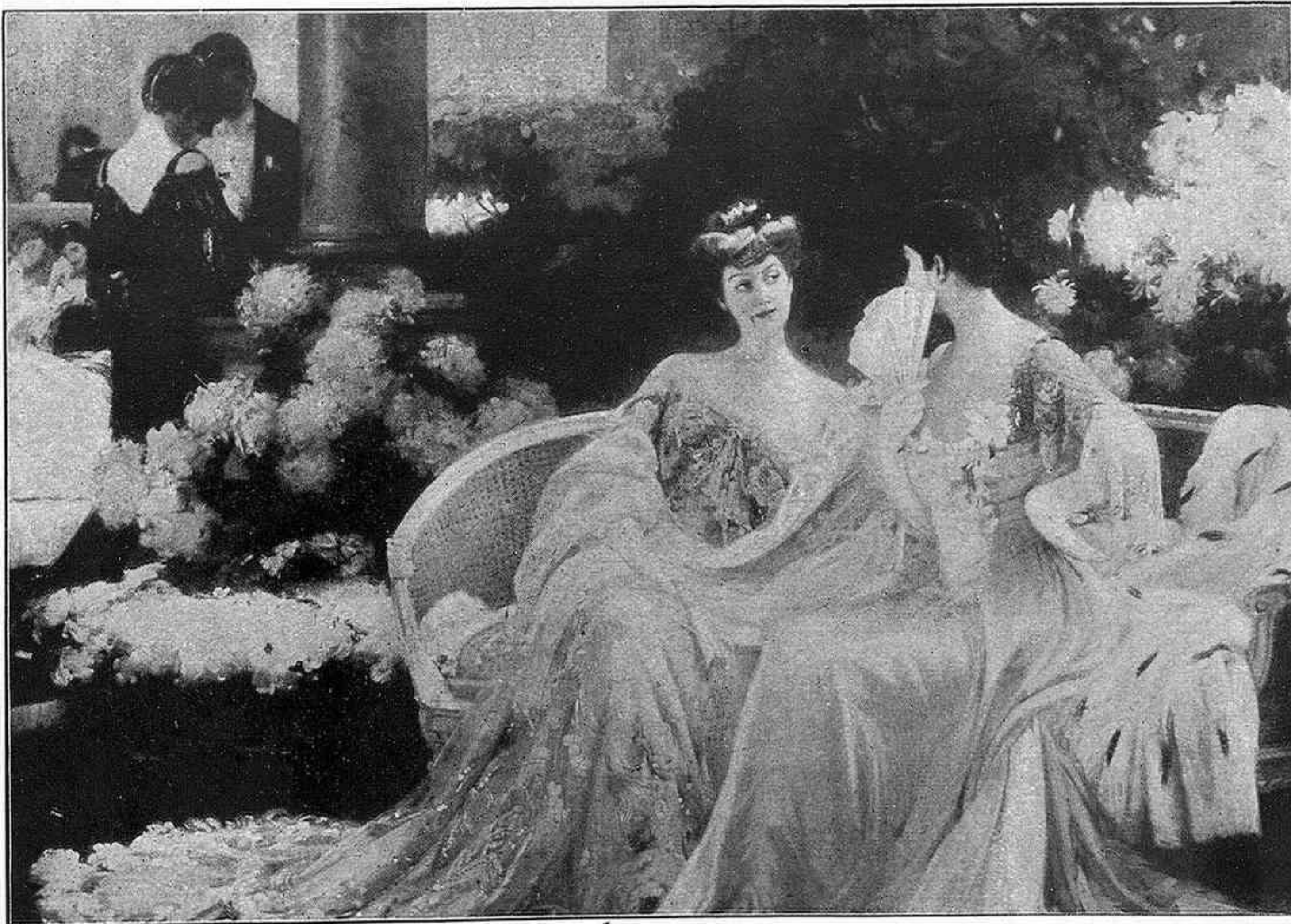
Todos en la sombría estancia oían jadeantes, con miradas que eran interrogaciones punzadoras. Sintióse un silencio, una pausa de cansancio, que dió sonoridades de furia á los goterones de la chubascada, picando los cristales. Los relojes del palacio fueron repitiéndose unos á otros campanadas retumbantes. De fuera, de lejos, vino el són de otras campanas que llenaron de religiosidad el espacio. Todas las tardes, llegado este momento, la de Celorio susurraba la oración vespertina; sus amigos contestaban en pie, reverentes. Aquella tarde, ni se movió la rezadora.

Prosiguió con aire de oración el relato:

— Entré en la casa; á la altura de mi cabeza tuve que ir apartando telarañas que se enredaban húmedas en mis dedos; un aletazo negro me rozó la frente. Sentí lo que siento ahora: una sensación casi palpable de misterio. Pasé á una sala como oquedad de antro. La mueca de una calavera entre un rebujo de guiñapos me atrajo con el parpadeo de dos fosforescencias verdosas que parecían extinguirse. Crepitaron unos huesos; enderezóse con rigideces violentas aquel montón de harapos y huesos; sobre mis hombros se posaron con pesadez los garfios de unas manos descarnadas, y oí una voz.....; os aseguro que era una voz con todas las dulcedumbres de las ternuras amorosas que adormecen ó desgarran. Y dijo aquella voz: «Príncipe mío, te esperaba; sabía que no era posible morir sin verte. ¡Príncipe mío!» No sé si llegó á besarme aquella boca honda. Yo sí que besé con piedad, con fervor, como el místico besará la reliquia. Y eso besaba ya: la frialdad de una reliquia.

.....
.....
La marquesa de Celorio, en pie, fervorosamente, susurró el *Avemaría*.

FRANCISCO ACEBAL.



“CONFIDENCIA” CUADRO
DE H. ETCHEBERRY

(Copyright 1905 by Etcheberry.)



"EN LA ALHAMBRA"
por Eduardo Estrada.



REDENCIÓN

(De Francisco Copée.)

Para amar otra vez, ¡la vez postrera!,
Buscando voy, Don Juan arrepentido,
Á la niña hechicera
Á quien su abuela en brazos le da nido,
Y aunque nunca me vió, siempre me espera.
Es prudente, es piadosa; cada día
Su devota oración, humilde y santa,
Reza cuando se acuesta y se levanta.
En su alma no hay engaños,
Y al hábil camarera nunca fía
Sus cabellos castaños.
Los domingos, con traje gris severo,
Sale ingenua y gozosa
Del brazo de un anciano caballero,
Y brilla en su mirar resplandeciente,
Como una llamarada jubilosa,
La sorpresa inocente.
Cuando busca en las flores,
Recorriendo los públicos jardines,
Sus amigas mejores,
Ante sus ojos castos y benignos
La ociosa juventud, de torpes fines,
No siente nunca móviles indignos.
Fué siempre así; las cosas más floridas
Son para ella también las más queridas;
Y por su propio natural consejo,
Para pasar alegre la velada,
El cañamazo, de labor pesada,
Prefiere á las sonrisas del espejo.
Conserva el atractivo misterioso
De todo aquello que su encanto ignora;
Rubio es su rostro hermoso;
Los diez y siete abriles aún espera;
Tiene los resplandores de la aurora,
Como tiene tu edad, ¡oh primavera!
Las largas horas siente complacida
Leves pasar sin cuento y sin medida;
Llenan sus sueños cándidos albores,
Y aromas exhalando halagadores,
Es un sueño también toda su vida.
Tal es, tal la imagino, tal la veo
En el fondo de luz de mi deseo,
Cisne pulcro y gentil, límpida estrella,
Lirio azul, por la noche humedecido.
La busco, y pronto, cuando exclame: «¡Es ella!»,

Cuando me haya, por fin, reconocido,
La vida le daré y el pensamiento,
Y mi orgullo y mi gloria: cuanto siento,
Cuanto soy. Y una noche muy callada,
Muy apacible, llegará el momento
De llamarla mi dulce desposada.
En un banco de piedra, medio oculto
Allá al fondo de parque inexplorado,
Se sentará; para rendirle culto
Llegaré ansioso; cuando esté á su lado,
Me mirará sin abatir los ojos,
Y yo caeré feliz y embelesado
Á sus plantas de hinojos.
Estrecharé sus manos en las mías,
Cual se estrecha á los pájaros cautivos;
Historias le diré de añejos días,
Rasgos de corazones primitivos;
Me mirará serena y silenciosa,
Fijos sus grandes ojos en mi frente,
Y en sus labios de rosa
Mostrará una sonrisa candorosa
Todo el inmenso amor que por mí siente.
Me dirán sus pupilas dulcemente
Lo que en coloquios gratos al oído
Á media voz se dicen los amantes,
Cuando á través del bosque ennegrecido,
Como blanca visión, pasan distantes.
Y muy tierno, sin ímpetu ni ruido,
Porque tan sólo yo la impresión viva
De su vibrar dulcísimo perciba,
El casto beso que soñó mi anhelo,
Vendrá, para que ansioso lo reciba,
Como una santa bendición del cielo.
Cuando ella ponga sin temor de agravios
Su ósculo puro en mis culpables labios,
Podré arrancar del corazón la fiebre,
Y habrá llegado el día
En que libre y feliz el alma mía,
Atractivo del mal, tu yugo quiebre.
Aunque me cerca en insistente giro
Mi espantoso pasado,
Aunque tus huellas en mi lecho miro,
Loco deseo, en vano rechazado,
Yo podré, yo podré, falaz sirena,
Tu hechizo sacudir vicioso y triste,
Y extirpar, ¡oh mujer!, la honda gangrena
Que en todas mis entrañas esparciste,
Como el histrión arranca el colorete
Que le quemaba el rostro, y desarruga
La frente enmascarada;
Como el espadachín limpia y enjuga,
Después que el crimen bárbaro comete,
Bajo del brazo la sangrienta espada.

TEODORO LLORENTE.

La lucecita del cuento.

Los señores de Soria están de enhorabuena. Su vecino, su íntimo, su contertulio, su tresillista, su comensal de los lunes, D. Olegario del Busto, ha sido llamado á los consejos de la Corona. Era un *ministrable* crónico: su nombre, para una cartera, vino figurando diez años como verosímil, y tres como probable. Por fin ha pescado la poltrona, y, en su honor, dan los de Soria un banquete extraordinario, un lunes de gala.

Todas las relaciones de la casa están al tanto del elevado festejo, y se aperciben para la solemnidad. Se han cotizado en mucho las invitaciones, contadísimas, para la mesa. Los demás irán sólo á la tertulia, que, con tan fausto motivo, toma nombre de *té*. Las familias quieren ir *en masa*, y se producen piques y rupturas. En una clase cuyo sostén está subordinado á la política, la figura de un ministro tiene atributos de divinidad. Se ha planteado la cuestión de etiqueta, y por aclamación queda aprobado el frac.

No falta quien ridiculice tales extremos con un amigo familiar que otras veces ha bajado á la tertulia (porque vive *en piso peor* que el de los Soria) en batín ó americana. Pero ¿cómo tomar en cuenta la censura, si hasta se habla de invitar á un periodista?

Otro problema es el del *menu*: *Lhardy* les intimida, y su Menegilda les aterra.

Pero la señora de Soria reemplaza los recursos con arbitrios: brujulea en Madrid, toma en colmado los mariscos, los fiambres en repostería barata, el asado en horno antiguo y modesto, y aporta al banquete su colaboración personal con la inevitable mayonesa. De los vinos, gracias á Dios, no hay que ocuparse. Son ofrenda de un amigo que se sentará á la mesa y que, *por cierto*, tiene que hablar dos pabras con S. E.....

Se está celebrando el banquete. Al ilustre repúblico le han disparado el tratamiento con ametralladora.—¡Póngase más el Sr. Ministro!—¡Se está quedando sin comer el Sr. Ministro!—¡Sr. Ministro por aquí! ¡Sr. Ministro por allá!

Y él, con esa coquetería de los grandes hombres cuando sonrían al inferior, afecta una llaneza ficticia más inmodesta que la gravedad.

—Crean ustedes—dice—que cuando se sale de la atmósfera viciada de la política y se respira este ambiente puro y sencillo de la intimidad, parece que el alma se orea.

—¿Ya está usted deseando dejar el cargo?

—¿Cómo no? Estas cosas no son para serlas,

sino para *haberlas sido*. Yo digo como cierta amiga mía: «Lo que hay que ser es..... viuda.»

Y se aplaude con estrépito el símil vanidoso.

Entretanto la tertulia, más que nunca puntual, espera, pared por medio, que el banquete concluya. Oyéense desde la sala el estallar de las risas y los taponazos del *Champagne*. Por fin, ábrense las puertas, y la reunión se generaliza. Es un homenaje que acaba de embriagar al ahito protagonista. Todas aquellas pompas inusitadas son *por él*: *por él* se han vestido más los caballeros; *por él* se han vestido..... menos las señoras; *por él* son de veinticinco bujías las lámparas del salón. El saludo de dos amigos, que ahora son subordinados, raya en la genuflexión; pero él paga con creces la pleitesía dándoles dos palmaditas familiares, que es como garantizarlos por un año. Las madres ponen en vanguardia su repertorio de niñas disponibles, por si se digna el solterón ilustre vestir casaca sobre casaca. Y allá, en las entrepuertas, vese un racimo de domésticas curiosas, ávidas de ver de cerca cómo es *un ministro*.

Sólo D. Alejo, su azote del tresillo, su rival sempiterno, su contradictor en todos los casos doctrinales del juego supremo, se atreve con él.

—¡Nada! ¡Nada! Yo no le doy mi enhorabuena; y al país menos. ¡Lo hará usted tan mal como al tresillo! Y lo peor es que en ese juego del Gobierno, al que hace perder á los demás, nunca le imponen *puestas de castigo*.

Carcajada prevista. La salutación venía embotellada. Don Alejo mitiga la pulla audaz con un abrazo palmoteado, de esos que levantan polvo en la ropa, y el grande hombre dice con una sonrisa de piadosa condescendencia:

—¡Este D. Alejo!.....

Después continúa su paseo triunfal; reparte, como limosnas, apretones de manos; toma postura presidencial de pie, dando espaldas á la chimenea, y mientras iza en los labios un *águila* de Boock, como una bandera á media asta, dice magnífica y elegantemente:

—¡Pero señores!..... Que no se suspendan por mí las garantías constitucionales de esta grata tertulia: jueguen los viciosos; amen los corazones en flor; vénganos al oído alguno de esos gorjeos que resucitan en las almas caducas las añoranzas de la mocedad; mueva Terpsícore los alados pies de las gráciles parejas; y olvídense del más inútil de los circunstancias, del que, torpe para el amor y para las artes, sólo sirve, si sirve, para cosas tan pequeñas como la política y el tresillo. (*Ovación.*)

Pero esta vez la retórica no es lógica. Boston, sonatas, amores y codillos, los hay siempre; y un ministro con todas sus consecuencias, no. Por eso los hombres le *toman declaración* del estado de la po-

lítica, y las señoras piden pelos y señales de sus visitas á Palacio. Á todo contesta con discreta parvedad; y como sus menores movimientos se aquilatan, basta que saque el reloj, para que la señora de la casa diga con sobresalto:

—Supongo que no nos dejará tan pronto..... ¡Es tempranísimo!

—¡No!—replica D. Olegario.—Ya no salgo esta noche: tendré el gusto de pasar toda la velada entre ustedes; pero tengo que avisar al Ministerio.

—Yo iré—interrumpe solícito uno de los consabidos subordinados.

—No. Gracias, pollo. El mismo coche avisará de paso que va á Lara á recoger á mi hermana.

—¡Ya! ¡Ya! ¡Buena nos la ha jugado Serafinita con no honrarnos esta noche!

—Tenía compromiso anterior de comer con las de San Telmo y acompañarlas al teatro á ver esa famosa comedia *Los malhechores del bien*.

—¡Ah, sí!! ¡Preciosa! ¡Magnífica! ¡Una joya!—exclaman varios circunstantes.

Y á este conjuro, cuando menos se pensaba, la tertulia se convierte en parlamento: tercian de una y otra parte apasionadas voces; lleva la bandera radical D. Alejo, hablador de corriente continua y hombre de pocas ideas, pero avanzadas; siguele Alvarito Cruz, literato modernista, con lo cual está dicho todo, incluso las melenas; háceles frente, ardorosa y tenaz, D.^a Lutgarda Ros (una malhechora del bien), y, por último, matizan el debate con notas más delicadas Carola, hija de la anterior, pero menos malhechora....., y D. Gil Mon, llamado por mote *Don Tranquilino*, hombre impasible, sereno, espíritu de contradicción, antipirético permanente de toda fiebre intelectual, abogado instintivo de todas las minorías, neo en el club, libertario en la sacristía. Es como el *radium*: está frío y desprende calor; no se acalora y enciende á los demás.

Oigámosles.

DOÑA LUTGARDA.—Pues ha hecho perfectamente el Sr. Ministro en no ir al teatro con Serafina, que, como tiene buen fondo, se tendrá que confesar luego de haber presenciado tales abominaciones. Personalidades tan elevadas y con tanta responsabilidad moral como el Sr. Ministro, no deben sancionar con su presencia los infames vituperios que allí, á mansalva, se dirigen contra la Religión y sus más fieles soldados. ¡Por supuesto....., que si el padre Pío asomara la cabeza por el teatruchol! ¡Qué recorrido iba á dar al autor, á los comiquillos que representan tamaños sacrilegios y al público, que con sus risas hace el papel de una mayoría disciplinada por el demonio.

CAROLA.—¡Pero mamá! ¿Crees tú que D. Olegario ha venido para escuchar tus sermones?

DOÑA LUTGARDA.—¡Tampoco ha venido para bai-

lar contigo! Y además, me permito creer que su opinión.....

DON ALEJO.—Su opinión será que el autor se ha quedado corto. Aquí el joven literato nos dirá si conoce obra más perfecta.

ALVARITO.—Cualquiera del mismo autor es de arte más puro. Esta es..... una obra de batalla.

DON ALEJO.—¡Pero colosal!.....

DOÑA LUTGARDA.—¡Como Luzbel, que es el más colosal de los demonios! ¡Como un veneno puede ser colosal!.....

DON ALEJO.—Pues yo la pondría de texto en las escuelas.

DOÑA LUTGARDA.—Yo de texto en..... las chimeneas.

CAROLA.—Yo no sé lo que es bueno ni lo que es malo, pero papá y yo nos reímos *la mar*.

ALVARITO.—Eso es lo malo, que se tomen á risa las cosas más amargas. Yo tengo lástima á los que ríen con el *Quijote*, que es la más grande elegía á la muerte de las ilusiones humanas....., y me río..... *la mar*, como decía Carola viendo *Don Juan Tenorio*.

DON TRANQUILINO.—Hombre....., permítame usted.....: cuando yo me pongo anteojos azules, ¿por qué he de tener lástima á los que no ven las cosas del color que yo?

ALVARITO.—Porque se debe tener lástima al que no sabe lo que sabemos ni siente lo que sentimos. Porque el amor es la..... exportación de nuestro espíritu á los demás; y cuando yo, en obra como la que nos ocupa, veo los efectos de esa trata de almas, mi corazón se compunge, se indigna, ¡protesta! de que se violen las conciencias, reglamentando su fe ó abandonándolas á la miseria, y por amor al prójimo, quisiera que todos lloraran conmigo.

DON OLEGARIO.—Á pesar de ser ministro, yo creo que la verdad no está ni en el banco azul ni en la oposición republicana. Seguramente, unos y otros exageran ustedes la importancia maléfica ó bienhechora de una obra cuya belleza integral no puede cifrarse en la intención que se le atribuye. Cervantes gustaba de muchos hermosos libros de Caballerías, pero satirizó los estragos de su lectura. Por eso me permitirá opinar D.^a Lutgarda que Benavente no abomina de los Amadises de la Religión, sino de los Quijotes y Sanchos del fanatismo andante, que con sus locuras y simplezas se hacen daño á sí mismos y á los demás.

DON TRANQUILINO.—Jamás ha pronunciado don Olegario un discurso más discreto. Yo, señores, y permítanme que me destape de una vez, he reído como Carola y he llorado como Alvarito en *Los malhechores del bien*. Lo que no he sentido, ni sentiré jamás, son las furias de D.^a Lutgarda ni las indignaciones de D. Alejo. Pongo sobre mi cabeza *Los malhechores del bien* como una de las obras

más perfectas de nuestro primer dramaturgo, digno de honrar á la nación que más se envanezca de sus plumas. Pero dejo á un lado autor y obra, y pregunto: Si los dogmas dulces y amorosos del Cristianismo sirven de instrumento á muchas industrias, como supone la irreligión de D. Alejo, ¿no podrá decirse lo mismo de obra tan pura, honrada y bella como la de Benavente? ¿No habrá Quijotes que lleven la sátira del autor más lejos de lo que él mismo imaginara?

DON ALEJO.—¡Sí! ¡Yo, que querría verle arrojar el látigo, empuñar la maza y aplastar el hormiguero que une con vínculo siniestro Bancos y sacristías!

DON TRANQUILINO.—¡Pero D. Alejo! ¡Déjeme hablar! Oiga á un espíritu libre del alcoholismo mental que á ustedes y á los jacobinos de la acera de enfrente les perturba. Mire, abandonemos la obra al escarpelo profesional, y veamos la síntesis pavorosa que se desprende de esa intención, fermentada por los sectarios. Yo aprendí lo que sé de unos maestros que, según dicen hoy, eran muy burros: vi aparecer un Larousse que facilitaba el recuerdo de todos los conocimientos, y surgir después el desprecio á cuantos ostentaban la ciencia reconcentrada del Diccionario; me hice socio del Ateneo, creyendo que una Sociedad donde no hay más juegos que los del espíritu, sería inviolable para la opinión, y vi á la sátira cebarse en los jóvenes ateneístas; oí en mis mocedades que la Prensa era la lengua de la libertad, y veo que ha perdido su crédito, sin gratitud para sus conquistas liberales; leí que el Parlamento electivo era la válvula de seguridad de los derechos del pueblo frente á los demás Poderes, y veo que hoy significa una de las mentiras convencionales registradas por Max Nordau; entendí que la Guardia Civil era la única institución que oponía eficazmente su valor y respetabilidad contra los malhechores, y hoy, la funesta tribu á que D. Alejo se afilia, la reputa como una Inquisición, refundida y adaptada á la vida moderna; creí que de los escombros de las ruinas históricas se salvaría la familia, y véola negada, en sus derechos de cohesión y autoridad, por la dramaturgia modernista; tuve á las Hermanas de la Caridad

por ángeles que ilustraban la especie humana, y viene el reporterismo filosófico á decirme que son unas necias que debían casarse; veo que, con razón ó sin ella, la voluntad de los buenos cristianos se traduce en edificios suntuosos que levantan, fieles á ella, sus religiosos, fideicomisarios, y llegan á mis oídos los odiosos expedientes de las fundaciones laicas, raquílicas é inútiles; contemplo la acción oficial distraída por las necesidades que se llaman palpitantes, mientras logran socorro las necesidades del cuerpo y del espíritu en fundaciones de iniciativa privada, y..... vienen los detractores de última hora á llamar malhechores del bien á los que reparten socorros, á los que difunden la cultura, á los que dan abrigo y casa y sustento á cambio de un poco de fe; y veo al que entra en una casa de banca sujetarse al régimen bancario, y al que vive de toda carrera acomodarse á los programas, y sólo es execrable, sólo punible, sólo vergonzoso, recibir un beneficio á cambio de creer en quien, por lo menos, es mucho mayor que todos los directores de Compañías anónimas.

DON ALEJO.—¡Despotrique! ¡Despotrique! ¡Tiene la palabra el sacristán de los Luises!

DON TRANQUILINO.—¡No! Yo pugno por algo más elevado que mi amigo D. Alejo. Oídme, ya que tan benévolos sois, un cuento.

Es el cuento de los niños. Se ha perdido, en medio de la noche, el rapaz aventurero. Anda y anda, camina y camina, y ve á lo lejos una lucecita. Cuanto más anda, más lejos está la luz. Pero sigue con fe la estela luminosa.

¡Id y decidle que aquello no es luz!

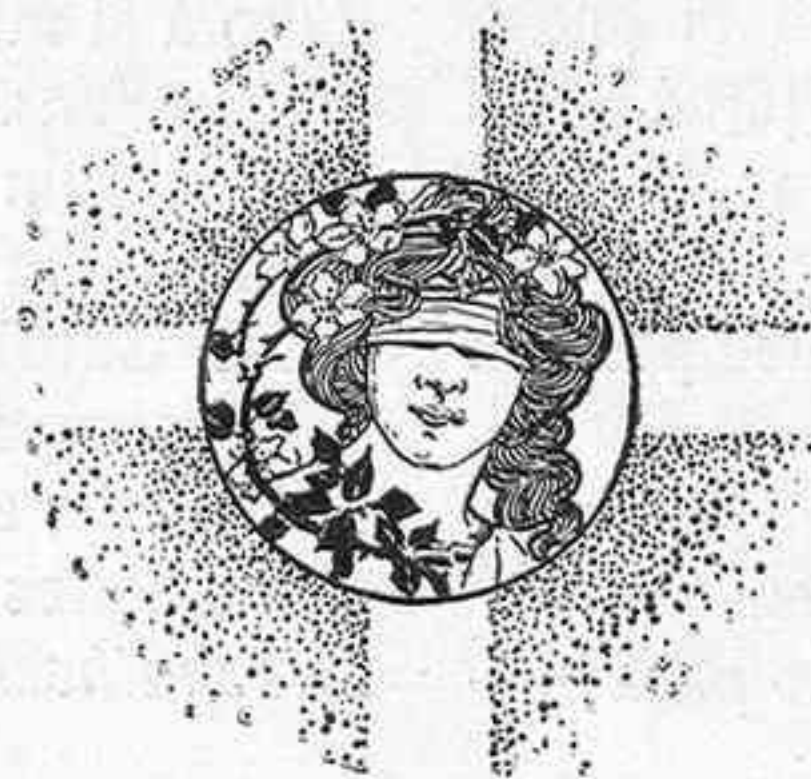
¡Id y decidle que aquel resplandor no es verdad!

¿Qué hará el niño solo, abandonado? ¿Para qué andar, si no es verdad aquella luz que á lo lejos se ve?

¿Para qué la fatiga del cuerpo y del alma, si andando, andando, aquella lucecita no es luz, ni hay bajo de ella un refugio para el hombre?

Pues dejadnos creer, hombres sabios, presuntuosos; no nos dejéis á obscuras en medio del camino. Sigamos andando, andando, con la fe de que allá á lo lejos se ve una lucecita.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.





“¡QUE VIENEN LOS SOLDADOS!” CUADRO
DE LOBRICHON



(Pensamiento de una narración en prosa de Catulle Mendés.)

I
PUCK, el travieso silfo que vive entre claveles,
 —Burlando á las abejas que labran dulces mieles
 Con néctares de lirios, verbenas y rosales,—
 Goloso y atrevido llegó hasta los panales;
 Y cuenta un saltamontés, cronista escrupuloso,
 Que nunca hubo en el parque festín tan delicioso
 Como el que el silfo hambriento gozó cual un bendito
 En los panales rubios saciando su apetito.

Las áureas abejuelas, zumbando de coraje,
 Cayeron sobre el silfo, que, oculto entre el ramaje,
 Quiso evitar la furia de aquellos aguijones,
 Terribles y acerados cual dientes de dragones.
 Lanzóse á grandes brincos por la montaña agreste,
 Y, al verse perseguido por la implacable hueste,
 Solicitó socorro de los alegres nidos,
 De todos los insectos que viven escondidos,
 De todos los rosales que le aman con sus rosas,
 De todas las veloces é inquietas mariposas,

De hormigas y cigarras, de obreras y de artistas;
 Y al encontrar en todos desdeños egoístas,
 Y al convencerse el silfo de que rogaba en vano,
 Abandonó la cumbre por el florido llano,
 Llevando del enjambre la rubinegra estela;
 Puck corre como un loco, pero el enjambre..... ¡vuela!

Salvó con un remojo la paz del arroyuelo,
 Pasó cual rauda flecha rozando el duro suelo,
 Se desgarró en las zarzas, y cuando, al fin, herido,
 Sin fuerzas, sin aliento, maltrecho y abatido,
 Vió un pueblecillo humilde surgir en lontananza,
 Sintióse confortado por mágica esperanza,
 Pues cerca de aquel pueblo, dormido sobre el llano,
 Halló, con su organillo, á un músico gitano.
 Y Puck se entró en la cárcel de los cautivos sonos,
 Y, aunque sufrió arañazos y rudas contusiones,
 Y padeció en la fuga cansancio, angustia y hambre,
 Al contemplarse á salvo del pavoroso enjambre,
 En vez de desahogarse con llantos y con quejas,
 Gritó zumbonamente: —¡Se *chinchán* las abejas!



ALONSO BARRAL

Almanaque de La Ilustración.

II

Cuando pasó la siesta y el músico ambulante
—De aborascadas greñas y pálido semblante—
Llegó á implorar limosnas al pueblo allí cercano,
Prodújose un milagro sublime, soberano:
Del mísero organillo los destemplados sonos
Trocáronse en magníficas y armónicas canciones;
Canciones jubilosas de alondra mañanera,
Trinar de ruiseñores en dulce primavera,
Arrullos amorosos de tórtola bravía,
Quejumbres de curruca que al declinar el día
Eleva sus nostalgias al sol que hunde la frente.....
Y al estallar las notas, vibrando blandamente,
Del fondo de la caja, poblada de rumores,
Se alzaba como un himno de alados trovadores.

¿Quién hizo tal derroche de rítmica dulzura?....
El silfo caprichoso, que, en la prisión oscura
Donde encontró el asilo que su ansiedad buscaba,
Para pasar el rato canciones entonaba.
Y es cosa ya sabida por todos los mortales,
Que guarda olor á rosas quien vive entre rosales,
Y aprende de las aves los cantos escogidos
El que la vida pasa soñando entre los nidos.
Por eso Puck, artista, viviendo solitario,
Abrió en su pecho al Arte bendito relicario,
Y en él fué recogiendo con amoroso anhelo
Cuanto en el mundo vibra con vibración de cielo,
Cuanto es cadencia ó ritmo de luz ó de armonía,
Cuanto es arpegio blando de amor y de alegría,
Cuanto el dolor envuelve tras su plomiza nube,
Cuanto del cielo baja, cuanto á los cielos sube.

El pobre organillero, sintiendo asombro y pasmo,
Lloraba enajenado por férvido entusiasmo;
La gente campesina, aun siendo torpe y ruda,
Por la emoción rendida y embelesada y muda,
Su admiración mostraba, y al pobre organillero
Brindaba con aplausos, elogios y dinero.
Y hasta las jovencitas de virginal semblante
Hallaban guapo y joven al músico ambulante,
Porque rindiendo al Arte sus tiernos corazones,
Amaban al artista creador de las canciones.

III

La Fama voladora batió marchas triunfales,
Llevando por el orbe las glorias musicales
Del ignorado artista, del músico errabundo,
Que consagraron genio los genios de este mundo.

Duquesas orgullosas de altísimo linaje,
Marquesas y condesas rindieron vasallaje
Al mago portentoso, señor de los sonidos
Que guardan los arroyos, los bosques y los nidos.

En vez de los andrajos, ya usaba el gran artista
Encajes, terciopelos, finísima batista,
Diamantes y zafiros, y perlas y topacios.
Y así llevó la Fama su nombre á los palacios
De la princesa pálida—magnolia de tristeza—
Que enferma de nostalgias inclina la cabeza.

La pálida princesa creyó morir de amores
Oyendo del artista los célicos primores;
Y el rey, ante el milagro del arte soberano,
Pasó por llamar yerno al que antes, cual villano,
Famélico y astroso los pueblos recorría,
Buscando en las limosnas el pan de cada día.

Y aun hubo más: tronaron los rayos de la guerra,
Juntáronse las tropas para salvar la tierra
—La patria amenazada por invasor pujante,—
Y entonces, de la caja, rugiendo, palpitante,
Brotó el raudal de un himno, sublime cual trofeo,
Nacido del recuerdo grandioso de Tirteo.
(El buen Puck recordaba clarines y trompetas,
Que antaño fueron gala de fúlgidas retretas.)

Ganaron las legiones espléndida victoria,
Y el músico, escalando las cumbres de la gloria,
En mármoles y bronces su nombre vió esculpido;
El pueblo la corona brindóle conmovido.
¿Que si aceptó el artista? ¡Con prontitud notable!
¡Reinar sobre su suegro no es cosa despreciable!

IV

Cansado y pesaroso del largo cautiverio,
Una mañana hermosa, saliendo del misterio
De la mezquina cárcel, el silfo prodigioso
Miró por todas partes prudente y receloso,
Y, haciendo firme voto de nunca probar mieles,
Aun cuando le ofrecieran riquísimos panales,
Marchóse á sus jardines poblados de claveles,
De nardos y azucenas, de lirios y rosales.

Y el rey, que estaba ansioso de música divina,
Cuando buscó los ecos de blanda sonatina,
Hallóse con chirridos tan ásperos é ingratos
Como gruñir de perros, como mayar de gatos.
Rugió indignado el pueblo; pasada la sorpresa,
Solicitó el divorcio la pálida princesa,

Almanaque de La Ilustración.

—¡Oh, pálida señora de las princesas gualdas!—
Las damas se burlaron altivas é imprudentes,
Y allí donde otro nombre reciben las espaldas,
El suegro dejó al yerno «recuerdos» elocuentes.

V

Tumbado sobre el césped, un músico ambulante
—De aborascadas greñas y pálido semblante—
Suspira sollozando, sublime en su tristeza;
No llora por mirarse sumido en la pobreza,
Ni gime por despecho de la soberbia vana,
Ni siente los desdenes de la crueldad villana,
Que irónica responde con burlas al mendigo,
Y al pobre organillero sin casa y sin abrigo.
Solloza el desdichado, sin encontrar consuelo,
Porque perdió el tesoro que recibió del cielo,

Porque jamás escucha la música serena,
Admiración de todos y alivio de su pena;
Porque es la pobre caja como nidal desierto.....
¡Cual féretro enlutado del dulce ritmo muerto!

.....

Y así, cuando recorro del Arte los caminos
Y encuentro en los senderos dolientes peregrinos
—Artistas admirables con rostros de profetas,
Artistas que alcanzaron laureles de poetas—
Que un tiempo descollaron cual genios triunfadores,
Porque en el alma hubieron dulcísimos amores.....,
Al verlos olvidados, humildes y pequeños,
Perdida la esperanza, sin glorias y sin sueños,
Buscando inútilmente raudales de armonías.....,
¡Yo siento sus tristezas, hermanas de las mías!
Y lloro al contemplarlos objeto de las mofas,
Pues sé que en esas almas, cual cajas musicales,
Se van todos los himnos y mueren las estrofas.....
¡Cuando el amor se aleja volando á los rosales!

M. R. BLANCO-BELMONTE.





“JUGADA DUDOSA” CUADRO DE MARTÍN

(Copyright R. Ichuster-Berlin.)

EL HECHICERO HECHIZADO

Los melancólicos son fronterizos naturales de los locos, y se entran fácilmente en el campo sombrío de la demencia.

Parece que la risa, eco de las armonías interiores, del equilibrio fisiológico y mental, defiende de la locura.

¿Cómo, pues, pudo volverse loco aquel Fernandito Venegas, tan alegre y burlón, que cuando estaba solo se ponía delante del espejo para burlarse de sí mismo?

Fernando era el *señorito* de su pueblo. Ya se sabe quién y lo que es ese señorito. Uno cualquiera de las familias principales, joven, no feo, que ha residido algún tiempo en la capital de su provincia ó en Madrid, estudiando, y ha vuelto, acabados sus estudios, y las más veces sin acabarlos; que se ha traído de allá las malas costumbres, las elegancias relativas, los modales algo refinados, las modas algo achabacnadas y, en fin, las ínfulas, presunciones y aire de superioridad desdeñosa que le hacen mirar á su pueblo natal como un señorío suyo, y como á vasallos á los habitantes, altos y bajos, del lugar, porque no han tenido la suerte de salir de él y ver el mundo por un agujero.

Son también hazañeros en su corral y fingidores de hazañas que nunca acometieron en el corral ajeno.

Son también solteros, porque no encuentran mujer digna de su mano, aunque suelen darla, al fin de los años y las aventuras, á alguna perdularia corrida y molida en la capital.

Tal es el patrón común de la especie, y por él se saca y queda cortado el tipo individual de nuestro Fernandito.



Llevábase los ojos de las buenas mozas, la envidia de los buenos mozos, la admiración de los papanatas lugareños, que le oían como un oráculo, y el cariño de parientes y amigos, por la sana índole de su corazón. Tenía solamente un defecto, que á muchos parecía gracia: gustaba de divertirse á costa de las pobres gentes del pueblo; falta muy propia de quienes, suponiéndose superiores, carecen de la continencia benévola que da la educación.

Los campesinos andaban ya enojados con las burlas, tanto por envidia como por el ingénito rencor con que veían el abuso de la posición y de la cultura.

Contábales patrañas estupendas. Utilizaba los inventos novísimos, las maquinitas de fotografía instantánea, el fonógrafo, las linternas eléctricas y otros juguetes de la física recreativa, y con ellos proyectaba figuras fantásticas en la obscuridad, hacía oír voces conocidas y ejecutaba otros prodigios, con los cuales se las daba de brujo.

Y, realmente, esos descubrimientos debían de parecer brujerías á aquellos embaucados campesinos, vestigios de la vida antigua, llena de ignorancias y de supersticiones. Achaque funesto de la incultura, crédula ante el engaño, é incrédula ante las verdades del progreso.

En cierta ocasión, Fernandito inventó el aparato de la invisibilidad.

—Con estas fajas—les decía—lograréis las felicidades prohibidas. Entraréis de día ó de noche en la casa de vuestra amada, ó la acompañaréis por las calles sin ser vistos de los padres ni de los maridos. Estaréis presentes en las conversaciones que

os interesen, y sabréis quiénes son los amigos y los enemigos, y de éstos os vengaréis sin que os vean la mano que les daña. Las mujeres celosas sabrán lo que sus maridos hablan con la rival. Los mozos, lo que su novia hace con el vecino. Y hasta los chicos hurtarán las frutas delante del amo del huerto, como si se las llevara un viento misterioso.

La codicia y los malos deseos sintieron pronto el estímulo de la invisibilidad, y varios convecinos pidieron á Fernando las fajitas mágicas.

—Tomadlas por señal de lo que os quiero. Y habréis de llevarlas encima de la ropa, donde se vean, pues sólo viéndolas, los demás pierden la vista.

La sencillez rústica suele ir acompañada de la suspicacia. Y fueron tan maliciosos los rústicos, que por recelo del engaño experimentaron la invención en la hacienda y en la persona del propio Fernando. El cual veía bien al muchacho que una tarde le quitaba las mejores uvas de la parra. Y veía bien al otro chicuelo que le hacía muecas y burlas. Y veía bien al mozo que le robaba la cebada de las trojes y la gallina del corral. Pero lo miraba aguantado por no desacreditar su faja, esperando que pronto le vengarían de la burla, que contra él se volvía. Así sucedió, en efecto. Y los chicos y los grandes, apaleados en la prueba cuando la hicieron en otros propietarios, determinaron desquitarse.

—Señorito—le dijeron,—lo del misterio es tan cierto como la luz.

—¿Habéis probado, eh?

—¡Ya lo creo! y..... nada, todos ciegos. Hasta usted mismo cegato.

—¿Yo? Bien hecho: al maestro, cuchillada.

Y Fernando se reía por dentro.

—Usted sabe que el tío Diego defiende sus peras como un lobo. Pues me las he comido delante de él.

—¿Qué?

—Lo que oye el señorito.

—Usted sabe que mi mujer no me da un cuarto ni para fumar. Pues le he quitado de las manos diez pesetas, y nada.

—¿Cómo?

—Como lo oye usted.

—Y yo le he montado al tío Juan, el arriero, su burro tordo, y lo he paseado toda la tarde. Y por cierto que el burro se ha hecho también invisible, sin duda por llevarme encima, por-

que está ya en la cuadra, y el tío Juan anda desalado buscándolo por las posadas.

—¿Ve usted, señorito? Hasta al burro se le pegó el milagro. No hay que jugar con las brujerías, que el diablo las carga—dijo un labriego ladino.

Fernando quedó serio y preocupado. Empezaba á sentir cierta superstición; al fin, procedía de la masa de aquellos lugareños. Cuando, después de comer, Fernando salió á pasear las calles, hábito común en mozos desocupados, observó que nadie se apartaba para dejarle paso, según costumbre, por el respeto que con él se usaba.

Llegóse á un corrillo, donde se continuó hablando sin saludarle como si no fuera visto.

—Al tal Fernandito le voy á poner las peras á cuarto—decía uno del corrillo,—porque el tunante de Pepillo, el aperador, va jactándose de que, con la virtud de la fajita, entra en mi casa y habla con mi hija en mis propias barbas, cuando todo el mundo sabe que se lo tengo prohibido.

—Dificilillo será ponerle las peras á cuarto, porque no se le ve desde que lleva la dichosa faja.

Fernando extrañó las amenazas y la llaneza de llamarle Fernandito á secas, cosas ambas á que nadie osaría en su presencia. Y temió de verdad que no le vieran los que así hablaban. Para probarlos, se guardó la faja, y se presentó nuevamente á ellos sin el mágico preservativo. Y, en efecto, aquéllos, bien aleccionados, y entendiendo su papel, trocaron en humildad sus amenazas, y en saludos reverentes sus descortesías. Fué tanto su asombro, y entró en tales cuidados y temores, que resolvió hacer otros experimentos decisivos

Fué el primero el de introducirse al mediodía en casa del lugareño que le amenazó en el corrillo. Sin decir palabra cargó con varios objetos que estaban á la vista, saliéndose con ellos á la calle. El lugareño, allí presente, dejóselos llevar como si no lo viera, porque era de los conjurados para la burla. El asombro de Fernando llegaba ya á miedo de sí mismo. No se le iba de la memoria, como si fuese una maldición, aquello de no jugar con las brujerías, porque el diablo las carga. Y Fernando durmió desasosegado.

Á la tarde siguiente halló



á tiro á una buena moza á quien él perseguía, y sin preámbulos se acercó á ella y le plantó dos besos en la cara. La moza, que no deseaba otra suerte que el amor del señorito, se estuvo quieta y sin chistar, porque el pudor le mandaba no darse por enterada de los besos.

Y Fernando creyó que estaba realmente embrujado.

Acabó de persuadirse la aventura de la hermosa modelo del pintor, llegado por aquellos días para estudiar un cuadro de historia que á la del pueblo se refería. Cuidábase la modelo de su honestidad externa tanto como se cuida de su desnudez la Venus expuesta en un museo. Cumplía con un deber profesional, y para ella el desnudo era un vestido hecho con los velos del arte.

Fernando ignoraba todo esto, porque con la preocupación de su embrujamiento sobrenatural, no atendía á las cosas del mundo.

Sucedió, pues, que el amo de la casa adonde el pintor se alojaba, preparó á Fernando una emboscada, llevándole á lugar donde viera trabajar á la modelo. Presenció cómo la bella mujer se despojaba de la ropa exterior, y luego de la interior, hasta quedar en Venus de museo.

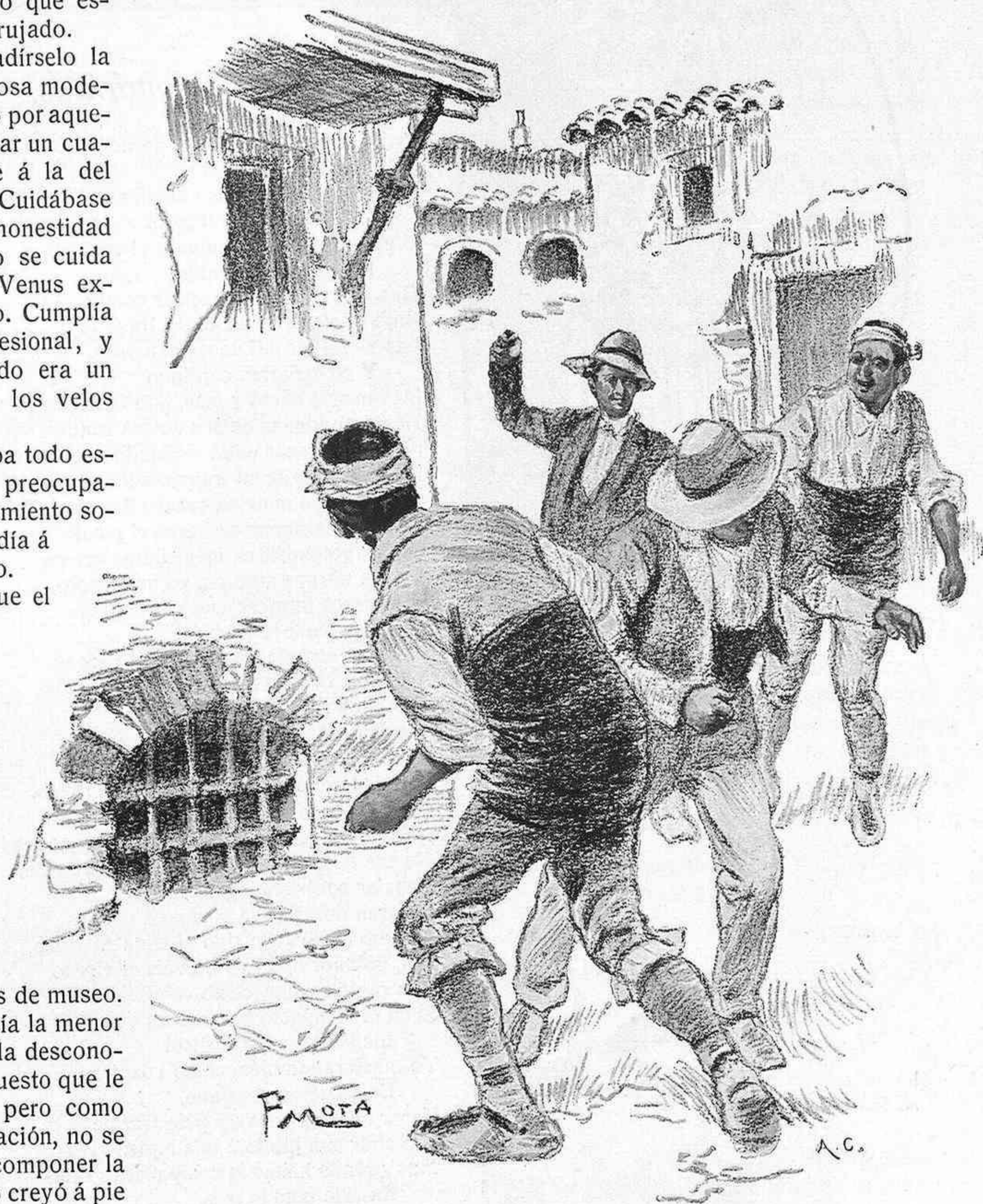
Fernando no tenía la menor duda de que aquella desconocida podía verle, puesto que le miraba fijamente; pero como ella, fiel á su obligación, no se movía por no descomponer la posición, Fernando creyó á pie juntillas que estaba siendo invisible.

El pobre huyó de allí aterrado. Y como le vieran pasar por la plaza los implacables conjurados, dijéronse, como si no advirtiesen su presencia:

- Oye, ¿se ha ido del pueblo Fernandito?
- ¿Por qué lo dices?
- Porque nadie le ve ha ocho días.

— ¡Quién sabe dónde está, ni cuándo pasa á nuestro lado! ¡La faja! ¡La faja!

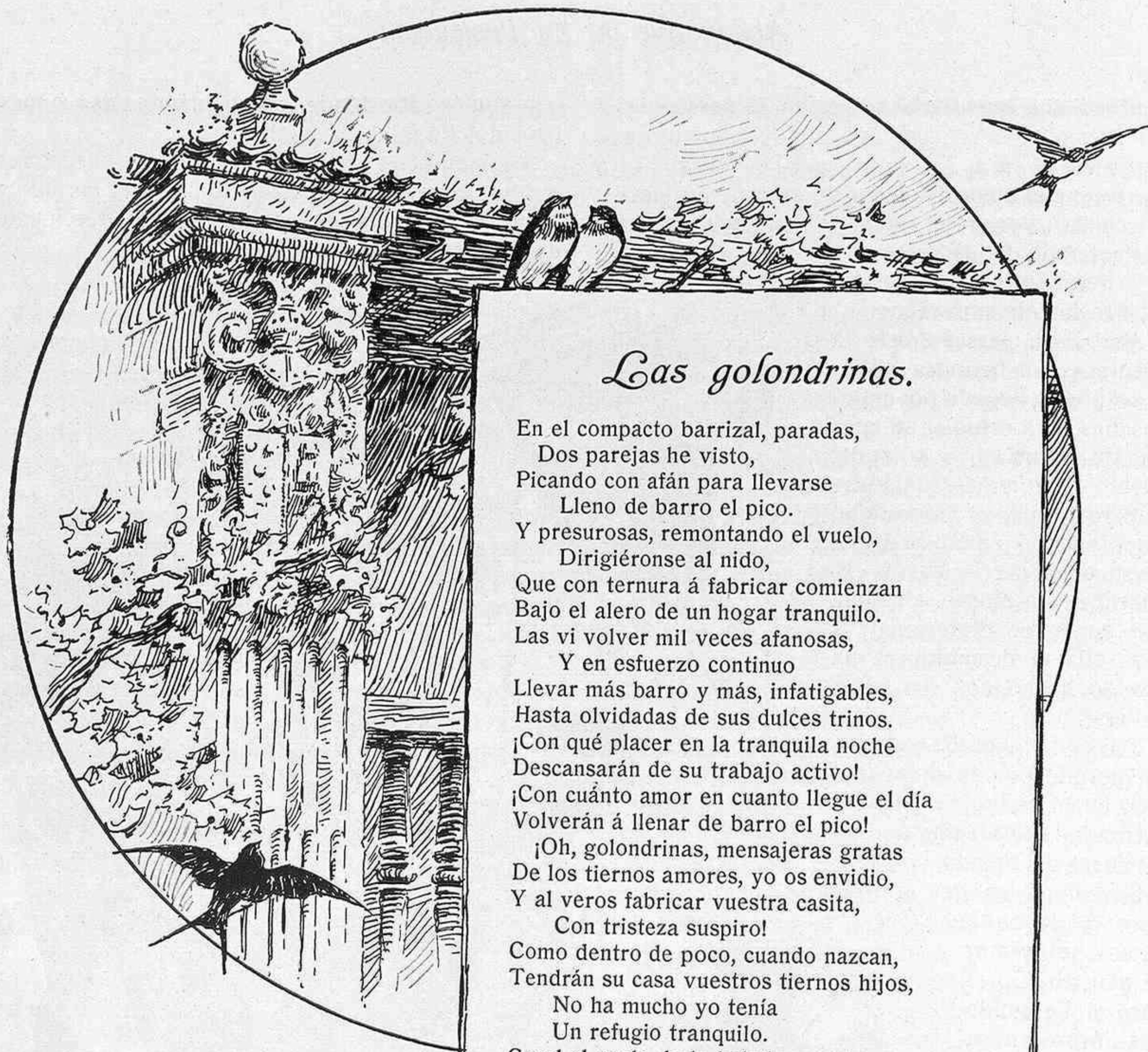
Arremetió con grandes alaridos á los burladores, quienes huyeron de él como se huye de un loco, y no porque temieran á sus puños. Y, efectivamente, desde entonces no se le volvió á ver.



Salió del pueblo, pero ¡qué dolor de mozo tan alegre! salió atado con la misma faja de sus brujerías. Iba á una casa de orates.

La sugestión del embuste lo convierte á veces en verdad.

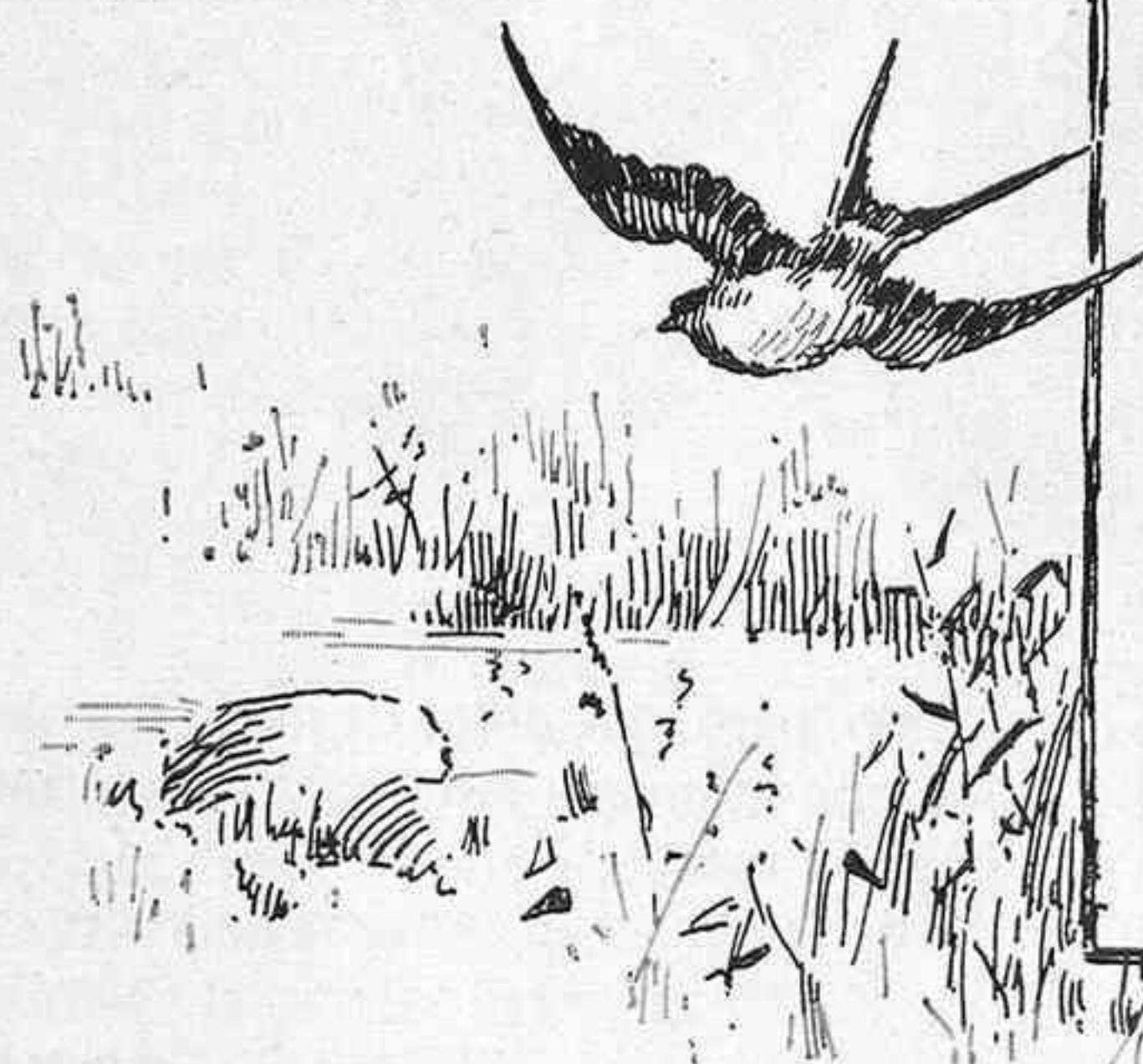
EUGENIO SELLÉS.



Las golondrinas.

En el compacto barrizal, paradas,
Dos parejas he visto,
Picando con afán para llevarse
Lleno de barro el pico.
Y presurosas, remontando el vuelo,
Dirigiéronse al nido,
Que con ternura á fabricar comienzan
Bajo el alero de un hogar tranquilo.
Las vi volver mil veces afanosas,
Y en esfuerzo continuo
Llevar más barro y más, infatigables,
Hasta olvidadas de sus dulces trinos.
¡Con qué placer en la tranquila noche
Descansarán de su trabajo activo!
¡Con cuánto amor en cuanto llegue el día
Volverán á llenar de barro el pico!
¡Oh, golondrinas, mensajeras gratas
De los tiernos amores, yo os envidio,
Y al veros fabricar vuestra casita,
Con tristeza suspiro!
Como dentro de poco, cuando nazcan,
Tendrán su casa vuestros tiernos hijos,
No ha mucho yo tenía
Un refugio tranquilo.
Cruel el soplo de la helada muerte,
Sin piedad de este mundo lo ha barrido.
¡Mi poético albergue ya no existe!
¡¡¡Ya no hay nada en el mundo que sea mío!!!
No me queda ya más que, como el bardo,
Exhalar contristado y dolorido
Mi gran dolor en la tranquila noche,
Sin que lo escuche sino el Dios Altísimo.
¡Oh, golondrinas, que cruzáis el viento
Con rápido volar, cómo os envidio
Si en el compacto barrizal os veo
Llenando vuestro pico!
Yo quisiera también, como vosotras,
En esfuerzo continuo,
Hacer mi casa nueva y prepararme
Á recibir con júbilo á mis hijos.
Mas ¿dónde hallar la compañera grata?
En este mundo mío,
Rara es la golondrina que de barro
Quiere tener el nido.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



Un perro ajusticiado

y un corregidor "perricida"

I

EN vetustísimos cronicones y antiquísimas referencias han quedado memorias de extraños procesos, seguidos con ocasión de «delitos horrendos» cometidos por algunos «irracionales», que fueron juzgados, sentenciados y castigados, ni más ni menos que si hubieran sido personas culpables ó delincuentes humanos, sufriendo algunos, por sus probadas «fechorías», la última pena, ejecutada por mano del verdugo.

En el tomo VIII de las *Memorias de la Sociedad de Anticuarios*, de Francia, hay una de Mr. Berriat Saint-Prix, y en ella una larguísima lista, por orden cronológico, de las «sentencias pronunciadas contra diversos animales» desde 1120 hasta 1741.

Menciónanse en dicha lista noventa y tres casos, y en ellos figuran como «criminales procesados» orugas y caracoles, gusanos y sanguijuelas, langostas y gorgojos, topes y ratas, tejones y moscas, caballos y burros, toros, vacas y bueyes, cabras y carneros, puercos, con perdón sea dicho, «de ambos sexos», perros, gallos y..... tórtolas.

Aunque parezca absurdo é inverosímil á los que tienen á la tórtola por símbolo de la bondad, de la candidez, del afecto puro y de la extremada inocencia, á fines del siglo XVII fueron procesadas unas tórtolas en el Canadá, aunque no se diga en aquella relación por qué tremendo crimen.

Un solo caso se cita en esa lista, correspondiente á España: el de unos ratones procesados en el siglo XVI: Mr. Berriat pudo ampliarla con un nuevo caso, ocurrido en España en el siglo XVIII, con posterioridad al año de 1741, último á que se refiere.

El reo fué un desdichado perro, públicamente ajusticiado en esta coronada villa «del Oso y del Madroño».

II

Desde que las fiestas de toros se celebraron en Madrid como espectáculos públicos de pago, en locales adecuados, se construyeron diferentes plazas de madera en diversos sitios, siempre bajo la inspección y régimen del Ayuntamiento, que constantemente defendió y mantuvo su jurisdicción exclusiva en cuanto se refería á las funciones tauri-

nas, cuyos productos eran principalmente destinados al socorro de los hospitales.

En 1737, la plaza de madera construída en el Soto de Luzón, que iba á ser desbaratada, se sostuvo algún tiempo más por petición del Tesorero de los Reales hospitales, que expuso la extrema necesidad de éstos y la conveniencia de buscar algún alivio, haciendo en aquélla dos fiestas de toros, á cuya instancia condescendió el Obispo de Málaga, Presidente de Castilla, ordenando á los dueños de la madera que aplazaran el derribo hasta que las dos corridas se verificasen.

En 1743, otra plaza de madera, levantada en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, fué también desbaratada; pero la destrucción de ésta fué motivada por el propósito de construir en su lugar una de fábrica con la solidez, capacidad y buen aspecto convenientes, que á mediados de 1749 quedó concluída y ha permanecido hasta fines del siglo pasado, en que se edificó en sitio algo más alejado la que hoy existe.

La orden Real autorizando la inauguración de la nueva plaza, es documento inédito y curioso, que bien vale por ello la pena de ser reproducido.

«El Rey ha concedido licencia para que se ejecute la primer fiesta de toros en la plaza construída de su R. O. á la salida de la Puerta de Alcalá, para que sirva su producto á la dotacion y alivio de los pobres del Hospital General, el jueves 3 del próximo mes de Julio, y debiendo V. S. presidir y mandar esta fiesta, acompañado de los regidores de esa Villa, manda S. M. que V. S. dé las disposiciones correspondientes á la quietud y precaucion de todo cuanto pueda oponerse á ella, y que, no obstante hallarse bien informado de la seguridad de la plaza, la haga V. S. reconocer, avisándome de todo para hacerlo presente á S. M.

»Dios guarde á V. S. muchos años, como deseo.
—Aranjuez, á 23 de Junio de 1749.

»El Marqués de la Ensenada.

»Sr. Marqués del Rafal (Corregidor de Madrid).»

III

En esa nueva plaza ocurrió algunos años después, y á lo que parece en fiesta solemne, porque á ella concurrían, al decir de noticias de la época, embajadores y personajes importantes, el suceso verdaderamente extraño, peregrino y sensacional del proceso sumarísimo de un perro, condenado á muerte por el Sr. Corregidor de la villa y ahorcado, *coram populo*, en medio de la plaza, por el propio ejecutor de la Justicia.

No he logrado encontrar hasta ahora relación del suceso que permita conocer todos sus pormenores; pero como recuerdo de él han quedado numerosos versos con que, ya la musa popular, ya ingenios más cultos, que prudentemente guardaron el incógnito, censuraron la estrafalaria crueldad del Corregidor «perricida».

El título que sirve de encabezamiento á aquellas satíricas composiciones, indica desde luego la más arbitraria y despótica injusticia.

«*Varias poesías hechas á D. Francisco de Luján, Corregidor de Madrid, con motivo de haber mandado ahorcar un perro, en una fiesta de toros, porque lo soltó su amo sin su licencia.—2 de Septiembre de 1766*» (1).

Que los «excesos» de los perros los paguen los amos parece cosa más justificada, y aun es costumbre sancionada por ordenanzas y reglamentos de policía; pero que la desobediencia del dueño á las órdenes del Corregidor la pagara, no menos que con la vida y á manos del verdugo, el inocente can, lo que justifica hasta cierto punto es la virulencia de los poetas satíricos, que llegaron al extremo de lanzar contra el Corregidor versos como los siguientes:

«Juez de conducta severa,
juez de bosques y de cerros,
juez de entremés, ahorcaperros,
juez de abastos y..... *etcetera*.
Si no fueras calavera,
dejaras los inocentes
y castigaras las gentes
que al público están robando,
protegidas de tu mando,
de que hay pruebas evidentes.»

Apasionamiento extremado é innegable hubo en estas diatribas poéticas, porque sabido es que el señor Luján, durante los años de su corregimiento, hizo algunas importantes mejoras en los servicios municipales, particularmente en cuanto á higiene y abastecimiento de la población, logrando que se abaratasen algunos artículos de primera necesidad.

Pero ¡que si quieres! La malhadada ocurrencia de hacer ajusticiar al perro hizo que se olvidaran todos sus merecimientos, y hubo poeta que dijo, refiriendo la escena lamentable:

«Mandó que desde el tablado
bajen al perro; en rigor
y en la plaza fué ahorcado.
¡Lo primero que *ha bajado*
desde que es Corregidor!»

(1) En esta fecha hay error indudable, porque el Corregidor de Madrid D. Juan Francisco de Luján y Arce falleció en la mañana del 8 de Julio de 1765.

IV

Con forma más culta, aunque con intención no menos malévolá, escribió otro anónimo satírico el siguiente soneto, en que «despidense los perros del oficio»:

«Señor Corregidor, desde que ha habido fiestas de toros en la insigne España hubo perros de presa, cuya saña sujetó de los toros lo atrevido.

Hasta aquí, entre nosotros se ha tenido por ejercicio noble aquesta hazaña; pero ya el ejemplar nos desengaña que es oficio muy ruin, muy abatido.

Antes era el valiente muy honrado; mas pues ya es el valor abatimiento, el oficio, Señor, hemos dejado.

El ejemplo nos sirve de escarmiento, y pues ningún borrico ha muerto ahorcado, más vale ser, Señor, Luján jumento.»

La última coma, puesta antes del apellido como inadvertidamente, con indudable malicia, da á la frase el mismo sentido que, con menos retórica y más descaro, tenía una copleja que en Madrid, por aquellos días, oíase cantar á todas horas y por todas partes:

«Bueno Madrid estás,
con un perro menos
y un burro más.»

«Pilatos de los perros», «Corregidor de presa», «Juez de las perrerías», «Mataperros y pelagatos», fueron los más dulces piropos y las más suaves lindezas que dirigieron los indignados «perrófilos» á aquella autoridad «perricida», después de la estrepitosa silba que el público le propinó en la Plaza de Toros, á juzgar por lo referido en la siguiente décima:

«Arrestan por su mandato
al perro que está inocente,
y si antes fué muy valiente,
ahora fué muy «arrestado»:
murió por fin ahorcado;
sin que puedan resistillo,
silban todos, y al oílo
se envanece á su desman.
¡Lástima es se llame Juan
semejante *Dominguillo!*»

V

La presencia del verdugo en la Plaza de Toros para realizar con tanta prontitud la ejecución perruna, podrá parecer extraña á los que no conocen las costumbres de la época.

Sánchez de Neira, en la introducción á su *Gran Diccionario taurómico*, dice: «Una vez hecho el despejo, echando del redondel á la calle á los curiosos, á quienes sin traba alguna se había permitido la entrada, y cerradas todas las puertas, se leía el bando por el pregonero, que, coreado siempre por espantosa silba, se retiraba al cuarto para él destinado, junto al toril, en donde estaba el verdugo prevenido de borricos para ejecutar la sentencia en el acto, á presencia de los espectadores, en la misma Plaza, «si hubiere—dice un autor de la época—» quien fuese tan imprudente que quebrantase alguno de los preceptos que se imponen».

Por fortuna, el verdugo permanecía ocioso, á pesar de las frecuentes infracciones de los tremebundos y silbados bandos.

Pero si en aquel caso el ejecutor de la Justicia hubiera cumplido su repulsiva y respetable misión no ahorcando al inocente perro, sino azotando, montado en uno de sus borricos, al culpable dueño que lo había soltado sin licencia del Corregidor, ¿hubiera producido el suceso impresión tan profunda é indignación tan unánime?

Posible es que no, y aun probable que el espectáculo hubiera regocijado á muchos de los concurrentes.

Y no pocos de los que entonces exclamaban, censurando al Corregidor: «¡Vaya una *hombrada* que ha hecho con un perro!», puede que no dijeran después de ver azotado al dueño: «¡Vaya una *perrería* que ha hecho con un hombre!»

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

ÁUREA MEDIÓCRITAS

Me dicen la experiencia y el espejo
Que me resigne á ser hombre maduro;
Y yo, que soy prudente, y que procuro
Seguir de los amigos el consejo,
Sin ansiar, como el joven, lo futuro,
Ni alabar lo pasado, como el viejo,
Lo imaginario y lo ilusorio dejo
Por lo real, lo presente y lo seguro.

No cuento el tiempo ya cual lo contaba,
Cuando, ansioso, febril, loco y convulso,
Al tic-tac del reloj se adelantaba
El tic-tac de mi pulso.
Ya, á intervalos iguales repetidas,
Resuenan, ni anheladas ni temidas,
Sus campanadas graves y sonoras,
Que el golpe no retardan ni aceleran;
Ya no son como eran
Siglos ó instantes para mí las horas;
Pues como los cuidados no me apuran,
Ni el buen humor ni la paciencia pierdo,
Lo que deben durar es lo que duran:
Mi pulso y mi reloj marchan de acuerdo.

Sé que andar por el mundo es mi destino,
Y mi destino acepto resignado;
Si al marchar, con acento destemplado
Entono las canciones que imagino,
Es porque la experiencia me ha enseñado
Que el que va de su voz acompañado
No siente la fatiga del camino.

Y como sé que el monte y la llanura
Distan igual de la infinita altura,
Por subir á la cumbre no me afano,
Ni intento remontarme á las estrellas.....
Mas, cuando cruzo sin cansarme el llano,
Cojo las flores, que también son bellas,
Y que están al alcance de mi mano.

Y como con mi suerte me contento,
Y sentarme en un trono no ambiciono,
Cuando en el poyo del hogar me siento,
El poyo del hogar convierto en trono.

MANUEL DE SANDOVAL.



La opinión pública.

I
EN el casino, mísero local ocupado por cuatro mesas desvencijadas de tresillo y una de billar, sobre cuyo paño verdoso y remendado rodaban fragorosamente las bolas, comentaban los notables de Villasombril la inesperada marcha á la Corte de don Primitivo Corneja, secretario del Ayuntamiento.

Ninguno atinaba con la razón que pudo impulsar á su contertulio á realizar tal viaje: en aquel pugilato, propio de comadres, cada cual aventuraba las hipótesis más absurdas para explicarlo.

Languidecía la discusión cuando acertó á entrar en la sala de juego D. Romualdo, alcalde y cacique máximo de Villasombril.

Anunció que venía de la estación de despedir al pobre Primitivo, su amigo del alma.

El más acuciado por el deseo de curiosar vidas ajenas le preguntó:

—¿Y se sabe á qué bueno va á los Madriles el secretario?....

Otro de los contertulios, que se las daba de ser un Demóstenes, agregó:

—¡Por Dios, D. Romualdo, sáquenos usted de la horrorosa incertidumbre en que nos ha puesto la huída del insigne y metódico señor de la Corneja! Aquí todos hemos echado ya nuestro cuarto á espaldas en el asunto, y de nada nos ha servido, porque ahora estamos como al principio de nuestra información: en la ignorancia más absoluta acerca del motivo, causa ó razón á la que es debido viaje tan sorprendente. Usted que es íntimo del señor de la Corneja y superior jerárquico suyo, debe saber, es decir, sabe usted seguramente el porqué abandona nuestro amigo las dulzuras del hogar, si frío por ser el de un solterón, comfortable por tratarse de un sibarita tan acreditado como D. Primitivo, que nunca ha hecho viajes que duren arriba de una hora, y eso á lomos de *Careto*, el bruto más pacífico y noblote del valle entero.... ¡Ah, señores! No debe ser cosa baladí la que mueve á nuestro hombre á hacer tal sacrificio en la época navideña y á salirse, como vulgarmente se dice, de sus casillas al cabo de tres lustros mal contados que hace que vino á nuestro pueblo.

El alcalde replicó, con la cara y el acento de quien no quiere confesar su ignorancia y se siente mortificado en su amor propio:

—Me ponen ustedes en un grave aprieto, señores, porque si les aseguro que ignoro el porqué del viaje de Primitivo, no han de creérmelo....

—¡Naturalmente!— interrumpieron varias voces.

—Y, sin embargo, ahora, al despedirme de él en la estación, me ha dicho que un asunto particular suyo reclama su presencia en Madrid; eso es todo lo que sé y puedo decirles.

—El tiempo, señores— doctoreó el Demóstenes rural,— es el encargado de aclarar estos pequeños misterios que son la salsa de la vida lugareña.... Sintamos vernos privados, siquiera sea accidentalmente, de la compañía de D. Primitivo.... Es un grande amigo nuestro.... y un compañero insustituible de tresillo....

II

Don Romualdo recibió la siguiente carta de don Primitivo diez días después de su marcha:

«Madrid, 21 de Diciembre de 19....»

»Sr. D. Romualdo Gandarilla.

»Entrañable amigo: Ya que de palabra no me atreví, quiero ahora por escrito contarle la causa de mi viaje á esta coronada villa.

»¡Me caso!.... He aquí mi gran secreto, que le suplico guarde hasta que se haga pública en Villasombril mi determinación.

»Mi futura es Carmen, la hija de D. Emeterio el del Palacio: ese señor cuyo rostro parece arrancado de una tabla del Greco y cuyo espíritu es el mismo que animaba á los caballeros que inmortalizó con sus pinceles tan insigne artista.

»Conocidos los novios, presumirá V. fundadamente que no es una pasión volcánica la que dispone este enlace, sino honda simpatía y deseo legítimo de recorrer la última etapa del camino en la amable compañía de una mujer que con cariñosa solicitud endulza el amargor de una vejez que, de otro modo, se trocaría en helado y tenebroso crepúsculo.

»Mi estancia en la Corte resulta ser la de un galán deseoso de complacer á su futura, que se dispone á vaciar alegremente sus bolsillos en las tiendas, adquiriendo el *trousseau* y los clásicos regalos que han de hacerse en parecidas circunstancias.

»Descargada con esta confesión la conciencia de lo que en ella pesaba, con pesadumbre de remordimiento, he de pasar á contarle ahora una novela que la diosa casualidad se ha servido escribir á mi costa en los contados días en que paseo mi estampa de lugareño por este Madrid, que no es—achaque de viejos—el mismo Madrid de mis buenos tiempos de estudiante: en quince años que hace falta yo de la Corte, han sido prodigiosas las transformaciones que en ella he podido señalar.

»Ya sabe V., querido amigo, que yo soy en todo tradicionalista; así es que, por rendir culto á lo pa-

Almanaque de La Ilustración.

sado, dí con mis huesos y con mi maleta en la casa de huéspedes que me sirvió de refugio en mi época estudiantil durante ocho años seguidos y posteriormente en varias ocasiones.

»Con muestras efusivas de alegría me recibió la buena señora, y después de disponerme la mejor habitación de la casa, aquella que reservaba para los señores de viso, me contó sinnúmero de aven-



»Hallé á la patrona, mi inolvidable D.^a Paz, como era natural que la hallase, envejecida y achacosa, y experimenté sorpresa indecible al ver á su hija Mari Cruz, la pitusa que yo dejé andando á gatas, transformada en una hermosísima y encantadora joven.

turas que le habían sobrevenido en los quince últimos años, y entre las cuales hay que registrar como las más dolorosas la pérdida de su esposo y la afección cardíaca que se ha apoderado de la infeliz señora.

»El pasado jueves había dado ya fin á todos los encargos nupciales, y disponíame en las primeras horas de la mañana del viernes á preparar la maleta para mi regreso, cuando entró en mi cuarto Mari Cruz, sorprendiéndome súbito con el aspecto trágico de su cara y el acento de dolor con que me dijo:

»—¡Haga usted el favor de venir, D. Primitivo!.... Mi madre se muere.....

»Azorado al escuchar tan impensada y lúgubre noticia, seguí en silencio á la joven, que me llevó á una alcoba en la cual, y tendida en una cama, veíase á D.^a Paz, presa de un síncope que á mí me pareció mortal por la palidez de cera del rostro, lo hundido de los ojos y la absoluta inmovilidad de todo el cuerpo. Rodeaban la cama hasta unas cinco personas, los huéspedes, que, con cara de circunstancias, miraban á su pupilera y cambiaban entre sí discretamente sus impresiones.

»Llegó el médico, inspeccionó escrupulosamente á la enferma, y al salir al pasillo me acerqué para preguntarle en voz baja:

»—¿Cómo la encuentra usted, doctor?....

»Miró receloso en derredor suyo, y susurró á mi oído:

»—Sólo Dios puede hacer un milagro..... No llegará á la noche.

»El doctor, amigo D. Romualdo, acertó desgraciadamente. Doña Paz entró en el período agónico, y en un momento de inolvidable y espantosa lucidez, me llamó á la cabecera de su lecho para pedirme en nombre de Dios que no abandonase á su hija, á su Mari Cruz, que, sin parientes y falta de una de esas amistades que algunas veces suelen sustituir al afecto de la familia, quedaba á merced del mundo á los diez y seis años, la edad más peligrosa para las mujeres privadas del amor de una madre; la fortaleza invencible; el amparo infinito.

Usted ya me conoce, D. Romualdo; no soy sensible ni gusto de extremar estas notas lúgubres que, con abrumadora frecuencia, resuenan en el concierto de la vida; juré á la moribunda amparar á Mari Cruz; al hacer este juramento, mis ojos los nublaban las lágrimas.

»Y hete aquí á un lugareño que hace un viaje de placer para encargarse de la canastilla de boda, y ve que cae sobre ésta, como llovida del cielo, una linda muchacha de diez y seis años.

»Para evitar hablillas, siempre molestas, le encarezco á V. el silencio acerca de esta aventura, que no me atrevo á juzgar de malandanza. Dentro de tres días tendrá el gusto de estrechar su mano y de presentarle á Mari Cruz, su amigo, que le quiere, —*Primitivo Corneja.*»

III

Don Eleuterio, hidalgo de los de la rancia cepa montañesa, que no poseía, amén de unos cuantos prados y maizales, y un caballo viejo y destartado, cosa que más valiese que la casa solariega de gran portalada y enorme escudo, que pregonaba en la piedra la ilustre prosapia de sus ascendientes, sintióse mortalmente ofendido en su dignidad al oír de labios de su futuro yerno la loable historia de la protección de Mari Cruz, historia que calificó de cuento burdo, negándose á autorizar el concertado enlace con su hija.

La hija de tal padre, los notables del casino y el pueblo entero, diéronse maliciosamente por enterados de la causa que motivó el viaje del bueno del secretario. Resultaba más claro que la luz del día que le llevó á la Corte el invencible remordimiento de algún mal paso dado en sus años juveniles. Y todos, al ver á Mari Cruz, afirmaron que se parecía á D. Primitivo como puede parecerse una gota de agua á otra.

Y aunque D. Romualdo intervino con toda su autoridad y todo su prestigio, no pudo llevar al ánimo de sus conciudadanos el convencimiento de que la presencia de la joven en Villasombril obedecía á un hermoso rasgo sentimental de su amigo; enseñó la carta de éste á los principales interesados en que se desvaneciese la calumniosa sospecha, y todos, después de leer el manuscrito, se lo devolvían con mortificadora é irónica sonrisa: aquel era un ardid inocente que sólo acusaba exceso de imaginación. Don Primitivo vióse obligado á representar el poco airoso papel del novio compuesto y sin novia.

Andando el tiempo, celebróse la boda de Mari Cruz con un indiano que retornaba á su aldea joven aún y con muchos miles de pesos; las ricas preseas que debieron servir á D. Primitivo para su enlace con la hija del hidalgo, las lució Mari Cruz, que realzaba con ellas su natural belleza, produciendo su aparición un murmullo de asombro.

Todos los del pueblo, excepto D. Romualdo, comentaron la gran satisfacción que resplandecía en el rostro de D. Primitivo, que apadrinaba á la hija de su patrona.

Los más comedidos decían con equívoca frase:

—¡Qué contento va el padrino!....

Y los más sueltos de lengua, replicaban:

—¡Naturalmente!.... ¡Todos los días no se casan hijas con indianos!....

ALEJANDRO LARRUBIERA.



Los tres hermosísimos retratos que figuran en cabeza de estos renglones denotan por sí mismos su noble é inequívoca procedencia. El genio pictórico del insigne Goya, que tantas veces perpetuó en el lienzo la imagen bella y gentil de la célebre Duquesa de Alba, ha impreso de tan enérgica y poderosa manera en sus obras el imborrable sello personal de su excelso arte, que no existe producción alguna artística del singular pintor de las costumbres populares de la España de Carlos IV que no sea inmediatamente reconocida como suya.

Otros dos retratos acompañan á este artículo, correspondiente uno á la misma Duquesa, D.^a María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, y representando el otro á su marido, D. José María Alvarez de Toledo, Marqués de Villafranca, de los Vélez, de Villanueva de Valdueza, de Molina, de Martorell y de Valverde. Estas pinturas, poco conocidas, son debidas al famoso pintor sueco Adolfo Ulrico Wertmüller, nacido en Stockholmo el año 1751. Muy joven comenzó á estudiar bajo la dirección de Pilo. Pasó luego algún tiempo en Paris, donde el año 1782 le abrió sus puertas la Academia de Bellas Artes. Fué pintor de Cámara en la Corte de Suecia, y produjo cuadros tan notables como *Ariadna abandonada* y *María Antonieta y sus hijos*, los cuales figuran dignamente en el Museo del Louvre; los retratos de Gustavo III y de su mujer, el de Gustavo IV, el del célebre escultor Caffieri y otros muy notables.

Atraído Wertmüller por la fama de D. Francisco Goya, vino á Madrid por el año 1791, con el solo

objeto de estudiar los cuadros del inmortal artista aragonés, y en la capital de España residió algún tiempo, donde, bajo la influencia de Goya, hizo algunos retratos de los principales personajes de la Corte de Carlos IV y los antes citados de los Duques de Alba.

La paleta de Wertmüller es rica y armoniosa; su pincel, simpático, y los retratos por él pintados son cuadros muy bellos, que bastan por sí solos para formar la reputación de un maestro.

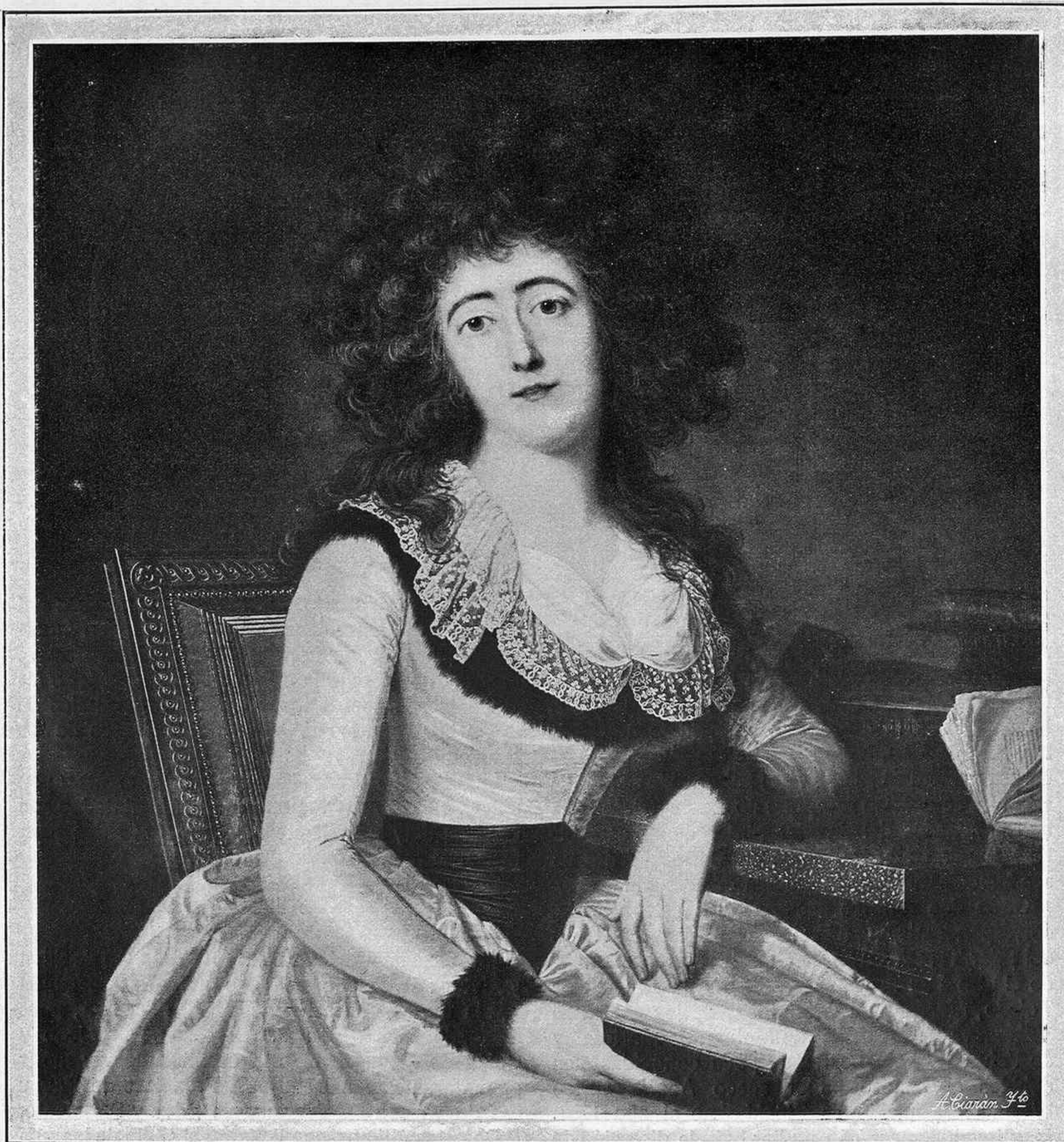
* * *

En Viena nació el año 1714 D. Francisco de Silva y Álvarez de Toledo, en quien quebró por segunda vez la línea de sucesión de la Casa de Alba, pues habiendo casado con D.^a Bernarda de Toledo y Colón de Portugal, tuvo la desdicha de ver morir prematuramente á su hijo D. Francisco de Paula, casado ya con D.^a Mariana de Silva y Sarmiento.

De estos últimos, que llevaron el título de los primogénitos no heredados, es decir, de Duques de Huéscar, nació D.^a María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, décimatercera Duquesa propietaria de Alba.

Si bien no hay libro alguno escrito de esta fastuosa dama, existen desde su tiempo leyendas infinitas que la tradición ha conservado hasta nosotros.

Solamente hay un dato histórico efectivo, por el cual es fácil juzgar del carácter y condición de esta mujer extraordinaria.

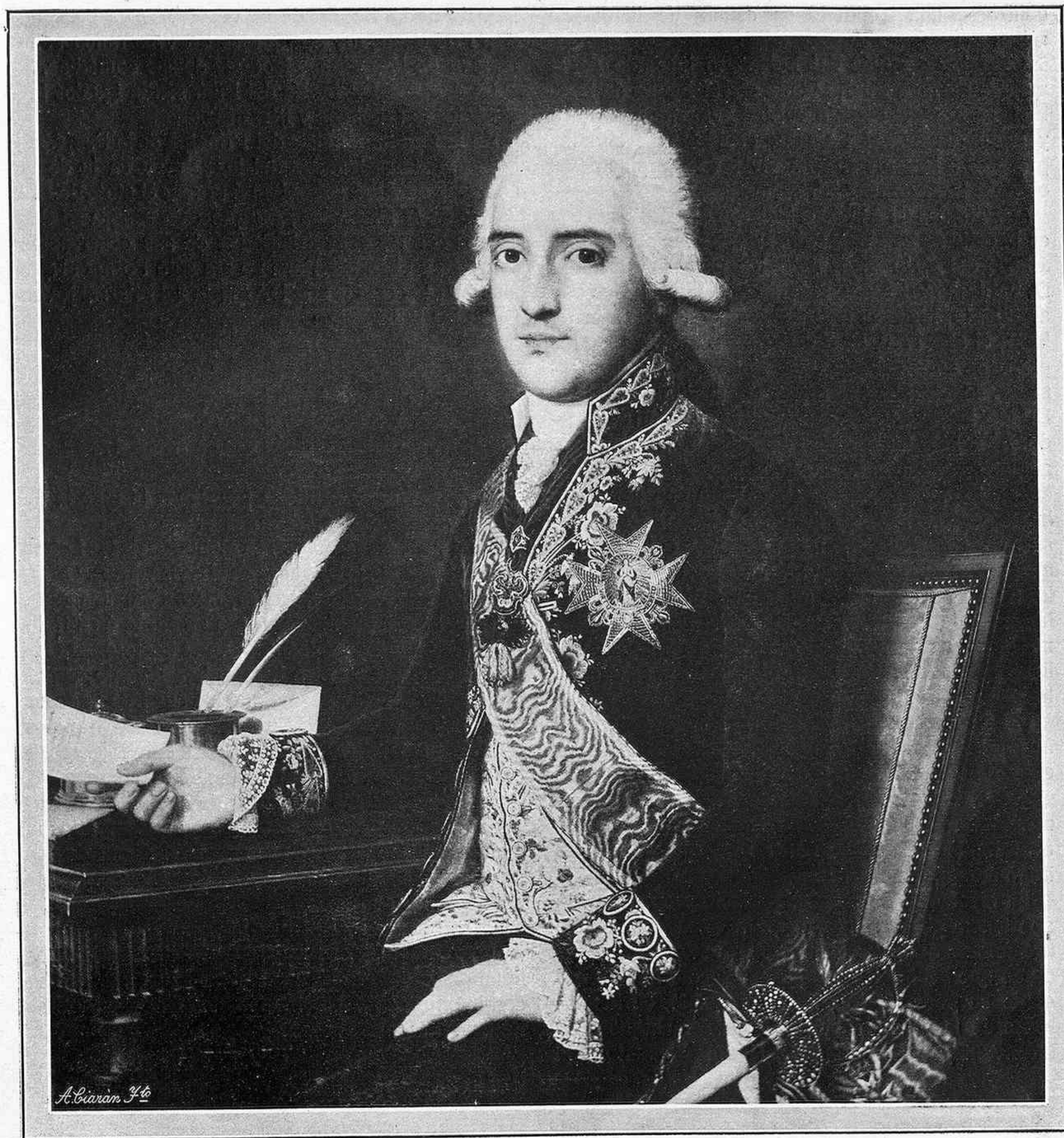


**Excma. Sra. D.^a María del Pilar Teresa Cayetana de Silva,
XIII^a Duquesa de Alba.**

Desde que Felipe II fijó la Corte en Madrid, los grandes edificios señoriales habíanse ido construyendo con gran lentitud y á tenor de las exigencias de cada época. Fuera del antiguo Alcázar Real, el cual, á pesar de sus enormes proporciones, carecía de magnificencia, sólo se hacía notar la *Huerta de*

Lerma, en el sitio que hasta hace pocos años se ha conocido por palacio de Medinaceli, admirable, no por lo edificado, sino por la gran extensión de su parque, con el que rivalizó, después de terminado, el Buen Retiro.

De todo el siglo xvii no quedó más edificio urba-



**Excmo. Sr. D. José María Álvarez de Toledo, Marqués de Villafranca,
Duque consorte de Alba.**

no verdaderamente monumental que el palacio de los Duques de Uceda. Construido bajo la dirección del arquitecto Juan Gómez de Mora, fué adquirido y ocupado hasta su muerte, acaecida el 16 de Mayo de 1676, por la reina viuda D.^{na} Mariana de Austria. El año 1747, bajo el reinado de Felipe V, fueron

alojados en él los Consejos Supremos de Castilla é Indias, de Órdenes y de Hacienda, hasta que, suprimidos aquellos tribunales, se hallan hoy allí instalados el Consejo de Estado y la Capitanía General, la cual, los días en que escribo estas líneas, anda en busca de nuevo alojamiento por en-

Almanaque de La Ilustración.

contrarse aquel edificio en estado de inminente ruina.

Cuando, después del horroroso incendio de la antigua morada Real, mandó elevar Felipe de Borbón, en 1737, el edificio verdaderamente grandioso y regio del actual Palacio, decidiéronse algunos próceres á hacerse edificar viviendas propias de su elevada jerarquía social.

Los Condes de Altamira hicieron construir su casa en la calle de San Bernardo, reformándola, en parte, á fines del siglo XVIII, bajo los planos del célebre D. Ventura Rodríguez; dirigida por el mismo famoso arquitecto, hicieron levantar la suya los Duques de Liria, el año 1770, en el Campo de Guardias; en los primeros años del siglo XIX se alzó la de Villahermosa, construída por orden de la duquesa viuda D.^a María Pignatelli y Gonzaga, en el Salón del Prado. Al seguir los Duques de Alba tales ejemplos, adquirieron, con la regia esplendidez que les era peculiar, los edificios que en la colonia de Buenavista había poseído la Reina madre D.^a Isabel de Farnesio, y dieron principio á la magnífica construcción que ocupa actualmente el Ministerio de la Guerra. La compra de las casas de la calle del Barquillo se hizo el 7 de Noviembre, ante el escribano D. Antonio Martínez de Salazar, en la suma de cuatro millones y pico de reales. Los planos para el edificio los hizo el arquitecto D. Pedro Arnal.

La duquesa D.^a María del Pilar, y su esposo el Marqués de Villafranca, no llegaron á ver terminada esta obra grandiosa, por ellos proyectada y comenzada. La villa de Madrid compró el palacio de Buenavista en 1805 á los herederos de la Duquesa, para ofrecérselo al Príncipe de la Paz, quien tampoco llegó á ocuparlo.

La resolución de construir palacio propio de gran apariencia para el decoro de la Casa de Alba no fué sólo un acto de ostentación. Era aquella la época en que las intelectualidades selectas habían iniciado su presentación, muy bienquista, en los salones de la aristocracia. La Condesa-Duquesa de Benavente, formara una verdadera Arcadia en su

palacio de la Cuesta de la Vega, y en la calle de San Francisco, los Marqueses de Villafranca sollicitaban de Moratín las lecturas de sus comedias.

La duquesa D.^a María del Pilar sentía iguales inclinaciones artísticas y literarias.

En la tertulia familiar del Príncipe de la Paz, Moratín era el mantenedor del ingenio, y en la de la Duquesa de Alba aplicaban á Forner el mote de «*El Tonto de la Duquesa*», porque esta señora se deleitaba con las excentricidades de sus ocurrencias satíricas y picantes. Pero no era sólo Forner el que animaba los salones de D.^a María del Pilar: el joven Quintana la juzgaba:

«La misma que tantas almas
Esclavizó á su belleza,
Y cuyos ojos, si miran,
No hay corazón que no venzan»;

y Sabiñón dedicó sentidas poesías á la muerte de aquella mujer encantadora.

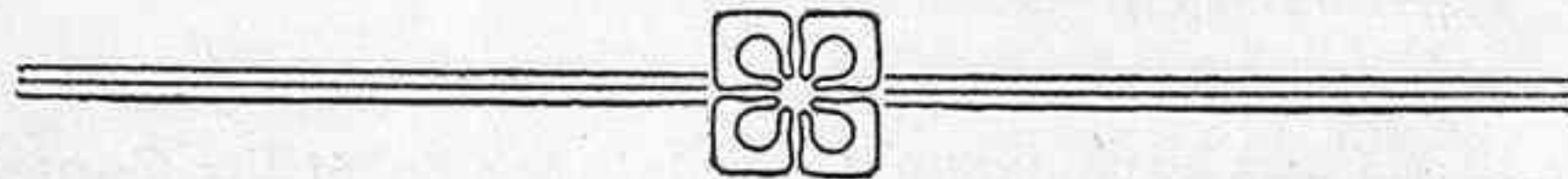
Igual predicamento que en el mundo de las Letras había alcanzado la Duquesa en el de las Artes. Goya, el pintor de príncipes, frailes, altas damas, majas, golillas, brujas y chisperos, era admitido á su trato más familiar, y de estas relaciones nacieron las fábulas que hasta nuestro tiempo han llegado, suponiendo, entre otras cosas, que los cuadros famosos de *La maja echada* y *La maja desnuda* eran los propios retratos de aquella ilustre dama. ¡Suposiciones tan falsas como inverosímiles!

Juicios definitivos han quedado acerca de la Duquesa de Alba, cuyos retratos aquí estampados la muestran como una belleza española digna de los pinceles mágicos de Goya y de la paleta brillante de Wertmüller.

¡Goya! ¡Alba!

Dos nombres gloriosos que el Arte asocia. Dos hombres superiores. Dos grandes figuras que rutilan con inextinguible luz entre las sublimes grandezas de nuestra amada patria.

ANTONIO GARRIDO.





Siempre que te invoco, nunca perezosa,
Vienes á mi lado siempre cariñosa.
No te has hecho sorda ni un solo momento,
Siempre te has entrado por mi pensamiento,
Y entre los misterios que mi mente anida,
Siempre allí pusiste tu mejor guarida.
Todo lo que he escrito, tú me lo has contado
Desde el rinconcito donde te has sentado,
Sobre la blandura, ó entre la aspereza
De esta maquinilla que hay en mi cabeza.
Ahora que soy viejo,
Y cuando era niño.
Verdaderamente
Me tienes cariño.

Los primeros cantos de mis alegrías
Tú los arrullabas con tus melodías.
De mi amor primero la primera carta
Tú me la dictaste de ternuras harta.
Y cuando la rima me llamó incitante,
Siempre tú llegabas con tu consonante
Á decirme quedo multitud de cosas
Que me parecían siempre muy hermosas.
Dios nos lo perdone; pero cuántas veces
Hemos abusado de las insulseces.
Ahora que soy viejo,
Y cuando era niño.
Verdaderamente
Me tienes cariño.

Horas de tristeza para mí llegaron;
De llorar, mis ojos casi se secaron;
Me temblaba todo cuanto vive dentro
De este cuerpecillo que perdió su centro;
Todo parecía que se me marchaba
Con aquel tesoro que se me escapaba,
Cuando tú llegaste como llega el día,
Esparciendo aromas, luces y alegría,
Á calmar mis penas con tus dulces sonos,
Al compás doliente de mis lagrimones.
¡Ay! Cuánto lloraste
Por el pobre niño.
Verdaderamente
Me tienes cariño.

No sé dónde existe ni si existe el alma,
Ni si vive alerta ó si duerme en calma,
Pero á veces siento sin saber en dónde
Algo que me empuja y después se esconde,
Con rumor de besos, con olor de rosas,
Como si volaran unas mariposas.....
En aquel momento no sé lo que siento,
Algo que se inflama por mi pensamiento,
Algo que me impulsa, algo que me lleva
De esta pobre vida á otra vida nueva.
Y si entonces vienes, musa idolatrada,
Porque te anticipas siempre á mi llamada,
Hay en tus cantares música de amores
Como en los gorjeos de los ruiseñores.
Y renace el viejo
Que se torna niño.
Verdaderamente
Me tienes cariño.

Ya estarás cansada, ya tendrás deseo
De que nos vayamos por ahí de paseo,
Sin pensar en nada, sin hacer versitos
Que bastantes veces no salen bonitos.
Mas cuando te canses de mi compañía,
Vuela donde quieras, vuela, musa mía.
Ya voy siendo viejo, ya se va enfriando
La poquita sangre que me va quedando:
No soy exigente, no te quiero esclava,
Ya ves que mi vida, la pobre..... se acaba.
Pero ven el día en que yo me muera
Á cantar conmigo mi canción postrera;
Siéntate á mi lado, canta dulcemente,
Bajo, muy bajito, con rumor de fuente;
No me dejes solo cuando me halle enfermo,
Cuenta mis latidos mientras yo me duermo.....
.....
Y aun cuando me veas con color de muerte,
Canta....., que tu canto tal vez me despierte.
Porque el pobre viejo,
Desde que era niño,
¡Verdaderamente
Te tuvo cariño!

CONSTANTINO GIL.



"GRATAS MEMORIAS" CUADRO DE BLAAS

Historia de un mensaje telepático.

HACE algún tiempo ocupábame con interés en reunir casos concretos, y bien conocidos en sus detalles, de telepatía ó telegrafía mental. Llamábame mucho la atención, sobre todos, el hecho notabilísimo que cita Ricardo Palma en sus *Tradiciones Peruanas*. El P. Almoguera, monje trinitario, fué nombrado en tiempo de Felipe IV Obispo de Arequipa, y se embarcó en una de las veinte naves de la flota que mandaba el almirante D. Pablo Contreras. Una furiosa tempestad echó á pique siete de los bajeles, siendo el primero en hundirse el que llevaba á bordo al nuevo Obispo. Llegó la noticia al Perú por los tripulantes de las naves que se salvaron y testigos de la catástrofe, afirmando que en el barco donde iba Su Ilustrísima, hasta las ratas se habían ahogado. Ante relatos tan auténticos, preparóse el Cabildo de Arequipa á hacer funerales y otras manifestaciones de duelo por la trágica muerte del Obispo, cuando una monja del convento de Santa Casilda, de Arequipa, llamada madre Ana de los Ángeles Monteagudo, lo supo, y dijo:

—Aplácense las honras fúnebres. Cierto que zozobró el bajel, pero Su Ilustrísima y otros compañeros de viaje se salvaron. Han vuelto á embarcar en Cádiz, y navegan con viento favorable. Dentro de tres meses sabremos la verdad.

Tres meses después, el Ilmo. Sr. Almoguera se hacía cargo del Obispado de Arequipa, y refería las circunstancias de su naufragio y salvación en los mismos términos en que lo había hecho la madre Monteagudo. Ésta había, pues, visto mentalmente el suceso á través de la inmensa distancia.

El caso es verdaderamente extraordinario, pero las referencias son tan respetables, que no cabe dudar de la realidad del hecho.

Otro tanto puede decirse del caso de la criada del Dr. Gerault, describiendo angustiada, estando ella en Francia, la muerte de su hijo, á la sazón en Crimea; del de Swadenburg, refiriendo desde Gottenburgo todos los detalles del gran incendio de Estokolmo; del de mistress Porter, relatando en el Connecticut, y como si lo estuviese presenciando, el incendio del vapor *Henry Clay* en el río Hudson, y, en fin, del descrito por el profesor Sales Ferrer, relativo á una señora de Sevilla que vió en sueños cómo asesinaban á su hijo.

Estos hechos tan notables me habían inducido á pensar muy seriamente si podían existir *ondas mentales*, es decir, algo que transmita á distancia el pensamiento desde un cerebro á otro.

No hay duda que cuando un cerebro trabaja, es

indudable que en su masa, en su delicadísima estructura, se verifican algunas alteraciones moleculares, correspondientes al trabajo mental que se realiza. Ha de haber mayor actividad en la vida de las células cerebrales, que se tiene que traducir por algo mecánico, como sacudidas, vibraciones, movimientos de algún género.

«No te calientes la cabeza», le dicen al que piensa ó discurre con mucha intensidad. Señal de que la experiencia enseña que en el cerebro que trabaja hay una manifestación física de energía.

Si, pues, en todo cerebro en función hay una modalidad física de potencia real y efectiva, aunque sea tenue y sutilísima, este foco de energía forzosamente ha de impresionar de algún modo al medio ambiente, como los cuerpos sonoros obran sobre el aire, en cuyo seno vibran, ó los focos caloríficos, luminosos, magnéticos y eléctricos, actúan sobre el éter que todo lo llena. El medio ambiente cerebral, así impresionado, transmitirá en todas direcciones el impulso recibido, y así se formarán las ondas mentales, por un mecanismo análogo á las luminosas, á las hertzianas, etc.

Estas ondas mentales pasarán inadvertidas para todo el género humano, mientras no tengamos sentidos para apreciarlas, ó en tanto que no se descubran medios de transformarlas en otras formas de energía, sensibles ya para nosotros; lo mismo que ha sucedido con las ondas hertzianas utilizadas para la telegrafía sin hilos.

No se conoce de un modo positivo ningún sentido especial que pueda apreciar las ondas mentales que de cerebros ajenos procedan; pero lo más probable es que ese sentido sea nuestro propio cerebro, pues teniendo una constitución similar á los demás, debe ser sensible á la misma forma de energía que cada uno de ellos produce al trabajar.

Cuando se hace sonar una cuerda de un arpa, de un violín ó de una guitarra, otras cuerdas de instrumentos músicos análogos, que se hallen en las inmediaciones, suenan también sin que nadie las toque. La única condición precisa para que el fenómeno se verifique, es que las cuerdas que hayan de vibrar *por simpatía*, estén templadas para producir la misma nota que la cuerda que se hizo sonar primero.

Lo mismo puede ocurrir con el cerebro. Uno de éstos piensa ó, como si dijéramos, suena. La vibración mental se transmite por el espacio; y si encuentra otro cerebro, ó sea otra cuerda, al mismo temple que el foco de vibración, vibrará también en la misma forma, esto es, *recogerá el pensamiento* del primer cerebro. Mas si las ondas mentales que emanan de éste, no encuentran ningún otro cerebro sintonizado con el que funciona, tal vez no hallen ninguno sensible á su acción.

Así me explico la transmisión del pensamiento á distancia y, por lo tanto, *la telegrafía mental*, por la que se establece cierta comunicación directa é inconsciente entre dos personas alejadas una de otra.

Respecto á la distancia á que pueda llegar esta acción, nada podemos decir. Estudiando casos concretos, se podrán conseguir algunos datos. Únicamente sabemos que las ondas hertzianas se transmiten á cientos de kilómetros de distancia. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con las ondas mentales?

Los casos de comunicación telepática podrán ser muy raros por la dificultad de coincidir la sintonización de los cerebros. Por esta razón me dedicaba á buscar y estudiar los hechos de esta clase de que se tuviera noticia.

Y en esto estaba, cuando el ilustrado Dr. Vizcarro me remitió desde Vinaroz el notable, el interesantísimo relato que va á continuación.

*
* *

Érase una familia humilde, formada por un matrimonio ya maduro y tres hijos, dos hembras y un varón. Habitaban en un pueblo de las costas de Levante y vivían en la mayor estrechez. El padre era marino, pero el cabotaje, aniquilado por la competencia de los buques de vapor, daba pocas ganancias.

En esta situación, el hijo se fué á América para probar fortuna, y, después de dos años de tropiezos y angustias, logró al fin establecer un modesto comercio en una ciudad del Estado de Texas, con puerto en el golfo de México. El comercio prosperó; y apenas se vió libre el mozo de la miseria, se apresuró á ir auxiliando á sus padres, remitiéndoles de cuando en cuando algunas cantidades.

Éstas llegaban como llovidas del cielo, porque la penuria de la familia era cada vez mayor. Entretanto, la hija de más edad se había casado con un joven, también marinero, y suegro y yerno navegaban juntos á bordo de un falucho costero, sacando á duras penas lo estrictamente necesario para que su gente fuera subsistiendo. En tales circunstancias, fueron un gran alivio las modestas remesas de fondos que comenzó á enviar el mozo emigrado á América, y todos le bendecían por la devoción y afecto que conservaba á sus padres, á través del tiempo y de la distancia.

Ocurrió que en uno de los viajes de los marinos, el falucho tocó en el puerto de Águilas. Apenas habían anclado, cuando el viejo se sintió enfermo. El médico que lo vió dispuso que dejaran el incómo-

do petate y se trasladaran al pueblo, pues la dolencia ofrecía mal cariz.

Efectivamente: el anciano murió á los tres días. No le abandonó el yerno un solo instante; asistióle con esmero, animó al moribundo, prometióle cumplir su última voluntad, presenció la agonía y la muerte, le cerró los ojos y amortajó el cadáver con lo mejorcito de la arquilla: zamarra azul, pañuelo de algodón á la cabeza, calzones amarillos y alpargatas nuevas.

Dieron sepultura al muerto, regresó el vivo á su hogar, y allí, en familia, lloraron todos al difunto y trataron largo y tendido de cómo enterarían de la desgracia al hijo ausente.

— Adora á su padre — decía la anciana viuda, — y la mala nueva, recibida como un escopetazo, le hará un efecto terrible. Está solo, lejos de nosotros; es nuestro amparo. Si cae enfermo del disgusto, no tendrá quien le cuide, quien le consuele. Lo mejor sería que Ramón (el yerno) fuera allá y le diera con prudencia la noticia.

Los marinos, en todas partes son cosmopolitas, y los de las costas de Levante, de los más arriesgados que se conocen. Para ellos, ir á Nueva York, á Río Janeiro, á Valparaíso, es cosa corriente y sencilla. Se aceptó sin discusión la idea de la pobre viuda, y pocos días después, Ramón, en calidad de tripulante de un buque de altura, navegaba hacia América.

Cruzó sin novedad el Atlántico, entró en el golfo de México, dió vista á las costas de Texas, y tan pronto como el buque ancló en el puerto deseado, saltó á tierra, y en el mismo muelle preguntó por su cuñado á un mozo ocupado en la descarga de barcos, pues juzgó, con fundamento, que siendo su pariente comerciante, había de ser su nombre conocido en el puerto. Así era, en efecto; y como en Texas se habla por todas partes español (pues perteneciente á México hasta 1836, y República independiente desde aquel año hasta 1845, su incorporación á los Estados Unidos data apenas de una generación), el interpelado por Ramón en su idioma patrio, contestó inmediatamente en el mismo lenguaje:

— Estas mercancías son para él. Yo mismo enseñaré á usted su casa.

Detúvose el forastero en el umbral de la tienda. Le vió el dueño, y como habían sido compañeros de la niñez y de la juventud, se reconocieron y se abrazaron. Pasado el primer momento de efusión, el recién llegado notó que su pariente vestía traje negro.

— Ese luto..... — empezó á decir.

— Es por mi padre — respondió el otro muy serio. — Bien sabes que ha muerto.

— ¿De modo que por fin te escribieron ellas? ¡Me sorprende! Quedamos en que yo te daría la noti-

cia....., y por eso he venido. No te aflijas (el tendero lloraba). Ya no hay remedio..... Se le trató bien. Nada le ha faltado, ¿entiendes? Y no vayas á creer que se le han comido los peces, no..... Murió en tierra firme, en Aguilas, ¿sabes?....., y le asistió el médico.....; falleció en mis brazos.....; te nombraba mucho..... Luego, cuando todo acabó, le amortajé yo mismo, ¿sabes?

—¡Ya lo sé, ya lo sé! — interrumpió el hijo con vehemencia, con verdadero frenesí.—Le amortajaste y le pusiste zamarra azul.

—Justo.

—Y calzones amarillos.

—Cabal.

—Y un pañuelo á la cabeza cubriéndole la frente y las sienes.

—Eso es.

—Y alpargatas nuevas. ¿Verdad que eran nuevas las alpargatas que calzaste á mi padre muerto?

—Las compré para mí tres días antes de la desgracia, y quise que á él le sirviesen. Ya veo que de todo te han enterado aquellas indinas.

—Te equivocas — repuso el hijo frunciendo el ceño con dolorosa contracción. Luego ocultó el rostro entre las manos, apoyó los codos en una pila de mercancías y permaneció así, de pie, largo rato en silencio, ensimismado en su dolor.

El cuñado, presa de la mayor perplejidad, no sabía qué hacer. El consocio del comerciante y algunos corredores y dependientes, que hasta entonces se habían mantenido alejados del coloquio, se aproximaron á ver lo que ocurría.

Pero antes de que nadie profririese una palabra, el joven se repuso, y dirigiéndose á su cuñado, continuó con voz triste:

—Te equivocas te digo. Nadie me ha dado la noticia. Le vi yo, yo mismo; le vi muerto hará poco más de un mes, cuando tú no te habías embarcado todavía para venir aquí. Todos estos amigos saben que hace un mes visto de luto por mi padre, aunque á nadie le he dado detalle alguno.

El tono solemne de sus palabras y la profunda aflicción que se pintaba en su curtido rostro, infundían compasión y respeto. Entretanto Ramón murmuraba asombrado:

—¡Poco más de un mes! ¡La fecha de la muerte! ¡Justo! Ni volando, cuanto ni más por cartas, te podían haber dado la noticia.

Todos miraban al hijo afligido y aguardaban con ansia la aclaración del enigma.

Por fin, aquél, algo repuesto de su emoción, habló de esta manera:

—Una noche estaba durmiendo arriba, en mi cuarto. Me despertó un ruido extraño, que me pareció partía de la tienda. Salté de la cama, y sin luz, descalzo y á tientas, bajé la escalera. Un vis-

lumbre, un vago resplandor al extremo opuesto del pasillo, llamó mi atención. Avancé con cautela, y noté que la claridad se acentuaba. Parecía una niebla luminosa, fosforescente, flotando como á un palmo del suelo. Dominado, atraído por la impresión, me fijé más y distinguí unas velas amarillas encendidas, pero que apenas alumbraban, y entre ellas un bulto informe, inmóvil, confuso entre la neblina. Entonces, un pensamiento horrible hirió mi espíritu. Puse toda mi vida en la mirada, y poco á poco se disiparon las brumas, destacándose claro, marcado, el cuerpo de un hombre, en el que reconocí al punto el cadáver de mi padre. Le vi tendido en tierra, á lo largo del corredor; estaba ataviado con una zamarra azul, calzones amarillos y un pañuelo á la cabeza. Tenía el rostro del color de las velas, caídos los párpados, cerradas las manos sobre el pecho, juntos los pies, y las suelas de cáñamo de las alpargatas, que era lo que yo tenía más cerca, las vi limpias, sin huellas de polvo ni manchas de barro. ¡Nuevas, completamente nuevas! ¿Verdad?

— Completamente nuevas — repitió Ramón espantado.

—La visión se disipó lentamente. Apoyéme en la pared para no caerme. Creí ser presa de una alucinación, de un pavoroso ensueño, porque de nuevo me encontré envuelto en tinieblas. Luego sentí en mis plantas desnudas el frío del suelo. Trepé como un loco por la escalera.....; atiné, no sé cómo, á mi cuarto.....; me dejé caer en la cama, y pasé toda la noche llorando.

La emoción le impidió continuar; sollozaba.

La impresión en todos los circunstantes era intensísima. Ramón se había quedado como paralizado de terror.

El consocio del emigrado levantino, silencioso como los demás hasta entonces, prosiguió la narración de esta manera:

—Al día siguiente de lo que acaba de referir, mi amigo dispuso que se entornasen las puertas de la tienda y vistióse de luto. Nos dijo que había fallecido su padre. «Pero, señor, ¿tiene usted cartas, noticias de España? ¿Le han escrito á usted?», le pregunté varias veces para disuadirle de lo que yo creía pura preocupación.» Como si las tuviese, me respondía; no lo duden ustedes. Mi pobre padre ha muerto.» Ahora veo que no se equivocaba.

* * *

«Y no es cuento, Sr. Vera—añadía en su escrito el Dr. Vizcarro:—nombres, apellidos, fechas y lugares, anotados están y dan fe del suceso. Ramón vive, y referirá cuanto vió y sabe á quien quiera oírle.»

Almanaque de La Ilustración.

Este es, pues, un caso curiosísimo de telegrafía mental, de telepatía. Aquí no hay simple coincidencia entre un pensamiento germinado en un cerebro y un suceso ocurrido á mucha distancia. Existe un conocimiento en los detalles que no puede obtenerse sino por una transmisión y recepción de ideas dando cuenta de los mismos.

Mientras Ramón, en Águilas, ponía toda su atención y afecto en amortajar al muerto con lo mejor de la arquilla, su pensamiento estaba simultáneamente en el hijo ausente en América, en la impresión que le produciría la noticia de la desgracia, en que no pondría más cuidado y cariño que Ramón ponía en amortajar el cadáver del pobre anciano.

Y estas ondas mentales se extendieron por el espacio, se propagaron por todos los ámbitos de la

Tierra y fueron á encontrar allí, en los bordes del golfo de México, el único aparato capaz de recibirlas é impresionarse con ellas: el cerebro del hijo emigrado, sintonizado en aquel momento preciso con el de Ramón, pues estaría pensando en tales instantes en su anciano padre, en cómo lo pasaría, entregado, á pesar de sus años, á los azares de la ruda vida del mar!

Vibró entonces el cerebro receptor al unísono con el que produjo las ondas telepáticas, y así fueron brotando en el primero ideas análogas á las que se revolvían y batallaban en el segundo, resaltando todos los pormenores con tanta más viveza cuanto más simples y cuanto más intensos brotaban de la mente de Ramón....., como el detalle de las alpargatas nuevas.

VICENTE VERA.



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

MADRID 14 DE SEPTIEMBRE DE 1907.

AÑO LXVI. — NÚM. 34.

ADMÓN.: CALLE DE PRECIADOS, 46.



1 y 2.— Toilettas de otoño.

Núm. 1.— Traje de hechura sastre; de paño color verde Rusia, guarnecido con terciopelo verde; chaqueta de piel camello.

Núm. 2.— Traje de hechura sastre; de paño de fantasía color gris con reflejos lila, adornado con trenzillas de seda de los mismos colores.

AÑO LXVII

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **36** pesetas;
Seis meses, **18**; Tres meses, **9**;
Un mes, **3**.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **6**;
Un mes, **2**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **4,50**;
Un mes, **1,50**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **12** pesetas;
Seis meses, **6**; Tres meses, **3**.
Un mes, **1**.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **40** pesetas;
Seis meses, **21**; Tres meses, **11**.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **8**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **5**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **14** pesetas;
Seis meses, **7**; Tres meses, **4**.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

